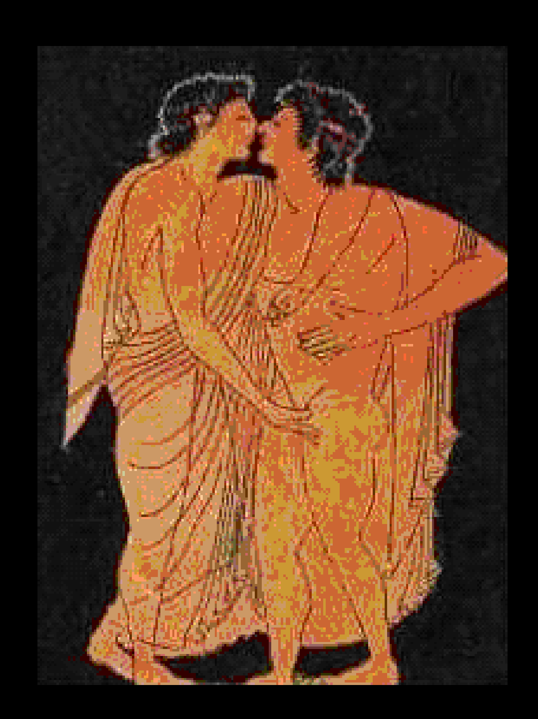
Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 14



HOMOSEXUALIDAD:

EL DEBATE ENTRE HOMOFILIA Y HOMOFOBIA



UrKultur

Sumario



Europa y la homofilia

Josep Carles Laínez

La homosexualidad no es nueva en la Nación Europa. Incluso mal que nos pese (si nos pesa mal o si nos trae al pairo) sobre mitos homosexuales se edifica el alma europea, helénica, más antigua; y, por supuesto, el espíritu guerrero. Leamos a la poetisa Safo o al poeta Píndaro, la construcción de un universo homoerótico (que no excluía las relaciones heterosexuales) es consustancial a la Europa prístina. El Partenón era eso, y era eso desde la cohesión social y el respeto (no en plan "maricas viejas" como ridiculizaba Jacques Lacan).

Y quizá es aburrir al lector recordar a Aquiles, a Sócrates, a Leónidas y los 300 espartanos, al Batallón Tebano, a Alejandro Magno… No había extrañamiento, sino normalidad, pues toda sociedad que lleva a la mujer al grado más bajo del escalafón (cuidar de la casa y engendrar) ha de encontrar en algún sitio el ser con quien sublimar los sentimientos amorosos. Si la mujer es una criada, paridora, débil y sangrante, ¿cómo se le van a rendir los deseos más sublimes? A fin de cuentas, la homosexualidad, en una sociedad patriarcal y machista, sería la opción más consecuente.

La única vida posible, y la más plena, es la heterosexual dentro de una familia abundante. Eso no debe traducirse en condenar la homosexualidad, ni, menos aún, confundir la estética con la carne

Sin embargo, esa aristocracia del espíritu, que podía ser tremendamente misógina (Henry de Montherlant es un buen ejemplo, o, en nuestro país, el valenciano Juan Gil-Albert), ha desaparecido del imaginario europeo. El homosexual no es un émulo de Lord Byron, sino de cualquier hombre o mujer heterosexual, que quiere encontrar un novio duradero, casarse, hablar de mi "marido", adoptar niños e ir a comer a casa de los suegros los fines de semana. La sociedad heterosexual, su fuerza, su preeminencia y su paz, ha absorbido las algaradas épicas del malditismo, la persecución y lo romántico.

Hasta el grado que el espíritu homofílico presente en Goethe, en Shelley, en Whitman o en Mishima, el de la atracción por lo semejante en tanto exaltación de la

camaradería y de lazos de afecto, amistad, compañerismo y amor no erótico, que muchas veces desdibujaba sus límites, es algo periclitado por una sociedad gay deseosa de ser aceptada dentro de los estándares. Aquella bravuconada del protagonista de Querelle de Brest de Jean Genet, ¡Fijaos si soy macho que me follo hasta a los tíos!, de la homosexualidad como plus de masculinidad, es prácticamente inexistente hoy día salvo en colectivos muy prescritos. La ética del reto ha quedado anulada por la parodia de la emulación heterosexual.

La condición homosexual, para diversos grupos de edad actuales, ya no es la apuesta por lo transgresor, sino una "opción" más (aunque aún estigmatizada), que tiene constantes referentes en los magazines y series televisivas, en las grandes producciones de Hollywood, en la prensa, en las leyes… No para sufrir la soledad, el rechazo y la violencia que experimentan los vaqueros protagonistas de Brokeback Mountain, sino para disfrutar de la cotidianidad de los personajes de Cuatro bodas y un funeral. Sin embargo, los estereotipos aún siguen funcionando, aunque los gays ya no leen a Platón en griego antiguo, ni a la mayoría les importa.



Ahora bien, frente a esa supuesta expansión de la cultura gay como algo preeminente y cada vez más generalizado, la solución no está en estigmatizar las relaciones masculinas que no se asimilen a lo "macho", a las palmadas varoniles en la espalda, o a hablar de mujeres constantemente alardeando de conquistas para luego denigrarlas como presas. No reconocer la belleza de un cuerpo masculino, negarse a afirmar que tal o cual hombre es guapo (cosa que las féminas, respecto a las de su sexo, no tienen reparo alguno en hacer), tener miedo al simple roce por si es sospechoso de "mariconería", no demuestra ser más hombre, sino estar enfermo. Y en este punto es triste que muchos cristianos estén más pendientes de lo que hizo el, a fin de cuentas, autoproclamado Saulo de Tarso que de los actos del mismo Dios Hijo, Jesucristo.

Muerte en Venecia, y me refiero aquí al film de Luchino Visconti, es un ejemplo clarísimo de la extinción de quien buscaba la belleza más que la sexualidad. Y la belleza es belleza por más que nos escondamos, nos avergüence o nos gusten las mujeres. Tras ese ocaso luminoso, en el que la vida de Aschenbach se apaga mirando al sol entre los dedos de un dios encarnado en un joven (pero podría haber sido una joven, repito, si la sociedad no hubiera sido patriarcal y machista), nada queda ya del arrebatado poeta hermoso y demoniaco con su propio código de valores. Ha muerto. Tuvo su coda durante la época del sida, con una serie de nombres (Cyril Collard, Hervé Guibert, Michel Foucault…) que convirtieron la enfermedad en una especie de emblema. Tras ellos, el paulatino paso a la aceptación y a la vulgaridad.

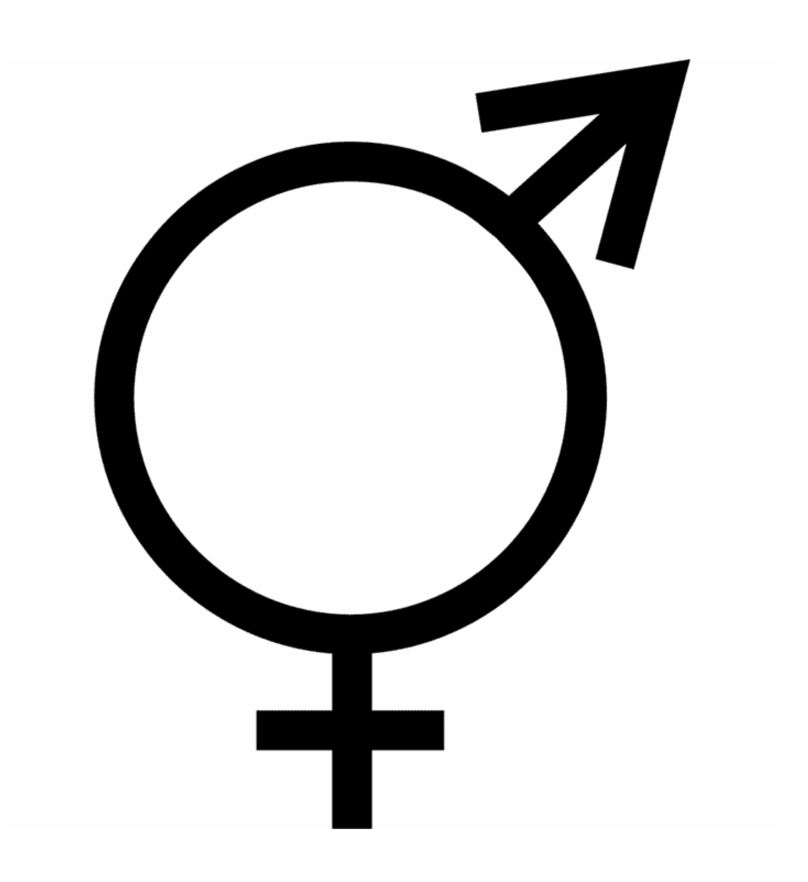
Lo peor de la existencia de una gay way of life es el encasillamiento de las personas, y la decisión de llevar a cabo su proyecto vital, por el hecho de con quién se meten en la cama (y disculpen ser tan brusco). El ser humano es mucho más rico que

una atracción; y, por supuesto, con varón o con hembra, mucho más que un coito. Esa autoexclusión de lo gay, ese rechazo radical de lo femenino, esa negación a la apertura que supondría para ellos la bisexualidad, y esa carga de prejuicios respecto a las relaciones heterosexuales y a las mujeres, hace aún más difícil abrir las puertas para que el gueto que se ha ido creando desaparezca en beneficio de la invisibilidad.

A la fuerza o por gusto, la mayoría de las personas ya no se asusta ante parejas homosexuales. Les disgustarán más o menos, pero no les son ajenas. Y voy a ser sincero: para la supervivencia de Europa, me es indiferente que, si se aman, dos varones de 20 años tengan una relación sexual; me preocupa mucho más que, sin amarse, un chico y una chica se mancillen mutuamente y la diversión remate en un aborto y en la desconsideración de la muchacha por el resto de machitos.

La condición homosexual, para diversos grupos de edad actuales, ya no es la apuesta por lo transgresor, sino una "opción" más

La única vida posible, y la más plena, es la heterosexual dentro de una familia abundante. Eso no debe traducirse en condenar la homosexualidad, ni, menos aún, confundir la estética con la carne, u olvidar la realidad de la Antigüedad clásica, que tanto amamos, y por la cual nos volveríamos a batir sin remordimiento alguno. Porque Grecia y Roma, y todo lo que les implica, son y serán la piedra angular de Europa; y la sangre de sus héroes homosexuales sigue fertilizando nuestro suelo.



La homosexualidad, el tema de nuestro tiempo

Antonio Martínez

Decía Ortega que cada época tiene un "tema", es decir, una misión, una tarea. El de su tiempo consistía, a su modo de ver, en la superación de la subjetividad moderna. El del nuestro tal vez se identifique con lo que hace unos días llamábamos, en estas mismas páginas, la "superación del paradigma homosexual".

Ahora bien: para explicar debidamente un problema que se presta a tantas malinterpretaciones, es conveniente que distingamos tres significados del término "homosexualidad". Pues, en efecto, resulta necesario diferenciar una "homosexualidad fáctica" de la "homosexualidad ideológica" y, en último lugar, de lo que vamos a denominar "homosexualidad cultural".

La homosexualidad fáctica

Cabe definir la homosexualidad fáctica como un fenómeno objetivo y, en principio, neutro: la tendencia homosexual en sí misma, es decir, el hecho de que existe un grupo de personas que se sienten atraídas eróticamente por individuos de su mismo sexo. Tales personas viven esa situación con mayores o menores dificultades, pero en ningún caso pretenden enarbolar la bandera de su inclinación como símbolo de una guerra ideológica. Pueden ser creyentes o no creyentes, de izquierdas o de derechas. No se sienten identificados con el movimiento de liberación gay, ni asisten —huelga decirlo— al desfile del Día del Orgullo. Son, en todo, ciudadanos perfectamente equiparables a cualquier otro. Pues bien: resulta obvio que estas personas merecen el más absoluto de nuestros respetos, independientemente de que, en un sentido antropológico último, su inclinación nos parezca normal o anormal. La ley debe ampararlos en todo aquello que sea justo y razonable (incluida una normativa de uniones civiles, como existe hoy en la mayoría de los países europeos). Sin embargo, sus uniones no deben ser consideradas como matrimonios, ya que, por su esencia, y según ha existido en todas las épocas y culturas, el matrimonio es una institución de naturaleza heterosexual.

La homosexualidad ideológica

Por su parte, la homosexualidad ideológica surge cuando se desprecia la discreción y sentido común de la homosexualidad fáctica y los homosexuales pretenden llevar a cabo una "revancha histórica". El lobby gay nace hacia 1970 y sus objetivos van mucho más allá de lograr el fin de la discriminación y persecuciones contra los homosexuales. No se trata sólo de que éstos puedan vivir tranquilamente, reconocidos por el Derecho y como miembros legítimos de su sociedad: esto sería "demasiado poco". El Movimiento de Liberación Gay se propone desarrollar un programa revolucionario que pasa por transformar el completo sistema de valores vigente en el universo social. Se produce, así, un inexorable y progresivo avance, con sucesivas "conquistas" y con una presencia cada vez más intensa de iconos y símbolos homosexuales en el imaginario colectivo. Algunos hitos de tal *avance* podrían ser los siguientes:

-Se excluye la homosexualidad del catálogo de desórdenes psiquiátricos.

-El lobby gay se envalentona y plantea reivindicaciones cada vez más atrevidas.

-Se persigue y se estigmatiza, en nombre de lo políticamente correcto, a cualquiera que ose discutir en público el dogma de la absoluta normalidad psicológica de la homosexualidad.

-Las películas y revistas de porno gay llegan a los kioscos.

-Se introduce el Día del Orgullo Gay.

-Se aprueba la ley de uniones de hecho. Empieza a reivindicarse el matrimonio gay.

-Comienza a agitarse, cuando la sociedad ya está lo bastante *madura*, la reclamación del derecho a la adopción, pasándose por el forro el interés de los niños.

-Aparecen personajes y situaciones homosexuales en publicidad y series de televisión (entre nosotros, por ejemplo, en *Hospital Central*).

-Se exige que la "normalización gay" llegue a los niños (recuerde el lector la boda gay en *Los Lunnis*, o los cuentos infantiles gays —príncipe se casa con príncipe— entregados a alumnos de Primaria en algunos colegios de Massachussetts).

-En un futuro, tal vez no de ciencia-ficción: se introduce la "paridad gay" en las ilustraciones de libros de texto; se penaliza a las series de televisión que, recalcitrantes, se niegan a incluir la cuota de personajes gays en su reparto; se sanciona a los colegios que no incluyan en su programa educativo temas de propaganda gay; etc. etc. En fin: casi lo mismo que ya existe en España respecto al nacionalismo, pero referido a la ideología del lobby gay.

Como resulta obvio, esta homosexualidad ideológica debe ser combatida en nombre del sentido común y de la libertad. Su objetivo no consiste en el bienestar efectivo de las personas homosexuales. Aquí, en el fondo, las personas dan igual. Lo que realmente importa es la revolución ideológica y la invasión iconológica del espacio público a base de imágenes y mensajes gays. La sociedad heterosexual es "el pasado" y "la tradición". En cambio, lo homosexual es "el futuro" y "la modernidad". Igual que Bibiana Aído pretende poner patas arriba —por huevos, porque sí, sin

justificación alguna— las bases tradicionales del lenguaje con sus "miembros y miembras", la homosexualidad ideológica intenta trastocar las bases antropológicas y morales de la sociedad. Como es obvio, frente a tales atropellos se impone oponer la más firme de las resistencias.

La homosexualidad cultural

Finalmente, y aparte de las dos anteriores, existe una tercera homosexualidad: la "homosexualidad cultural". Incluimos aquí múltiples elementos de la cultura posmoderna, en lo que ésta tiene de fascinación por lo ambiguo, confuso, dispersivo y narcisista. Tales elementos se hallan inmersos en lo que podríamos llamar una "atmósfera homosexual" que caracteriza hoy el asfixiante universo cultural de la izquierda europea, dominado por unos tópicos y dogmas férreos, una censura invisible pero feroz, un imaginario morboso y una insoportable ausencia de libertad para el pensamiento. Algunos ejemplos podrían ser los que siguen:

-La filosofía de Richard Rorty.

-La vacua jerga intelectualoide posmoderna desenmascarada por Alan Sokal.

-Películas como *El Piano*, de Jane Campion, o *Los soñadores*, de Bertolucci.

-Las fotografías de Robert Mapplethorpe.

-*La insoportable levedad del ser*, de Kundera.

-La revista femenina *Cosmopolitan*.

-El suplemento semanal de *El País* y, por supuestísimo, *Babelia*.

-Los mitos de Frida Kahlo y Virginia Woolf, auténticos iconos progre-homosexuales posmodernos para intelectualoides narcisistas.

-El arte contemporáneo en general y el *body art* en particular.

-El fanatismo nacionalista, cuyo minucioso escrutinio del ombligo propio sintoniza profundamente con el *pathos* de la homosexualidad cultural (véanse, por ejemplo, los estrechos vínculos de la izquierda abertzale con las plataformas gays).

-Las obsesiones lingüísticas de Bibiana Aído, a las que ya hemos hecho referencia.

-La Unión Europea, carente de principios profundos y hoy ampliamente infiltrada por el lobby gay.

-La editorial *Paidós* (lo que no impide que publique algunos libros interesantes).

-El universo de la moda y las pasarelas, obviamente homosexual. Dolce & Gabbana y Jean Paul Gaultier serían los más evidentes símbolos.

-Figuras del mundo periodístico, literario e intelectual como Fernando Delgado, Manuel Vicent, Javier Sádaba o Jesús Mosterín.

-Etc. etc. etc.

El verdadero problema que plantea esta "homosexualidad cultural" reside en que fomenta una cierta atmósfera oscura, asfixiante, donde existe una aparente libertad, pero, en realidad, domina una censura insoportable. La verdad, la libre discusión sin prejuicios, la frescura del pensamiento: todo esto allí, sencillamente,

brilla por su ausencia. El aborto, la eutanasia y la masturbación reciben el más cerrado aplauso. Por otro lado, campan por doquier el escepticismo, el relativismo y la melancolía. Falta luz, dominan las brumas caliginosas y las sombras. En educación, está prohibido salirse del universo conceptual LOGSE. Los mandarines universitarios de la izquierda académica gobiernan sus taifas con ínfulas de dictador. Los congresos de Filosofía transcurren sobre los raíles de la jerga profesional, sin que digne aparecerse por ellos ni la más mínima idea auténtica. Y lo peor es que una derecha pusilánime ha asumido este discurso incluso donde ella gobierna: así, por ejemplo, en Murcia —comunidad del PP donde resido— se celebra cada año, con puntualidad religiosa y como lo más natural del mundo, un ciclo de cine lésbico y gay. Y, por cierto: la atmósfera malsana de esta homosexualidad cultural se refleja de manera ejemplar en una fotografía de la revista *Zero* denunciada desde las páginas de *El Manifiesto*. ¿La recuerda el lector? Un guardia civil de rodillas, practicando a un etarra una felación. Sin comentarios.

Nos parece evidente que esta "tercera homosexualidad" constituye una de las peores lacras de la Europa actual y, por supuesto, también de nuestro país. Debemos combatirla en nombre de la verdad, de la libertad y de todo lo que es sagrado. Editoriales como *Áltera*, *Libros Libres* o *Ciudadela* trabajan precisamente en esa línea. Lo mismo puede decirse de *El Manifiesto*.

El enigma homosexual ante el alba de una nueva era

La homosexualidad es un fenómeno complejo y, en muchos sentidos, enigmático. Vemos a una persona zurda y, aunque esa característica suya es minoritaria, se encuentra perfectamente en el orden normal del ser. Sin embargo, en el caso de la orientación homosexual, la cuestión sería mucho más dudosa. La polaridad masculino/femenino constituye una estructura básica en el orden simbólico y biológico: sol-luna, fuego-agua, día-noche, cielo-tierra, hombre-mujer. La homosexualidad contraviene este orden: ¿una anomalía, consecuencia de un accidente en el desarrollo de la afectividad? Las biografías de Proust, Mishima y Pasolini parecerían fundamentar esta tesis. ¿Un fenómeno más en la complejidad dionisíaca del mundo? A esta opinión tampoco le faltan defensores.

La cuestión está abierta. Sin embargo, el hecho de que hoy se siga discutiendo —incluso en los ambientes de la teoría *queer*— sobre las causas de la homosexualidad, indica que "algo no está claro". ¿Por qué más del 98% de la población es heterosexual, y menos del 2%, homosexual? Nadie se pregunta por qué el sol brilla en el cielo cada día: eso pertenece al orden natural del cosmos. En cambio, sí es pertinente inquirir sobre las causas de un eclipse, que suponen una alteración en esa cotidiana regularidad.

Personalmente, estoy convencido de que, atendiendo a la objetividad de las cosas, resulta más difícil defender la total normalidad antropológica de la homosexualidad que la tesis contraria. Y en cuanto a los argumentos de tipo histórico que se apoyan, sobre todo, en la homosexualidad de la Antigua Grecia, ya señalaba Rodolfo Vargas Rubio que tales afirmaciones deben tomarse con una enorme prudencia. Sencillamente, la realidad concreta de la relación entre erasta y erómeno tiene muy poco que ver con las condiciones —bastante más caóticas— de la

homosexualidad occidental contemporánea. Y, por otra parte, fuera de esa estricta reglamentación, los griegos estaban muy lejos de considerar legítima cualquier tipo de atracción o práctica erótica entre personas del mismo sexo.

Sin embargo, y sea como sea, las ideas básicas deben estar claras: completa y tranquila aceptación de los homosexuales como personas –faltaría más—, sin ningún tipo de prevención ni horror, pero, a la vez, combate sistemático contra las campañas del lobby gay y denuncia de los efectos perversos que produce –o, al menos, fomenta- la "homosexualidad cultural". Y ello como condición necesaria para resolver correctamente el "tema de nuestro tiempo". La superación del paradigma homosexual es la gran asignatura pendiente para un Occidente sobre cuyo horizonte debe amanecer hoy un nuevo sol. Ojalá que la cordial polémica mantenida desde las páginas de *El Manifiesto* contribuya, en alguna medida, a que llegue pronto el alba de ese nuevo día.



Transexualismo y Constitucionalismo: Por qué tantos derechos?

Eduardo Hernando Nieto

El artículo 2 inciso 1 de nuestra Constitución señala que "toda persona tiene derecho a la vida, a su Identidad, a su integridad moral, psíquica y física a su libre desarrollo y bienestar. El concebido es sujeto de derecho en todo cuanto le favorece" y el artículo 19 sostiene también que todos los peruanos tienen derecho "a su identidad étnica y cultural. El Estado reconoce la pluralidad étnica y cultural de la Nación". Así pues, el derecho a la identidad tiene un lugar relevante dentro de nuestro ordenamiento jurídico, sin embargo, lo que no se dice en la constitución es que cosa debemos entender por identidad o que es lo que el derecho – o los jueces - deben entender por tal a fin de poder determinarse en que casos se podría ver afectado o no este derecho.

De acuerdo a algunas clásicas definiciones doctrinaras desde la teoría del derecho moderno y el derecho civil se entiende por identidad el "ser en si mismo" siendo el modo en que la persona se muestra dentro su sociedad, también nuestro destacado académico Carlos Fernández Sessarego por su parte sostiene que la identidad es todo lo que hace que cada cual sea "uno mismo" y no "otro" y que permite que se conozca a la persona en su "mismisidad" en cuanto a lo que es su esencia humana

Se entendería que en estas dos perspectivas habrían matices relevantes en la medida que en un primer caso parece tratarse de una definición más bien estática mientras que en la siguiente definición si consideraríamos una propuesta dinámica, así la identidad inicialmente puede apreciarse en cuestiones como el sexo, la edad etc., en cambio, frente a la segunda esperaríamos una concepción más bien de carácter evolutivo en base a los mismos cambios que se pueden verificar dentro de la sociedad y que no solo involucrarían aspectos básicos registrales (estatus personal) sino que abarcarían las múltiples actividades del sujeto así como "el patrimonio cultural e ideológico de la persona".

Sin embargo, mi interés en este texto está más bien en explorar en torno a la "radicalización" del proyecto existencialista que en algunos casos y paradójicamente podría percibirse en términos de un creciente nihilismo, es decir, en la negación de los valores y la indiferencia respecto a los proyectos y fines humanos . Una situación

como esta tendrá que traer cambios relevantes en toda la realidad del derecho moderno ya que también esta etapa nihilista es conocida como "postmoderna" o deconstructiva lo cual implica afirmar la incertidumbre y también a relativizar cualquier concepto o estructura, vale decir, si el derecho moderno se creó a partir de la metafísica cartesiana en donde se afirmaba la distinción entre sujeto y objeto (cosa pensante y cosa extensa) y también una jerarquía entre ambos (el sujeto se ubica siempre por encima del objeto o el sujeto se coloca en el centro mientras que el objeto en la periferia), ahora más bien encontraríamos un cuestionamiento a cualquier posibilidad de ubicar puntos fijos en el espacio y con ello también negaríamos la posibilidad de afirmar al sujeto. Es decir, entraríamos a una etapa en la cual si el sujeto se puede desplazar y ubicar en cualquier punto entonces no solo habría dificultad para encontrarlo sino que también generaría un enorme problema para IDENTIFICARLO, es más podría ocurrir que el mismo sujeto se cree y recree así mismo según su propia voluntad o estado de ánimo y sería solamente la VOLUNTAD la que defina todo.

Precisamente, el problema que quisiera destacar ahora es el de los efectos que ocasiona al derecho a la identidad y al Estado el paradigma postmoderno pues los tiempos han cambiado mucho y ya no nos encontramos en una época en la cual las perspectivas existencialistas podían brindar a esta temática ciertos aires progresistas y libertarios sino más bien ahora con el concurso de la técnica se podrían plantear grandes conflictos y controversias sencillamente porque con el agregado tecnológico (que se debe leer también como un poder o una potencia otorgado al individuo) el existencialismo (que sirvió mucho para afirmar el derecho a la identidad como lo sostuvo Fernández Sessarego) podría contribuir hoy a incrementar la incertidumbre y generar más problemas que soluciones, es más podría convertirse paradójicamente en una amenaza a la misma autonomía personal.

Por ejemplo recientes casos como el del escocés Norrie May-Welby quien no hace mucho ha sido reconocido como un sujeto neutro ya que según él no se sentía augusto ni con el sexo masculino ni con el femenino sería solo la punta del iceberg de una transformación radical que podría experimentar el derecho moderno construido bajo los pilares del racionalismo cartesiano y que ahora no podría contener todos estos cambios resultado de la tecnología, el avance científico sumados a un individualismo radical que buscaría ahora que las leyes se adapten a la voluntad del sujeto y no a la inversa como habría sido lo natural en los orígenes del derecho.

Pero volviendo al caso citado, se habla por ejemplo aquí de un no sexo o un sexo neutro, lo cual en si mismo resultaría no solo confuso sino que también podría dar pie a múltiples problemas legales por ejemplo al establecerse – como ocurre en nuestro ordenamiento - que el matrimonio solo corresponde a la unión de un hombre y una mujer - , excluyéndose cualquier otra posibilidad ¿Entonces habría también que facilitar nuevas formas de unión entre personas neutras tal y como se viene implementando en el caso de los homosexuales en diversos países? Sin embargo, no faltarán quienes sostengan que el caso de May – Welby, es solamente anecdótico o insólito por lo que no habría que preocuparse demasiado respecto a la necesidad de legislar sobre el particular. Empero, igual podría haberse dicho años atrás cuando alguien decidió cambiar de sexo (transexual) a través de una intervención quirúrgica y

su apariencia contrastaba ahora con su documento de identidad en el que se consignaba su identidad original (por ejemplo hombre). En esas circunstancias se plantearon una serie de acciones legales destinadas a modificar no solamente el nombre sino también el sexo que se señala en el documento de identidad. Evidentemente, estos casos han ido en aumento igual en nuestro país produciéndose además cambios acelerados al respecto y no extrañaría que también a mediano o corto plazo cambios legislativos drásticos.

La posibilidad de que casos como el de May – Welby en realidad pueden plantearse con cierta facilidad en estos tiempos se debe indudablemente a la presencia del liberalismo neutral que acompaña regularmente al derecho contemporáneo, es decir, la tesis según la cual nadie puede o debe juzgar las preferencias de otros ya que hacerlo implicaría afectar la autonomía individual y no respetar las elecciones personales. En realidad, es el liberalismo el que ha venido promoviendo la tesis de la neutralidad a partir de lo que significa la crítica al Estado en tanto éste pueda interferir en las elecciones de vida de cualquier ciudadano, así mismo, ellos plantean una distinción entre lo que significa permitir una conducta e impulsarla o promoverla, vale decir, que para ellos el hecho que se permita la pornografía no implicaría que se estuviese promocionándola o se estuviese a favor de ella. Sin embargo, sus críticos conservadores no pensarían de la misma manera y considerarían que no es viable tal distinción a lo que los liberales replicarían finalmente que ellos no es que tendrían que estar a favor de la pornografía o alguna otra conducta de este tipo sino que lo que ocurre es que valoran sobre todo la tolerancia y la libre elección.

Así pues, el modelo liberal prevaleciente se sustenta en la defensa del valor tolerancia por sobre todas las cosas aunque a decir verdad es una tolerancia que resulta sin fundamentos pues si se parte del carácter subjetivo de todo valor entonces la tolerancia no podría justificarse ya que ningún valor podría ser objetivo. Esta contradicción del liberalismo los conduciría a un callejón sin salida ya que la concepción de liberalismo que manejan descansaría en realidad en el relativismo.

Sin embargo, a fin que el discurso liberal no sea contradictorio y que la defensa de la elección personal y la tolerancia estén justificadas entonces la "tolerancia" de conductas como la de la sexualidad "neutra" o la de la "transexualidad" o la unión de personas del mismo sexo tendrían que ser sustentadas en algún valor (tolerancia). ¿Cuál sería entonces la base de la tolerancia? Se entiende que existen dos morales modernas que lo podrían justificar el utilitarismo y la moral de los derechos Kant , sin embargo, ambas resultan siendo fallidas como lo pueden señalar diversos teóricos perfeccionistas , republicanos democráticos y comunitaristas , sea porque el utilitarismo no considera a todos como seres autónomos (algunos son medios para los fines de otros) sea porque la moral de los derechos se basa en una distinción que no se puede sostener, vale decir, la distinción entre lo correcto y lo bueno . Entonces si no hay justificación para la tolerancia (que si podría ser justificada en otros modelos no neutrales ciertamente) resulta difícil aceptar las tesis liberales. Es más si no fuesen acertadas las críticas contra la moral de los derechos y la tolerancia estuviese justificada, entonces también tendría sentido preguntarse ¿por qué solo la tolerancia y porque no otros valores?. Sin duda, la discusión sobre los valores será una constante en los últimos años.

Ciertamente, dentro del desarrollo de la teoría jurídica contemporánea se puede encontrar un auge de las llamadas corrientes postpositivistas del derecho que enfatizan el aspecto de la corrección antes que de la validez normativa , por ejemplo una muestra de estas nuevas perspectivas sería el caso del filósofo del derecho argentino (fallecido prematuramente) Carlos Santiago Nino, para él, el derecho debía ser entendido como la institucionalización de procedimientos (deliberativos) que nos ayudan a la solución de controversias y que también estimulan la Cooperación social, dentro de un marco de defensa de la autonomía personal, la inviolabilidad de la persona y la dignidad . En este sentido, se entendería que la base de su discurso está en los derechos humanos (autonomía, inviolabilidad y dignidad) a partir de los cuales se plantearían deliberaciones conducentes a resolver controversias mediante la aprobación mayoritaria. (Definiendo su enfoque como deliberativo democrático).

Así pues, las reglas de la democracia, como por ejemplo las que imponen que no puede haber discriminaciones en virtud de la raza, el sexo, condición económica, etc.; que el voto de los ciudadanos debe tener igual valor; que las decisiones políticas colectivas se toman por el procedimiento de la mayoría; que debe haber alternativas reales; que los representantes se eligen periódicamente; que no se pueden violar los derechos de la minoría; genera un procedimiento de toma de decisiones similar, según Nino, al procedimiento que rige el discurso moral.

Así por ejemplo, Nino podría establecer ciertas reglas concernientes a los derechos humanos como el afirmar que los derechos humanos son derechos morales que posee todo ser humano independientemente de contingencias tales como el sexo, la religión o la nacionalidad y del hecho de que sean o no reconocidos por el gobierno o que la función de tales derechos es evitar que las personas sean usadas como medios para satisfacer los objetivos de otras personas, de entidades corporativas o del gobierno entre otras, quedando explícitamente señalado que la función de todo Estado Liberal debería ser la de la promoción de los citados derechos (como una obligación moral).

Un discurso como este que a diferencia del positivista clásico institucionaliza y moraliza los derechos individuales sin dudas que ha servido para facilitar la legalización favorable a distintas conductas y hechos que antes no se habían ni siquiera pensando (cambio de sexo por ejemplo), la ampliación del derecho de autonomía y la no injerencia de otros con respecto a las elecciones personales (neutralidad) por ejemplo serían considerados como formas de satisfacer los estándares propuestos por esta moral de los derechos individuales.

Justamente, esta tendencia postpositivista en su faceta llamada neoconstitucionalista, lo que hace es definir lo jurídico ya no desde la mera legalidad sino desde la constitucionalidad (principios) y en la medida que los principios son por su naturaleza indeterminados entonces es fácil advertir que mediante interpretaciones correctoras extensivas o "conforme a" la Constitución se podría suplir la falta de regulación o vacío al respecto y resolver entonces los casos que se presenten como seria por ejemplo el del cambio de identidad sexual y su correspondiente reconocimiento por medio de la generación de un documento de identidad. (O finalmente el del reconocimiento de la "no identidad" como ocurrió en Australia recientemente).

En síntesis, la etapa postpositivista favorece sin duda la discrecionalidad y esto viene resultando muy favorable para la defensa de diversos intereses o deseos "subjetivos", los mismos que como vimos son ahora potenciados por la tecnología y nos llevan hacia esta realidad de la "transexualidad" o de la "neutralidad" o de sabe Dios que otro nuevo concepto podría ser conocido en el futuro mediato. Postpositivismo y Postmodernidad convergerían entonces en la defensa radical de la subjetividad moderna y el derecho parece seguir sin ninguna oposición o respuesta esta tendencia. Esta corriente en realidad nació ya con el "existencialismo" (Fernández Sessarego) que promovió esta suerte de identidad "dinámica" que parecería responder más bien a una suerte de moralidad social lejos de cualquier vínculo metafísico, luego el positivismo (que fue impulsado por la modernidad dicho sea de paso) dio pasos adelante en esta vertiente individualista aunque mantuvo mal que bien cierta idea de orden y de predictibilidad, tratando además de armonizar en la medida de lo posible la autonomía individual con la autonomía social, merced también al principio del daño al tercero y considerando que el objetivo era lograr conformar una comunidad de seres autónomos (Kant) y preservar la vida de los súbditos (Hobbes). Finalmente, la postmodernidad por su lado atacaría la tesis de la seguridad, el orden y la predictibilidad (lo cual permitiría la inserción de conceptos como el del "No Sexo") mientras que el postpositivismo se encargaría de facilitar la concreción de los deseos individualistas gracias a la indeterminación de los principios liberales.

Conclusion

Mientras que las tesis liberales planteaban la distinción entre permitir y promover junto con la neutralidad y la tolerancia en el campo jurídico pronto las tesis positivistas que se alineaban en cierto sentido con el liberalismo pasaron a convertirse en neoconstitucionalismo y a "comprometerse" con los valores con lo cual ya no tenía mucho sentido hablar de la tolerancia, el derecho ahora – como lo sostenía Nino – debería promover la voluntad individual.

Los liberales dicen que la moral de los derechos individuales se justifica en sí misma, sin embargo, no sé si esto sea suficiente para poder afirmar que éstos realmente deben de ser aceptables, lo que parece más bien es estar ante un razonamiento de carácter circular , entiendo que en el mundo antiguo o en contextos no occidentales "la transexualidad" o la "indeterminación sexual" no fueron mayor problema para la marcha de sus civilizaciones que igualmente aportaron mucho en el desarrollo de nuestro mundo actual, por ello no veo porque los legisladores, los jueces o los poderes de facto deban tener tanto interés en legitimar estas situaciones o cualquiera otra "políticamente correcta" sin plantear un análisis más profundo respecto al porque debería legitimarse dichas conductas o porque es que se tendría que reconocer cualquier identidad según la voluntad del demandante, amparadas en la vaguedad de la "tolerancia". La defensa de la autonomía personal no necesariamente debe implicar acceder siempre a cualquier pedido o acceder de modo inmediato a cualquier capricho, por más atractivo que sea formulado sin tomar en cuenta también la manera como estos nuevos derechos podrían afectar la marcha de lo que fue considerada una civilización de progreso y bienestar colectivo.

[http://eduardohernandonieto.blogspot.com]

La homosexualidad: ni "vicio" ni virtud

Javier Ruiz Portella

Que nuestros lectores se tranquilicen si la homosexualidad no despierta en ellos ninguna fobia u horror: están tan sanos —se lo aseguro—, tan ávidos de vida, tan llenos de amor hacia el mundo como lo estaban los hombres y mujeres de todas las sociedades orgánicas, bien estructuradas y jerárquicas del pasado. Ninguna de ellas ha experimentado ningún pretendido horror ante la homosexualidad. O si ésta ha sido perseguida, lo ha sido con cortapisas y tolerancias diversas.

Debo reconocer que tiene su parte de razón el artículo publicado en nuestro periódico (ElManifiesto.com) cuando señala las implicaciones entre lo que se entiende por "cultura gay" y el imperio del individualismo contemporáneo: ese culto al hedonismo bobalicón en el que sólo cuenta la satisfacción narcisista del individuo que no conoce la fortaleza de vínculos, historia, familia… —del individuo que sólo sabe sonreír ("hacer un guiño", decía Nietzsche). Sí, todo esto es cierto, pero hay en tal planteamiento un problema. Por un lado, parece como si fueran los homosexuales quienes promovieran el nihilismo narcisista, cuando sucede al revés: el nihilismlo lo invade todo en nuestra sociedad, y por tanto también sus hábitos eróticos (tanto homosexuales como heterosexuales). Pero es que, además, todo ello plantea otro problema mucho más grave.

Denunciar tal implicación de la "ideología gay" y hablar del "horror" que produce o debería producir la homosexualidad y su "pecado nefando", es algo que tiene dos consecuencias: la primera, llenar de estupefacción y horror a quienes pensamos que la homosexualidad es, en sí misma, una inclinación sexual tan honorable como cualquier otra; la segunda, fortalecer aún más de lo que ya está el nihilismo y el individualismo que este periódico se da por misión combatir.

Cuando la santurronería clerical aplicada durante cuarenta años a nuestro país en materia de moral y "buenas" costumbres ha producido —aunque ésta no es la única causa del fenómeno— la reacción consistente en hacernos saltar al extremo opuesto; cuando en un abrir y cerrar de ojos, como quien dice, hemos pasado de un país de beatas y santurrones al país de los chikilicutres, pijos pogres y demás engendros que aborrecemos; cuando ello es así, volver a ensañarse contra los

homosexuales y su antinatural "vicio", volver a horrorizarse ante la transgresión de la ley natural o divina que cometen tan desgraciadas criaturas, no puede tener sino un solo efecto: deslegitimizar toda denuncia del orden nihilista y narcisista que nos corroe; hacer que todo nuestro combate aparezca como una vulgar defensa de la moral conservadora y clerical… —que es precisamente lo que se pretende defender con tales planteamientos.

No estamos hablando aquí de las extravagancias e imposiciones del lobby gay: soy el primero en repudiarlas. Estamos hablando de la homosexualidad como tal; de esa homosexualidadque debería producir en los lectores de Elmanifiesto.com un "horror" tan álgido como el que despertaba —parece— en las sociedades bien vertebradas de otros tiempos. Que nuestros lectores, sin embargo, se tranquilicen si la homosexualidad no despierta en ellos ninguna fobia u horror: están tan sanos —se lo aseguro—, tan ávidos de vida, tan llenos de amor hacia el mundo como lo estaban los hombres y mujeres de todas las sociedades orgánicas, bien estructuradas y jerárquicas del pasado. Ninguna de ellas ha experimentado ese pretendido horror ante la homosexualidad.

Es cierto, sin embargo: desde que el cristianismo impuso su ley, se ha experimentado algo parecido al horror, pero éste se encontraba matizado por la duplicidad que en materia sexual siempre ha caracterizado a esta religión: por un lado, la condena pública, manifiesta, del "pecado"; por otro, su tolerancia, al menos en parte, el hacer manga ancha, el abrir cauces para evitar tener que quemar en la hoguera a la mayoría de los "sodomitas". (Rodolfo Vargas Rubio lo ha explicado por lo demás, con todo lujo de detalles, en los números 1 y 3 de nuestra revista teórica.)

Pero si esta duplicidad —otros quizá prefieran decir: "esta hipocresía"— ha sido lo propio de los últimos mil setecientos años, otras sociedades hubo antes en Europa en las que la homosexualidad —dentro, es cierto, de unas determinadas normas— era una actividad considerada tan normal como honorable. Y, sin embargo, ni el nihilismo narcisista, ni el egoísmo individualista, ni la falta de vínculos superiores corroía en lo más mínimo a tales sociedades. Al contrario, tan fuertes eran Grecia y Roma que no sólo se sostuvieron a sí mismas durante siglos, sino que, al fundar a Europa, crearon la más alta de todas las civilizaciones.

Hay, es cierto, entre ellos y nosotros, una diferencia fundamental: si efebos y homosexuales no les molestaban en lo más mínimo; si los mostraban sin el menor reparo; si Adriano, por ejemplo, erigió a su joven amante Antinoo, el templo que, al morir, le levantó en Egipto, era sin duda porque, para aquellos paganos, Eros y Afrodita no eran cosa pecaminosa. Eran cosa divina. Ni siquiera sabían lo que fuera el "pecado" —sólo conocían la virtus: el imperativo de buscar la excelencia, la grandeza, el honor. Aún no había llegado la religión para la cual un Dios de bondad —dicen— se dedica a coartar aquellos instintos que Él mismo infunde a sus criaturas.

Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina

---

Michael S. Kimmel

"Es divertido" (dijo la esposa de Curley): "Si yo engancho un hombre y él está solo, me llevo bien con él. Pero basta que se junten dos tipos y ustedes no podrán hablar. Absolutamente nada, sino estupideces". Ella deslizó sus dedos, poniendo sus manos en sus caderas. "Ustedes están todos asustados unos de otros, ésa es la razón. Cada uno está atemorizado de que los demás les saquen ventaja".

John Steinbeck, Of Mice and Men (1937)

Pensamos que la virilidad es eterna, una esencia sin tiempo que reside en lo profundo del corazón de todo hombre. Pensamos que la virilidad es una cosa, una cualidad que alguien tiene o no tiene. Pensamos que la virilidades innata, que reside en la particular composición biológica del macho humano, el resultado de los andrógenos o la posesión de un pene. Pensamos de la virilidad como una propiedad trascendente tangible que cada hombre debe manifestar en el mundo, la recompensa presentada con gran ceremonia a un joven novicio por sus mayores por haber completado exitosamente un arduo rito de iniciación. En las palabras del poeta Rober Bly (1990), "la estructura que está al fondo de la psiquis masculina está aún tan firme, como lo estuvo hace veinte mil años".

En este trabajo considero a la masculinidad como un conjunto de significados siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros, y con nuestro mundo. La virilidad no es ni estática ni atemporal; es histórica; no es la manifestación de una esencia interior; es construida socialmente; no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos; es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas. Hemos llegado a conocer lo que significa ser un hombre en nuestra cultura al ubicar nuestras definiciones en oposición a un conjunto de otros, minorías raciales, minorías sexuales, y, por sobre todo, las mujeres.

Nuestras definiciones de virilidad están constantemente cambiando, siendo desplegadas en el terreno político y social en el que se llevan a cabo las relaciones

entre mujeres y hombres. De hecho, la búsqueda por una definición trascendente y atemporal de la masculinidad es en sí un fenómeno sociológico; tendemos a buscar lo eterno y atemporal durante los momentos de crisis, aquellos puntos de transición cuando las antiguas definiciones no sirven más y las nuevas están luchando por afirmarse.

Esta idea de que la virilidad está construida socialmente y que cambia con el curso de la historia, no debe ser entendida como una pérdida, como algo que se les quita a los hombres. De hecho, nos proporciona algo extraordinariamente valioso –la acción, la capacidad de actuar. Nos da un sentido de posibilidad histórica de reemplazar la abatida resignación, que invariablemente acompaña los esencialismos ahistóricos y atemporales. Nuestras conductas no son simplemente sólo naturaleza humana, porque los niños serán siempre niños. A partir de los elementos que existen a nuestro alrededor en nuestra cultura -personas, ideas, objetos- creamos activamente nuestros mundos, nuestras identidades. Los hombres pueden cambiar, tanto individual como colectivamente.

Las masculinidades como relaciones de poder

La masculinidad vigente en el mercado define las normas por las que se rige la virilidad norteamericana. Describe tanto el escenario en que ésta se expresa -la esfera pública y el mercado- como sus características: agresividad, competencia, ansiedad. Si el mercado es donde se verifica y prueba la virilidad, se trata por lo tanto de un escenario "generizado", en el cual se cargan de significado las tensiones entre hombres y mujeres y entre distintos grupos de hombres. Estas tensiones sugieren que las definiciones culturales de género son puestas en escena en un terreno en disputa y son, en sí mismas, relaciones de poder.

No todas las masculinidades son creadas iguales; o más bien, todos somos creados iguales, pero cualquier igualdad hipotética se evapora rápidamente, porque nuestras definiciones de masculinidad no se valoran del mismo modo en nuestra sociedad. Una definición de hombría sigue siendo la norma con relación a la cual se miden y evalúan otras formas de virilidad. Dentro de la cultura dominante, la masculinidad que define a los blancos, de clase media, adultos jóvenes heterosexuales, es el modelo que establece los standards para otros hombres, en base a la cual se miden otros varones y, a los que, más comúnmente de lo que se cree, ellos aspiran. El sociólogo Erving Goffman (1963) escribió que en Estados Unidos, hay sólo "un varón completo, íntegro":

> Un joven, casado, blanco, urbano, heterosexual norteño, padre protestante de educación universitaria, empleado a tiempo completo, de buen aspecto, peso y altura, con un récord reciente en deportes. Cada varón estadounidense tiende a observar el mundo desde esta perspectiva... Todo hombre que falle en calificar en cualquiera de esas esferas, es probable que se vea a sí mismo... como indigno, incompleto, e inferior.

Esta es la definición que llamaremos masculinidad hegemónica, la imagen de masculinidad de aquellos hombres que controlan el poder, que ha llegado a ser la norma en las evaluaciones psicológicas, en la investigación sociológica y en la literatura de autoayuda y de consulta destinada a enseñar a los hombres jóvenes cómo

llegar a ser "verdaderos hombres" (Connell, 1987). La definición hegemónica de la virilidad es un hombre en el poder, un hombre con poder, y un hombre de poder. Igualamos la masculinidad con ser fuerte, exitoso, capaz, confiable, y ostentando control. Las propias definiciones de virilidad que hemos desarrollado en nuestra cultura perpetúan el poder que unos hombres tienen sobre otros, y que los hombres tienen sobre las mujeres.

La definición de nuestra cultura sobre la masculinidad implica, de esta manera, varias historias a la vez. Se trata de la búsqueda del hombre individual para acumular aquellos símbolos culturales que denotan virilidad, señales de que él lo ha logrado (ser hombre). Se trata de esas normas que son usadas contra las mujeres para impedir su inclusión en la vida pública y su confinamiento a la devaluada esfera privada. Se trata del acceso diferenciado que distintos tipos de hombres tienen a esos recursos culturales que confieren la virilidad y de cómo cada uno de estos grupos desarrolla entonces sus propias modificaciones para preservar y reclamar su virilidad. Se trata del propio poder de estas definiciones, que sirven para mantener el poder efectivo que los hombres tienen sobre las mujeres y que algunos hombres tienen sobre otros hombres.

Esta definición de virilidad ha sido resumida inteligentemente por el psicólogo Robert Brannon (1976) en cuatro frases breves:

1. "¡Nada con asuntos de mujeres!" Uno no debe hacer nunca algo que remotamente sugiera femineidad. La masculinidad es el repudio implacable de lo femenino.

2. "¡Sea el timón principal!". La masculinidad se mide por el poder, el éxito, la riqueza y la posición social. Como lo afirma el dicho común "El que al terminar tiene la mayoría de las piezas, gana".

3. "¡Sea fuerte como un roble!". La masculinidad depende de permanecer calmado y confiable en una crisis, con las emociones bajo control. De hecho, la prueba de que se es un hombre consiste en no mostrar nunca emociones. Los muchachos no lloran.

4. "¡Mándelos al infierno!". Exude un aura de osadía varonil y agresividad. Consígalo, arriésguese.

Estas reglas contienen los elementos de la definición con la que se mide virtualmente a todos los varones estadounidenses. El fracaso en encarnar estas reglas, en afirmar el poder de tales reglas y el logro de éstas, es una fuente de la confusión y dolor de los hombres. Tal modelo es, por supuesto, irrealizable para cualquier persona. Pero seguimos intentando alcanzarlo, valiente y vanamente. La masculinidad estadounidense es una prueba implacable. La prueba principal está contenida en la primera regla. Cualesquiera sean las variaciones de raza, clase, edad, etnia, u orientación sexual, ser un hombre significa no ser como las mujeres. Esta noción de antifemineidad está en el corazón de las concepciones contemporáneas e históricas de la virilidad, de tal forma que la masculinidad se define más por lo que uno no es, que por lo que se es.

La masculinidad como huida de lo femenino

Histórica y evolutivamente se ha definido la masculinidad como la huida de las mujeres, el repudio de la femineidad. Desde Freud hemos llegado a entender que, en términos evolutivos, la tarea central que cada niño debe enfrentar es desarrollar una identidad segura de sí mismo como hombre. Tal como Freud lo sostenía, el proyecto edípico es un proceso de la renuncia del niño a su identificación con el profundo vínculo emocional con su madre, reemplazándola entonces por el padre como objeto de identificación. Nótese que él vuelve a identificarse pero nunca se vuelve a atar. Todo este proceso, argumentó Freud, se pone en movimiento por el deseo sexual del muchacho por su madre. Pero el padre se alza en el camino del hijo y no concederá a ese niño pequeño, su propiedad sexual. Entonces, la primera experiencia emocional del muchacho, la que sigue inevitablemente a su experiencia de deseo, es el temor –el miedo a su padre, quien es más grande, más fuerte, y más poderoso sexualmente. Es este miedo, simbólicamente experimentado como el miedo de castración, lo que Freud argumenta que empuja al niño a renunciar a su identificación con su madre y a buscarla con su padre, el ser que es la fuente real de su miedo. Al hacerlo así, el muchacho es ahora simbólicamente capaz de la unión sexual con un substituto similar a su madre, es decir una mujer. Al mismo tiempo adquiere género (masculino) y se convierte en heterosexual.

La masculinidad, en este modelo, está irrevocablemente ligada a la sexualidad. La sexualidad del muchacho se parecerá ahora a la sexualidad de su padre (o por lo menos, a la manera que él se imagina a su padre): amenazante, devastador, posesivo, y posiblemente, castigador. El muchacho ha llegado a identificarse con su opresor; ahora él mismo puede llegar a ser el opresor. Pero un terror se mantiene, el terror de que el joven muchacho sea desenmascarado como un fraude, como un hombre que no se ha separado completa e irrevocablemente de su madre. Serán otros hombres los que lo desenmascararán. El fracaso dejará de-sexuado al hombre, haciéndolo aparecer como que no es un hombre total. Será considerado un timorato, un hijito de su mamá, un afeminado.

Después de despegarse de su madre, el muchacho llega a verla no como una fuente nutricia y de amor, sino como una criatura que lo infantiliza insaciablemente, capaz de humillarlo delante de sus pares. Ella lo hace vestirse con ropas incómodas y que le provocan picazón, sus besos le manchan sus mejillas con lápiz labial, tiñendo su inocencia infantil con la marca de la dependencia femenina; No hay que extrañarse del rechazo a los abrazos de su madre, con gemidos de "Ya, pues, mamá! Córtala!" Las madres representan la humillación de la infancia, desvalida y dependiente. "No obstante, los hombres actúan como si estuvieran siendo guiados por (o rebelándose contra) las reglas y prohibiciones enunciadas por una madre moral", escribe el psico-historiador Geoffrey Gorer(1964). Como resultante, "todas las delicadezas de la conducta masculina -la modestia, la cortesía, la pulcritud, la limpieza- son consideradas concesiones a las demandas femeninas, y no buenas en sí mismas, como parte de la conducta de un hombre cabal".

La huida de la femineidad es enojada y temerosa porque la madre puede castrar tan fácilmente al muchacho debido a su poder para volverlo dependiente, o por lo menos de recordarle la dependencia. Esto ocurre inexorablemente; la hombría llega a

ser una búsqueda de toda la vida para demostrar su logro, como si probáramos lo improbable a los demás, porque nos sentimos tan inseguros de nosotros mismos. Las mujeres no se sienten frecuentemente forzadas a probar su condición de mujer, la propia frase suena ridícula. Ellas tienen otro tipo de crisis de identidad de género; su enojo y frustración, y sus propios síntomas de depresión, se deben más al hecho de ser excluidas que al cuestionamiento de si son lo suficientemente femeninas.

El impulso de repudiar a la madre como indicador de la adquisición de identidad de género masculina tiene tres consecuencias para el muchacho. Primero, empuja lejos a su madre real, y con ella a los rasgos de acogida, compasión y ternura que pudiera haber encarnado. Segundo, suprime esos rasgos en sí mismo, porque revelarán su incompleta separación de la madre. Su vida deviene un proyecto permanente: demostrar que no posee ninguno de los rasgos de su madre. La identidad masculina nace de la renuncia a lo femenino, no de la afirmación directa de lo masculino, lo cual deja a la identidad de género masculino tenue y frágil. Tercero, con el propósito de demostrar el cumplimiento de estas primeras dos tareas, el muchacho también aprende a devaluar a todas las mujeres en su sociedad, como encarnaciones vivientes de aquellos rasgos de sí mismo que ha aprendido a despreciar. Estuviere o no informado de ello, Freud también describió los orígenes del sexismo –la desvalorización sistemática de las mujeres- en los esfuerzos desesperados del muchacho para separarse de su madre. Nosotros podemos querer "a una muchacha igual a la que se casó con mi querido papá", como lo expresa la canción popular, pero ciertamente no queremos ser como ella.

Esta incertidumbre crónica sobre la identidad de género ayuda a entender varias conductas obsesivas. Tomemos, por ejemplo, el recurrente problema del matón del patio de la escuela. Los padres nos recuerdan que el matón es el menos seguro acerca de su virilidad, y que por ello está constantemente tratando de probarlo. Pero él lo prueba escogiendo antagonistas que está seguro de derrotar; por lo tanto, la burla a un matón es "golpea a alguien de tu mismo tamaño". No obstante, él no puede, y después de derrotar a un oponente más pequeño y débil, con el cual estaba seguro que probaría su virilidad, se queda con la sensación de vacío que lo carcome, de que después de todo, no lo ha probadoy que debe encontrar a otro contrincante, de nuevo uno más pequeño y más débil, que pueda derrotar, para probárselo a sí mismo.

Una de las ilustraciones más gráficas de esta eterna prueba de la propia hombría ocurrió en la ceremonia de entrega de Premios de la Academia (Oscar), en 1992. Jack Palance, envejecido actor, que otrora desempeñara roles duros, al aceptar el premio como mejor actor secundario por su papel en la comedia de vaqueros City Slickers, comentó que las personas, sobre todo los productores de cine, pensaban que debido a sus 71 años, todo estaba acabado, que él ya no era competente. "¿Podemos arriesgarnos con este tipo?" señaló, adjudicándoles la pregunta, y acto seguido se dejó caer al suelo para realizar numerosas flexiones apoyado en un brazo. Fue patético ver a ese actor de larga trayectoria teniendo que probar que todavía era lo suficientemente varonil para trabajar y, como también lo comentó en el escenario, para tener sexo.

¿Cuándo acaba esto? Nunca. Admitir debilidad, flaqueza o fragilidad, es ser visto como un enclenque, afeminado, no como un verdadero hombre. Pero, ¿visto por quién?

La masculinidad como validación homosocial

Otros hombres: estamos bajo el cuidadoso y persistente escrutinio de otros hombres. Ellos nos miran, nos clasifican, nos conceden la aceptación en el reino de la virilidad. Se demuestra hombría para la aprobación de otros hombres. Son ellos quienes evalúan el desempeño. El crítico literario David Leverenz (1991) argumenta que las ideologías de la virilidad han funcionado principalmente respecto a la mirada de los pares del varón y a la autoridad masculina". Piensen en cómo los hombres alardean entre sí de sus logros –desde su última conquista sexual al tamaño del pez que pescaron- y cómo constantemente pasamos revista a los indicadores de la virilidad -riqueza, poder, posición social, mujeres atractivas- frente a otros hombres, desesperados por obtener su aprobación.

El hecho que esos hombres prueben su virilidad a los ojos de otros hombres es a la vez consecuencia del sexismo y uno de sus puntales principales. "Las mujeres tienen, en la mente de los hombres, un lugar tan bajo en la escala social de este país, que resulta inútil que tú te definas a ti mismo, en los términos de una mujer", expresó el dramaturgo David Mamet. "Lo que los hombres necesitan es la aprobación de los propios hombres". Las mujeres llegan a ser un tipo de divisa que los hombres usan para mejorar su ubicación en la escala social masculina. (Hasta esos momentos de heroicas conquistas de mujeres, conllevan yo creo, una corriente de evaluación homosocial). La masculinidad es una aprobación "homosocial". Nos probamos, ejecutamos actos heroicos, tomamos riesgos enormes, todo porque queremos que otros hombres admitan nuestra virilidad.

La masculinidad como legitimación homosocial está llena de peligros, con riesgos de fracaso y con una competencia intensa e implacable. "Cada hombre que encuentras, tiene una valoración o una estimación de sí mismo que nunca pierde u olvida", escribió Kenneth Wayne (1912) en su popular libro de consejos de comienzos de siglo. "El hombre tiene su medición propia, e instantáneamente la ubica al costado del otro hombre" (p.18). Casi un siglo más tarde, otro hombre comentó al psicólogo Sam Osherson (1992) que "cuando ya eres un adulto, es fácil pensar que siempre estás en competencia con los hombres, por la atención de las mujeres, en los deportes, en el trabajo".

La masculinidad como homofobia

Si la masculinidad es una aprobación homosocial, su emoción más destacada es el miedo. En el modelo de Freud, el miedo del poder del padre aterra al muchacho joven llevándolo a renunciar al deseo por su madre y a identificarse con él. Este modelo une la identidad de género con la orientación sexual: la identificación del niño pequeño con su padre (que lo lleva a ser masculino) le permite ahora comprometerse en relaciones sexuales con mujeres (se vuelve heterosexual). Este es el origen de cómo pode os leer la orientación sexual de alguien a través del exitoso desempeño de la identidad de género. Segundo, el miedo que siente el pequeño no lo hace salir

corriendo a los brazos de su madre para que lo proteja de su padre. Más bien, él cree que superará su miedo al identificarse con la fuente que origina dicho temor. Llegamos a ser masculinos al identificarnos con nuestro opresor.

Pero hay una pieza que falta de este enigma, una pieza que el mismo Freud incluyó pero que no desarrolló. Si el muchacho en la etapa preedípica se identifica con su madre, ve el mundo a través de los ojos de su madre. Así, cuando se confronta con su padre durante su gran crisis de la etapa edípica, experimenta una visión dividida: ve a su padre como su madre ve a su padre, con una combinación de temor, maravilla, terror, y deseo. Algunos de los seguidores de Freud, tales como Ana Freud y Alfred Adler, sí desarrollaron esos típicos (ver especialmente a Adler, 1980). Estoy muy agradecido de Terry Kupers por su ayuda en la profundización de las ideas de Adler. Simultáneamente ve al padre como a él –el muchacho- le gustaría verlo –como el objeto no de deseo pero sí de emulación. Al repudiar a su madre y al identificarse con su padre, sólo da respuesta en forma parcial a su dilema. ¿Qué puede hacer con ese deseo homoerótico, el deseo que sentía porque veía a su padre de la manera que su madre lo veía?

Debe suprimir tal deseo. El deseo homoerótico es desechado como deseo femenino, en cuanto es el deseo por otros hombres. La homofobia es el esfuerzo por suprimir ese deseo, para purificar todas las relaciones con otros hombres, con las mujeres, con los niños, y para asegurar que nadie pueda alguna vez confundirlo con un homosexual. La huida homofóbica de la intimidad con otros hombres es el repudio al homosexual que está dentro de sí, tarea que nunca es totalmente exitosa y que por esto es constantemente revalidada en cada relación homosocial. “Las vidas de la mayoría de los hombres estadounidenses están limitadas y sus intereses son diariamente mutilados por la necesidad constante de probar a sus compañeros, y a sí mismos, que no son afeminados ni homosexuales”, escribe el historiador psicoanalítico Geoffrey Gorer (1964). “Cualquier interés o búsqueda identificada como femenina deviene profundamente sospechosa para los hombres”.

Aun cuando no suscribimos las ideas psicoanalíticas de Freud, podemos observar todavía cómo, en términos menos sexualizados, el padre es el primer hombre que evalúa el desempeño masculino del muchacho, el primer par de ojos de varón frente a los cuales él se trata de probar a sí mismo. Esos ojos lo seguirán por el resto de su vida. Otros ojos de hombres se unirán a aquellos -los ojos de los modelos, tales como los maestros, los entrenadores, los jefes, o de héroes de los medios de comunicación; los ojos de sus pares, de sus amigos, de sus compañeros de trabajo; y los ojos de millones de otros hombres, vivos y muertos, de cuyo constante escrutinio su desempeño no se encontrará jamás libre. “La tradición de todas las generaciones pasadas pesa como una pesadilla en el cerebro del viviente”, fue como Karl Marx lo sintetizó hace más de un siglo (1848/1964. “La primogenitura de cada varón estadounidense es una sensación crónica de inadecuación personal”, es la forma en que dos psicólogos lo describen actualmente (Woolfolk & Richardson, 1978).

Esa pesadilla, de la cual nunca parecemos despertar, es que esos otros hombres verán esa sensación de inadecuación, verán que ante nuestros propios ojos no somos lo que fingimos ser. Lo que llamamos masculinidad es a menudo una valla que nos

protege de ser descubiertos como un fraude, un conjunto exagerado de actividades que impide a los demás ver dentro de nosotros, y un esfuerzo frenético para mantener a raya aquellos miedos que están dentro de nosotros. Nuestro verdadero temor "no es miedo de las mujeres sino de ser avergonzados o humillados delante de otros hombres, o de ser dominados por hombres más fuertes" (Leverenz, 1986).

Este es entonces el gran secreto de la virilidad estadounidense: estamos asustados de otros hombres. La homofobia es un principio organizador de nuestra definición cultural de virilidad. La homofobia es más que el miedo irracional por los hombres gay, es más que el miedo de lo que podemos percibir como gay. "La palabra amanerado no tiene nada que ver con la experiencia homosexual o incluso con los miedos por los homosexuales", escribe David Leverenz (1986)."Sale de las profundidades de la virilidad: una etiqueta de enorme desprecio por alguien que parece afeminado, blando, sensible" (p.455). La homofobia es el miedo a que otros hombres nos desenmascaren, nos castren, nos revelen a nosotros mismos y al mundo que no alcanzamos los standards, que no somos verdaderos hombres. Tenernos temor de permitir que otros hombres vean ese miedo. Este nos hace avergonzarnos, porque su reconocimiento en nosotros mismos es una prueba de que no somos tan varoniles como pretendemos, tal como lo expresa un joven en un poema de Yeats, "uno que se eriza en una pose varonil con todo su tímido corazón". Nuestro miedo es el miedo de la humillación. Tenemos vergüenza de estar asustados.

La vergüenza conduce al silencio -los silencios que permiten creer a otras personas que realmente aprobamos las cosas que se hacen en nuestra cultura a las mujeres, a las minorías, a los homosexuales y a las lesbianas. El silencio aterrador cuando echamos a correr presurosos, dejando atrás a una mujer que está siendo acosada por hombres en la calle. Ese furtivo silencio cuando los hombres hacen chistes sexistas o racistas en el bar. Ese pegajoso silencio cuando los tipos en la oficina hacen chistes sobre ataques a los gay. Nuestros miedos son la fuente de nuestros silencios, y los silencios de los hombres es lo que mantiene el sistema. Esto puede ayudar a explicar por qué a menudo las mujeres se lamentan que sus amigos o compañeros varones son tan comprensivos cuando están solos, pero que cuando salen en grupo celebran los chistes sexistas o más aún, son ellos mismos los que los cuentan.

El miedo de verse como un afeminado domina las definiciones culturales de virilidad. Ello se inicia muy temprano. "Los muchachos entre ellos mismos se avergüenzan de ser no varoniles", escribió un educador en 1871 (citado en Rotundo, 1993). Tengo una apuesta pendiente con un amigo de que puedo entrar a cualquier patio de recreo en los Estados Unidos donde jueguen niños de 6 años y por el solo hecho de formular una pregunta, puedo provocar una pelea. Esta es simple: "¿Quién es un afeminado por estos lados?" Una vez formulada, se ha hecho el desafío. Es probable que ocurra una de dos cosas. Un muchacho acusará a otro de serio, a lo que ese muchacho responderá que él no es el afeminado, pero que el primero sí lo es. Ellos tendrán que pelear para ver quien está mintiendo. O un grupo entero de muchachos rodeará a uno de ellos y gritarán todos "¡El es! ¡El es!". Ese muchacho o se deshace en lágrimas y corre a su casa llorando, sintiéndose un desgraciado, o tendrá que enfrentarse a varios niños al mismo tiempo para probar que él no es un

afeminado (¿Y qué le dirán su padre o hermanos mayores, si prefiere irse corriendo a su casa llorando?). Pasará algún tiempo antes de que recobre algún sentido de autoestima.

La violencia es, a mentido, el indicador más evidente de la virilidad. Más bien es la disposición, el deseo de luchar. El origen de la expresión tener una astilla en el hombro, viene de la practica de un adolescente en el campo o pueblo pequeño a inicios de este siglo, quien literalmente caminaba por todas partes con una astilla de madera balanceándose en su hombro, como signo de su disposición para luchar de inmediato con cualquiera que tomara la iniciativa de quitársela. (ver Gorer, 1964, Mead, 1965).

Como adolescentes, aprendemos que nuestros pares son un tipo de policía de género, constantemente amenazando con desenmascaramos como afeminados, como poco hombres. Uno de los trucos favoritos que teníamos cuando yo era adolescente, era pedirle a un muchacho que mirara sus uñas. Si él acercaba su palma hacia su cara y doblaba sus dedos para verlas, pasaba la prueba. Se miraba sus uñas "como un hombre". Pero si ponía su palma hacia abajo y lejos de su cara, y luego se miraba las uñas de las manos con el brazo estirado, era ridiculizado inmediatamente como afeminado.

Cuando somos jóvenes observamos constantemente esas barreras de género, verificando los cercos que hemos construido en el perímetro, asegurando que nada remotamente femenino se cuele a través de ellos. Las posibilidades de ser desenmascarados están por todas partes. Incluso la cosa aparentemente más insignificante puede significar una amenaza o activar ese terror tan persistente. El día en que los estudiantes de mi curso "Sociología de los hombres y sus masculinidades" debían discutir la homofobia y las amistades entre varones, un estudiante entregó una ilustración conmovedora. Observando que era un hermoso día, el primero de primavera después del invierno brutal del nordeste, decidió ponerse pantalones cortos para asistir a clases. "Tengo un par de pantalones cortos, muy buenos del tipo Madras", comentó. "Pero –entonces pensé- estos pantalones cortos tienen algo de color lavanda y rosa. Hoy el tópico de la clase será la homofobia. Quizá hoy no es el mejor día para usar esos pantalones".

Nuestros esfuerzos por mantener una fachada varonil cubren todo lo que hacemos. Lo que usamos. Cómo caminamos. Qué comemos. Cada amaneramiento, cada movimiento contiene un lenguaje codificado de género. Piensen, por ejemplo, cómo contestar la pregunta: ¿Cómo sabe usted si un hombre es homosexual? Cuando hago esta pregunta en clases o talleres, las respuestas invariablemente proveen una lista bastante típica de conductas afeminadas. Camina de una cierta manera, habla de cierta forma, actúa de cierto modo; es muy emocional; muestra sus sentimientos. Una mujer comentó que ella sabe si un hombre es gay si él se preocupa realmente de ella; otra dijo que ella sabe si él es gay si no muestra interés en ella, si la deja sola.

Ahora cambien la pregunta e imaginen lo que los hombres heterosexuales hacen para asegurarse que nadie podría tener la posibilidad de una idea errada sobre ellos. Las respuestas típicamente se refieren a los estereotipos originales, esta vez como un conjunto de reglas negativas acerca de la conducta. Nunca se vista de esa manera. Nunca hable o camine de esa forma. Nunca muestre sus sentimientos o

nunca se ponga emocional. Siempre esté preparado para demostrar interés sexual por las mujeres que encuentre, así resulta imposible para cualquier mujer hacerse una idea errada sobre usted. En este sentido, la homofobia, el miedo de ser percibido como gay, no como un verdadero hombre, mantiene a todos exagerando las reglas tradicionales de la masculinidad, incluyendo la explotación sexual de mujeres. La homofobia y el sexismo van de la mano.

Las consecuencias de ser percibidos como afeminados son enormes, a veces asunto de vida y muerte. Nos exponemos a grandes riesgos para probar nuestra condición de hombre, con la salud, en los lugares de trabajo, y con enfermedades tensionales. Los hombres se suicidan con una frecuencia tres veces mayor que las mujeres. El psiquiatra Willard Gaylin (1992) explica que eso se debe "invariablemente a la percepción de una humillación social", con frecuencia ligada al fracaso en los negocios: Los hombres se deprimen por la pérdida de posición social y de poder en el mundo de los hombres. No es la pérdida de dinero, o de las ventajas materiales que el dinero puede comprar lo que produce la desesperación que conduce a la autodestrucción. Es la "vergüenza", la "humillación", el sentimiento de "fracaso" personal... Un hombre se desespera cuando ha dejado de ser un hombre entre los hombres.

La homofobia como causa del sexismo, heterosexismo y racismo

La homofobia está íntimamente entrelazada tanto con el sexismo como con el racismo. El miedo -a veces consciente, otras no- de que otros puedan percibimos como homosexuales nos presiona a ejecutar todo tipo de conductas y actitudes exageradamente masculinas, para asegurarnos de que nadie pueda formarse una idea errada sobre nosotros. Una de las piezas centrales de esa exagerada masculinidad es rebajar a las mujeres, tanto excluyéndolas de la esfera pública como con descalificaciones cotidianas en lenguaje y conductas que organizan la vida diaria del hombre estadounidense. Las mujeres y los hombres gay se convierten en el otro contra los cuales los hombres heterosexuales proyectan sus identidades, contra quienes ellos barajan el naipe de modo de competir en condiciones que les asegure ganar, y de este modo al suprimirlos, proclamar su propia virilidad. Las mujeres amenazan con castración por representar el hogar, el lugar de trabajo y las responsabilidades familiares, la negación de la diversión. Los hombres gay históricamente han desempeñado el rol del afeminado consumado en la mentalidad popular estadounidense porque la homosexualidad es vista como una perturbación del normal desarrollo de género. Ha habido también otros otros. A través de la historia estadounidense, varios grupos han representado al afeminado, el no-hombre contra quienes los hombres llevaron a cabo sus definiciones de virilidad, a menudo con viciados resultados. De hecho, estos grupos cambiantes entregan una lección interesante en el desarrollo histórico estadounidense.

En los inicios del siglo diecinueve, fueron los europeos y los niños los que proveyeron el contraste para los hombres estadounidenses. El "verdadero americano era vigoroso, varonil, y directo, no débil ni corrupto corno los supuestos europeos" escribe Rupert Wilkinson (1986). "Era sencillo en lugar de adornado, rudo en vez de un procurador de lujos, un hombre común amante de la libertad o un caballero

natural en vez de un opresor aristocrático o un esbirro servil". El verdadero hombre de los inicios del siglo diecinueve no era ni noble ni siervo. A mediados de ese siglo, los esclavos negros habían reemplazado al enclenque hombre noble. Los esclavos eran vistos como hombres dependientes, desvalidos, incapaces de defender a sus mujeres y niños, y por lo tanto menos que varoniles. Los indígenas nativos fueron representados como muchachos tontos e ingenuos, por eso podían ser infantilizados como los Niños Rojos del Gran Padre Blanco, y por ello excluidos de la plena hombría. A fines del siglo diecinueve, nuevos inmigrantes europeos se sumaron a la lista de los poco-hombres, sobre todo los irlandeses e italianos, quienes eran vistos como demasiado apasionados y emocionalmente volátiles para permanecer como robles, y los judíos, demasiado estudiosos y poco prácticos, y demasiado endebles físicamente para realmente cumplir los standards. A mediados del siglo veinte fueron también los asiáticos -primero los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, y más recientemente los vietnamitas durante la Guerra de Vietnam- quienes han servido como modelos de poco-hombres contra los cuales los estadounidenses han lanzado su rabia genérica. Los asiáticos fueron vistos como pequeños, blandos, y afeminados, difícilmente como verdaderos hombres.

Tal lista de estadounidenses averiados -italianos, judíos, irlandeses, africanos, indígenas nativos, asiáticos, homosexuales- reúne la mayoría de los hombres estadounidenses. Así, la virilidad es sólo posible para una minoría particular, y la definición ha sido construida para prevenir que los otros la logren. La castración de los propios enemigos tiene un lado sorprendente, que está igualmente provisto de género. Estos mismos grupos que han sido representados como menos varoniles fueron frecuentemente también, y en forma simultánea, representados como hipermasculinos, como sexualmente agresivos, como insaciables bestias rapaces, contra quienes los hombres civilizados deben tomar una posición firme y en consecuencia, rescatar a la civilización. En efecto, se describió a los negros como desenfrenadas bestias sexuales, a las mujeres como carnívoramente carnales, a los hombres gay como sexualmente insaciables, a los europeos del sur como sexualmente depredadores y voraces, y a los asiáticos corno verdugos viciosos y crueles sin moral y sin interés en la vida, dispuestos a sacrificar a todo su pueblo por sus caprichos. No obstante, si uno viera a esos grupos como enclenques o como salvajes brutales e incivilizados, los términos en que fueron percibidos son de género. Estos grupos se convierten en los otros, las pantallas contra las cuales se proyectan las concepciones tradicionales sobre la hombría.

Ser visto como poco-hombre es un miedo que impulsa a los estadounidenses a negar la hombría a los otros, como una manera de probar lo improbable, que se es totalmente varonil. La masculinidad deviene una defensa contra la percibida amenaza de humillación a los ojos de otros hombres, actualizada por una "secuencia de posturas" –las cosas que podríamos decir, hacer e incluso pensar, que, si pensamos cuidadosamente, podrían llevarnos a avergonzarnos de nosotros mismos.

Los GAYS vistos por un HETERO

Ernesto Milá

De la autocensura al delito

A la hora de iniciar un libro es fundamental que el autor defina exactamente cuál es su posición. Máxime cuando se la juega; y hoy hablar sobre el mundo gay sin aceptar hasta la última reivindicación que presentan los sectores más radicales del mismo, implica cierto riesgo. Existe una innegable presión que disuade, al menos en este tema, de decir lo que verdaderamente se cree, si no coincide con las exigencias del movimiento de liberación gay. Uno corre el riesgo de verse colocado en la picota, y ofrecer su pellejo al linchamiento moral.

Hemos pasado de la hostilidad desmesurada al silencio vergonzante. Se entiende que, en este tema como en ningún otro, parezca existir una especie de autocensura. No es bueno esto de la autocensura, pero haberla, hayla. Y eso genera la falsa ilusión de que todo el mundo está de acuerdo en la totalidad de reivindicaciones gay. Y no. Por ejemplo, una mayoría de encuestados por el CIS, están contra las adopciones de niños por parejas homosexuales. Sin ir más lejos o sea que unanimidad, haberla, no hayla. Silencio vergonzante, en cambio, si.

Vamos a intentar realizar un ejercicio discursivo para aproximarnos lo más posible a una verdad que difícilmente será universal, pero que al menos será una parte de la Verdad y valdrá la pena, simplemente, para dejar patente que "la verdad gay" no es la única concebible. Contrariamente a lo que sugieren los gays, existe vida inteligente fuera de esa verdad, no sólo trogloditismo, prejuicios y homofobia.

Las noticias que llegan del extranjero van en la misma dirección. Hoy me cuentan que el gobierno francés ha prohibido los chistes que pudieran considerarse ofensivos para el mundo gay, equiparándolos a los actos de antisemitismo. A nadie se le escapa la enormidad del agravio comparativo: un gay le puede llamar a usted hijo de mala madre y usted, querido amigo, se la habrá de envainar, el qué no sé, pero se la envainará; a diferencia de un gay que podrá decir que usted le ha llamado "maricón" y equivaler eso, automáticamente, a "perro judío" con la consiguiente cuota de cárcel e indemnización añadida. ¡Lo que hay que hacer para captar el voto gay! Hasta el

napoleónico Chiraq lo persigue y está dispuesto a conseguirlo aunque esto implique dar la espalda a la Francia racionalista y cartesiana.

Un tema como éste, en el que se corre el riesgo de que no defender las reivindicaciones del movimiento gay, suponga inmediatamente una acusación de homofobia, es literalmente un tema en el que la racionalidad, la lógica y el sentido común, han saltado por los aires. Y eso sigue sin ser bueno para la racionalidad, la lógica y el sentido común que, a la postre, están hechos de la misma materia con la que está construido el progreso. Chiquito de la Calzada o Arévalo podrían ser objeto de investigación en Francia a causa de algunos de sus chistes y, si se nos apura, condenados a la misma pena que quienes profanan tumbas de cementerios judíos pintando esvásticas o los que niegan el holocausto judío. Chiquito de la Calzada... en tierra gala sería carne de presidio, a partir de que contara con su particular deje aquello de que "tienes más plumas que un pavo real". Cualquier chiste sobre gays es considerado como homofóbico por el movimiento gay, salvo que lo cuente un gay, en ese caso existe dispensa e indulgencia plenaria, si se trata, claro está de un gay "movimentado" (perteneciente al movimiento gay) y de estricta observancia. Por que si se trata de un bisex, de un gay acoplado en el armarito o de uno que en un tiempo fue gay, pero cuyas hormonas se removieron hacia lo hétero, mal asunto, culpable y a compartir talego con el bueno de Chiquito o con cualquier otro que haya contado chistes de gays; así que ya saben, mejor dedíquense a contar chistes de catalanes, ingleses, franceses y españoles o de gangosillos.

El hijo del exceso

Este libro arranca el día del orgullo gay de 2004. Las manifestaciones duraron unas pocas horas, pero las informaciones sobre las mismas se prolongaron durante tres días. Excesivo. Fue así como pudimos ver una manifestación de "carnes tolendas" en período no carnavalero. Lo lamento pero si no lo digo, reviento: aquella comitiva, trufada de travestidos, exhibicionistas y drags sobre carrozonas, más pareció un carnavl fuera de hora que una reivindicación social.

Carnaval es el exceso reglamentado para toda la sociedad: nadie es como se muestra en carnaval; o al menos, nadie debería serlo, pues la esencia de la fiesta es un psicodrama en el que nosotros mismos podemos ver lo ridículo que supone no ser lo que somos habitualmente. Las civilizaciones tradicionales establecieron una fecha en la que cada cual podía ser aquello que no era para comprobar hasta qué punto era ridículo que lo fuera: en Zamarramala, las mujeres gobiernan la casa un día al año y el marido ese día se comporta como habitualmente hace su esposa; en algunas fiestas populares el "rey niño" y su corte gobernaban sobre los adultos; en la Roma clásica, los patricios servían como esclavos y los esclavos ejercían de señores... así cada cual comprobaba cuál no era su lugar. Al día siguiente, todo volvía a la normalidad. La "normalidad"... una palabra que recorrerá insistentemente estas páginas.

Pero hoy, da la sensación de que todos los días son carnaval. A fin de cuentas el problema ha consistido en que, a algunos, finalmente, les han gustado demasiado los excesos de carnaval, mucho más que la normalidad de sus vidas. Y quieren reeditar cada día la fiesta del exceso y el desenfreno, el travestismo y la ambigüedad. Desde Roma se sabía que una sociedad podía soportar un día de carnaval al año;

nuestras civilizaciones modernas todavía no han advertido la inviabilidad de un carnaval permanente y elevado al rango de normalidad desdramatizada y de buen rollito. Pero en eso estamos.

Verán ustedes, me considero un liberal cualquiera, pero el otro día, cuando machaconamente todos los programas de TV y todas las emisoras de radio informaron una y mil veces sobre una intrascendente manifestación carnavalera del orgullo gay, me di cuenta, bruscamente, de que se había franqueado una barrera, se había rebasado un límite, se había abierta una brecha en la muralla: aquellos chicos alegres que habían hecho de su opción sexual una bandera, mostraban sus plumas, tangas, avalorios, lentejuelas, licras, latexs y cueros de polipiel, sobre un cuerpo adoptado como templo del placer y santuario del sexo homofílico, se me aparecieron como patéticos y con un punto grotesco. Por que una cosa es el derecho a amar a quien se quiera y otra ir de carnaval el día que no toca. Lo primero es tan inalienable y obvio que ni siquiera hace falta que lo sancione la Constitución, como el derecho a respirar o a pensar. Lo segundo, apenas es un exhibicionismo fatuo y, en ocasiones, desagradable y antiestético, que ningún favor hace a la causa que dice defender. Como, por lo demás, muchos gays saben.

La pasada manifestación del orgullo gay rebasó todos los límites, pero no tanto por el contenido, como por la repercusión mediática: durante tres días tres, tuvimos que tragarnos algo que ni nos iba ni nos venía, pero que, a fuerza de ir y venir con tanta pluma y desmadre, terminó por hastiarnos. Este libro es hijo de aquel exceso informativo. Hijo airado, si me apuran.

Propósito y credo particular

No hay libro sin tesis y no hay tesis sin que el autor se moje. Así que partamos de una autodefinición que disipe lo que, a estas alturas, ya deben ser pocos equívocos. Pues bien, efectivamente, tal como habían presumido desde el pie de imprenta, nos oponemos frontalmente a las reivindicaciones que el movimiento gay realiza en el momento de escribir estas líneas. Creemos que en 2004, los gays han alcanzado un razonable nivel de integración jurídica y social, más allá del cual el horizonte se vuelve problemático, no para ellos, pero si para la sociedad... Una reivindicación exagerada deja de ser una reivindicación para convertirse en el desmadre. Con esto de las reivindicaciones gays, estamos desde hace tiempo, instalados en el desmadre.

Nuestra oposición a las reivindicaciones de lo que podríamos llamar el "movimiento gay radical" no la realizamos, precisamente, desde una postura homófoba, sino desde la defensa del derecho a nuestra libertad de expresión. Se discrepa de los argumentos de un colectivo radical organizado y se argumenta con otros razonamientos. Faltaría más. Este proceso discursivo es lo que ha hecho avanzar a la civilización, tanto como la invención de la rueda que ha culminado en el CD o la evolución de la garrota al láser (que todo ha contribuido).

Hemos procurado racionalizar al máximo nuestras argumentaciones y evitar cualquier tendencia homofóba subjetiva, de la que nos manifestamos no contaminados; y, sobre todo, se ha procurado no ofender ningún tipo de sensibilidad sexual. Los argumentos del movimiento gay, en tanto que argumentos, son contestables. Y esto es lo que hacemos en esta pequeña obra polémica.

Lo mejor para empezar, es entonar el credo. Pues bien, este es mi credo sobre la materia:

Creo que el sexo y la sexualidad son algo polimorfo. Existen muchas formas de vivir el sexo y la sexualidad. Una de ellas es la opción gay.

Creo que cualquier opción sexual pertenece al dominio de lo íntimo. Entiendo que haya gente atraída por este tipo de relación y no voy a ser yo quien lo juzgue: en tanto que acto íntimo, pertenece al dominio de lo privado. Pero si puede resultar contestable el intento de elevar este tipo de relaciones de lo íntimo a lo público y su aspiración a equipararse con la pareja heterosexual.

Creo firmemente en los dos roles sexuales: masculino y femenino encarnados en dos tipos fisiológicos concretos: hombre y mujer, que la evolución ha adaptado física y fisiológicamente, para complementarse.

Creo que la sexualidad tiene dos funciones: el placer y la reproducción y que ambos son instintos básicos, inseparables de la condición humana. Cuando se niega el principio del placer o cuando se pierde el instinto de la perpetuación de la especie, es que existe una patología social.

Creo que en la capacidad reproductiva da la pareja heterosexual radica su diferencia y superioridad sobre la homosexual, no apta para esa finalidad.

Creo que lo comunitario es superior a lo privado.

Creo que el principio del placer y como lo resuelva cada individuo, pertenece al dominio de lo privado, pero la reproducción, hasta cierto punto, tiene mucho que ver con lo público: en efecto, cuando no hay nacimientos, peligra la vida de un Estado, de una familia, de un linaje y de una Comunidad; así pues, la paternidad y la maternidad, "hasta cierto punto", rebasan el dominio de lo privado. Las parejas gays, obviamente, carecen de la posibilidad de la paternidad o de la maternidad. Luego son un "menos", en relación a un "más".

Creo que todo lo que no encuentra lugar en ese patrón de normalidad, no es "anormalidad", sino que supone distintos niveles de distanciamiento del "estándar razonable de normalidad"; más allá de un determinado punto, se alcanza, efectivamente, la anormalidad. En el sexo no todo es admisible: determinadas prácticas y formas extremas de sexo evidencian niveles obvios de anormalidad.

Creo que hay que impedir al poder público que yazca en el lecho de los amantes; no son buenas las leyes que pretendan regular el ejercicio del placer; pero el Estado si tiene mucho que decir a la hora de estimular la natalidad: todo lo que hace el Estado para estimular la natalidad es bueno; cuando un Estado desconsidera la natalidad es que ahí existe un problema. Por cierto, hoy no existen políticas de natalidad dignas de tal nombre. Luego... aquí hay un jodido problema.

Creo que las reivindicaciones gays relativas a la abolición de cualquier tipo de discriminación por razón de sexo son asumibles por la sociedad (y, de hecho, ya han sido asumidos y difícilmente el mundo gay podría hablar hoy de discriminación).

Creo, por el contrario, que las reivindicaciones destinadas a equiparar en derechos a las parejas homosexuales con las parejas heterosexuales son muy discutibles, especialmente en lo que se refiere a la adopción.

Creo que, tanto en el terreno de los derechos de la mujer y de los derechos de los homosexuales, ya se ha alcanzado el nivel de "normalidad". Ir más allá de ese nivel, con "discriminaciones positivas" o leyes protectoras desmesuradas, es innecesario salvo por los partidos que aspiran a ganar la sumisión clientelar de determinadas bolsas de votantes. Algunos sectores políticos han intentado cosificar en forma de votos al mundo gay asumiendo las reivindicaciones de los sectores más radicales sin creer en ellas.

Creo que algunas manifestaciones extremas del "universo gay" evidencian profundos desequilibrios interiores en sus exponentes y una obsesión enfermiza por exteriorizar la propia opción sexual.

Creo que determinadas prácticas eróticas o alteraciones físicas voluntarias evidencian tales desequilibrios.

Creo que hay que distinguir entre virilidad y machismo, entre tolerancia y homofilia, entre reivindicaciones asumibles y reivindicaciones fuera de toda medida, y para ello es preciso redefinir el estándar de "normalidad". En lugar de eso, la consecuencia de la "revolución sexual" iniciada en los 60 ha sido dinamitar cualquier noción de normalidad y la filtración en el curso de la confusión de propuestas razonables con reivindicaciones reprobables, derechos a la libre opción individual con obligaciones y reconocimientos por parte de la sociedad.

Creo que la madre de todas las batallas en este terreno consiste en una necesaria redefinición de un paradigma de normalidad.

Y a eso vamos.

El paradigma de normalidad

Los hay que salen del armario para afirmar su propia sexualidad. Y otros que, más bien, deberíamos acomodarmos en su interior para hacer otro tanto, aunque sólo fuera por que seguimos un camino opuesto a los primeros.

Hubo un tiempo en el que la homosexualidad era denostada y perseguida. Ni nosotros, heterosexuales del siglo XXI, fuimos responsables de aquel ostracismo, ni tenemos ahora por qué pagar las culpas de otros. Hoy no hace falta afirmar la legitimidad de la sexualidad gay por que se encuentra plenamente reconocida: quien desea salir del armario ya no tiene miedo a ser estigmatizado. Lo cual es justo y necesario; pero nuestro deber y salvación es que lo "normal" siga siendo normal, por la misma eterna ley -que diría Dylan- por la que el presente de hoy, es pasado, mañana.

De seguir como hasta ahora en la velocidad en el cambio de la percepción sobre la sexualidad, corremos el riesgo de que lo que hasta ahora era "normal", excluido de lo "políticamente correcto", pase a ser anómalo y lo que hasta ahora se ha considerado "anómalo" sea la única realidad concebible. Y, ni tanto, ni tan calvo.

En el "armario" hay cadáveres guardados y secretos que se tienen por inconfesables. Salir del armario, en el argot gay, es dejar atrás todo eso y confesar abiertamente la propia sexualidad. Como si a alguien debiera interesarle las filias o fobias sexuales de tal o cual fulano. De ahí que algunos gays sostengan que "salir del armario" va mucho más allá de lo personal y reviste un carácter ético-político

definido como "progresista". Es posible, pero los contenidos de la palabra "progre" son tan ambiguos como el sexo de los ángeles. En general, ser "progre", es ser "de izquierda". Y ser de izquierda es hacer todo lo contrario que hace la derecha, menos en el terreno económico, en donde un buen "izquierdista progre" quiere lo mismo que un buen "derechista regre", a saber, forrarse. No sigamos con esta digresión que podría llevarnos a derroteros muy alejados de la ebanistería. Por que la cosa va de armarios. El armario, según la mitología gay, oculta la identidad sexual de alguien; abandonarlo implica hacerla pública.

¿Y qué implica entrar dentro del armario? Salvaguardar de las miradas ajenas la propia intimidad. Yo lo hago. No me gusta que la vecina del tercero -esa bruja- esté pendiente -sé que lo está- de cuando hago el amor con mi mujer; ni mucho menos me gustaría aparecer en tal o cual portada de una revista explicando mi opción sexual. No señor. Fuera cual fuera. Lo privado es privado y cuando se hace público, deja de ser privado. Entonces, no es nada. Ningún guión exige realizar un streeptease ético-erótico. Dentro del armario está la propia intimidad. Fuera de él, la pecera, el Gran Hermano. Lo siento: estoy mejor dentro del armario (también los heterosexuales tenemos nuestro armarito); es así como afirmo un gran valor ético-político, además de erótico: el derecho a la propia identidad y a la intimidad. Manifiesto, en definitiva, pudor. Se ha olvidado y denostado la noción de pudor.

Lo que pasa es que los hay exhibicionistas. Si no dicen lo que llevan dentro, revientan. Allá ellos. También los hay que se sienten forzados por la presión del ambiente: ¿si todos salen del armario por qué no tú? "Puesto que no es pecado ser rinoceronte..." que diría Ionesco. Algunos, no es que tengan muchas ganas de salir del armario, pero los "colegas" los sacan con forceps y palanqueta. Luego, pasa lo que pasa cuando uno no está muy convencido de lo que hace: que viene el llanto y el crujir de dientes. Como algunos de los rostros de portada de la revista "Zero" de los que al cabo de unas semanas sabemos que están de baja por depresión o han pedido la excedencia de tal o cual cuerpo o instituto armado.

Decía que, entrando en el armario, afirmamos nuestro derecho a la intimidad. La sexualidad -lo he dicho antes- es polimorfa, nadie puede decir de esta agua no beberé. En el sexo cabe casi todo. Es íntimo, pero no puede excluirse el exhibicionismo. Es dulce, pero también brutal; es la caricia y el látigo, la seda y el cuero. La mirada casta y esos mismos ojos que lanzan un reclamo desvergonzado. Es cosa de dos, pero también hay cabida para los múltiplos y para los números impares. Heterosexual impenitente, ignoro si un día, un brusco cambio hormonal me llevará por otros derroteros. Cosas más sorprendentes se han visto y tengo contabilizados varios casos de cambio imprevisto de afinidades eróticas de una a otra acera, y viceversa; así que ya me dirán. Pues bien, todo esto, incluso el morbo exhibicionista de buscar hacer el amor en lugares en donde corremos el riesgo de ser descubiertos, todo esto pertenece a lo privado y se inserta, puertas para adentro, en el armario. Me interesa sólo a mí y a mi partener.

En la apolillada cartilla militar se evaluaba el "valor" del soldado e, inevitablemente, un escribiente esforzado escribía "Se le supone". La sexualidad también es algo que se supone íntima. Algo íntimo es algo resguardado de la luz pública. Por eso entro en el armario, cuando otros salen y es allí -al resguardo del ojo

público- donde afirmo mi identidad... heterosexual. Hagan como yo, defiendan su intimidad entre la carpintería de un armario discreto, espacioso y bien acondicionado

A todo esto ¿qué es la normalidad?

Resulta arriesgado definir un estándar de normalidad. Cada momento histórico ha tenido el suyo. Es posible que Aquiles se beneficiara de Patroclo o que algunos de los filósofos clásicos hicieran otro tanto con sus discípulos. Aquellos eran tiempos míticos o situados veinticinco siglos para atrás en la historia. También es cierto que hubo un estadio de la civilización en la que el canibalismo era casi universal, lo cual no es el mejor argumento para justificar su vigencia en nuestra huxleyana era de progreso cybernético. Cada momento histórico ha tenido su paradigma de normalidad. Cada momento, menos el nuestro donde la velocidad de los cambios es tal que, a la sociedad le resulta imposible consensuar algún tipo de criterio de normalidad estable. Y sin embargo, es preciso restablecerlo o, de lo contrario, la ausencia de estándares implicará, a la postre, la ausencia de norma moral y la imposibilidad de definir criterios éticos, más allá de las zarandajas progres.

Ya que resulta imposible establecer un criterio de normalidad utilizando parámetros culturales, en la medida en que son estos precisamente los que mutan a mayor velocidad; ya que es imposible aludir a criterios religiosos en una sociedad que vive de espaldas a la religiosidad tradicional pero sumergida en la superstición; en la medida en que resulta imposible utilizar criterios jurídicos para establecer patrones de normalidad... nos veremos obligados a utilizar criterios que aludan a lo más auténtico de la naturaleza humana: su sustrato biológico. Es decir, su animalidad, en el buen sentido, claro está. Por que todos, usted y yo y, sobre todo la vecina del quinto, somos naturalezas con una componente animal, esto es, biológica.

A fin de cuentas somos mamíferos superiores. Tenemos un cuerpo físico que es la joya de la evolución, dotado de unas células nerviosas interrelacionadas en nuestro cerebro que generan el pensamiento lógico y nos dan conciencia de nosotros mismos. Desde Darwin y desde la primera etiqueta del Anís del Mono, nos sabemos pertenecientes a una especie biológica desarrollada de la que puede decirse, con Nietzsche que "Hemos recorrido el camino entre el gusano y el hombre y aún queda en nosotros mucho de gusano". Pues bien, utilicemos esta naturaleza biológica para iniciar el largo viaje en busca de la normalidad.

Tampoco es tan difícil imaginar la normalidad: chico conoce chica; chico se acuesta con chica (o viceversa que tanto monta); chico y chica gozan juntos; con esa o con otra pareja, chico o chica, tienen descendencia. En este guión están contenidos los dos elementos básicos del estándar de normalidad: instinto del placer e instinto de la reproducción. Ambos insertos en nuestra naturaleza animal. Lo que nos diferencia de los mamíferos superiores hacia abajo es que tenemos conciencia de nosotros mismos. Eso y que, la sexualidad humana tiene tres elementos que lo diferencian de otras especies animales: una parte del eros anida en el corazón, otra en el cerebro, y otra en las vísceras. Estos tres elementos no están presentes en la misma medida, ni siquiera es necesario que estén presentes los tres. Puede haber sexo sin amor o sexo sin erotismo. Y, por supuesto, puede existir amor con el erotismo más cerebral y menos tributario de las vísceras. El instinto del eros nos envuelve y paradójicamente está irremisiblemente unido al thanatos.

El ser humano sabe que busca el orgasmo, a diferencia del animal que lo ignora. Y sabe también que en el momento del orgasmo se produce una abolición de las fronteras del yo con el no-yo, el suelo falta bajo los pies, nos situamos en el límite extremo del agotamiento físico. Ese es el objetivo de la unión sexual. No albergamos la menor duda de que, en función del polimorfismo sexual, las formas de alcanzar el orgasmo pueden ser diversas e incluso sorprendentes: los hay que lo obtienen a través del dolor y, para otros, la ternura es el único camino; y, por supuesto, existe el orgasmo homosexual y el orgasmo heterosexual. Así pues, a fin de cuentas, a primera vista, no existe nada que, esencialmente sea diferente, en el terreno del placer entre una relación heterosexual y otra homosexual.

Cabría, eso sí, a segunda vista, no olvidar que las posibilidades de placer de la pareja heterosexual son mayores. Falta algo en el partener masculino que si está presente en el femenino: en su oquedad anal no existe una particular acumulación de terminales nerviosas, ni nada parecido al clítoris femenino. Dejando aparte que la funcionalidad de la vagina es recibir al pene y sólo en unas cuantas ocasiones en la vida servirá de autopista de salida para el feto. No puede decirse lo mismo del ano que precisa una lubrificación artificial, a diferencia de la vagina que se lubrifica por sí misma indicando con ello, además, el grado de disponibilidad y satisfacción de la mujer para el acto. Ciertamente, el orgasmo de la mujer es clitórico y no vaginal, algo de lo que las feministas de los sesenta ya se encargaron de recordar hasta la saciedad: para obtener placer, la mujer no precisa de la penetración... lo cual no quita que la relación de una mujer suela ser (excepciones, claro está, no faltan) más gratificante con un hombre que con un pulgar. Además, el aparato sexual femenino es un entorno "acogedor y amigable" para el pene y es la fricción la que le provoca el placer y esta fricción es tanto más agradable contra más lubrificado está. Así mismo, el varón no extrae ningún placer del clítoris. O quizás si: el placer de ver a su compañera excitada y gozando. Hay también en ello un placer mental. Somos humanos, ¡que le vamos a hacer!

La naturaleza humana ha dotado al aparato sexual femenino de una extraordinaria duplicidad: sirve para su propio placer (en el clítoris) y da, al mismo tiempo placer (en la vagina). En el varón, ambas funciones están concentradas en el pene: el pene da placer (aunque el orgasmo sea clitórico) y, al mismo tiempo, en él, se focaliza el inicio del propio orgasmo.

Claro está que el amante tiene a su disposición recursos eróticos diversos: su boca, sus dedos y, en el fondo, la totalidad de su cuerpo puede ser utilizado para dar y recibir placer... pero unas partes están más adaptadas que otras. Los pezones femeninos, por ejemplo, habitualmente de mayor tamaño, tienen una superior capacidad para la excitación que los pezones masculinos, aun a pesar de que buena parte del erotismo gay se centre precisamente en ellos.

Ciertamente, en esto del placer existe una innegable componente mental. Una querida amiga, por ejemplo, cree en la capacidad orgásmica del dedo gordo del pie. Se lo juro. Lo acaricia con sus labios como otras se llevan otra parte indudablemente mucho más sensible de la anatomía masculina. Al principio me extrañó, pero luego hube de concluir que si, que cierto gustirrinín, si da. Por lo mismo, me resulta imposible pensar que durante milenios el mundo gay haya realizado las mismas

prácticas eróticas sin que les hayan procurado un razonable nivel de gozo. Ahora bien, nos parece incuestionable el hecho de que el cuerpo de la mujer y el del hombre están modelados por millones de años de evolución para complementarse en el placer y adaptarse íntegramente uno al otro.

A los gays no les gusta excesivamente que se recuerde en ambientes heteros que la forma más habitual de obtener placer para ellos sea recurriendo a la penetración anal. En las 777 páginas de su "Diccionario de cultura homosexual, gay y lesbiana", Albert Mira pasa de soslayo términos como "penetración anal", "orgasmo", "sodomía" y resulta evidente que faltan entradas de conceptos relativos a la forma gay de concebir el placer. Pero el ano, triste es recordarlo para algunos, no está hecho para la penetración de algo, sino para la salida de heces fecales; caca, vamos. Si hubiera sido diseñado para aquel fin, la lubrificación vendría incorporada. Y no. Las fábricas de vaselina son hoy un valor en alza.

En tanto que terminal de la función digestiva, realizada, habitualmente, una vez al día, no parece que el ano sea un canal particularmente adecuado para el placer, pero esta modalidad erótica ha estado unido tan íntimamente a las prácticas gays que, frecuentemente sus miembros han sido calificados de "sodomitas", calificativo que rechazan como el mayor de los oprobios. Y sin embargo, me da la sensación de que no existe una relación gay intensa, sin penetración anal. Que se lo digan a Dalí cuando intentó penetrarlo Lorca.

Está claro que en el erotismo heterosexual también existe penetración anal, pero no es la habitual. La mujer suele ser reacia a esta práctica y cuando la acepta, no le proporciona ningún placer físico; como máximo lo hace para acceder al deseo de su partener o bien por curiosidad, solamente en unos pocos casos, experimenta un placer morboso y cerebral. El hombre, por el contrario, siente cierta atracción por esta práctica como forma de erotismo morboso en la que pone la mujer a su servicio, una fantasía sexual masculina tan discutible como recurrente.

En el caso de las relaciones heterosexuales, la penetración anal suele ser la excepción (de la misma forma que algunas mujeres se sienten atraídas ocasionalmente por el morbo de penetrar a sus compañeros con consoladores); cuando se convierte en obsesiva y en la única forma concebible para el varón heterosexual de obtener placer, lo mejor es seguir el camino que conduce al consultorio del sexólogo o, directamente, del psiquiatra. ¿Por qué? Cuando la penetración anal se convierte en el único recurso erótico (como puede ocurrir en otros casos con el sadomasoquismo, el exhibicionismo, la zoofilia, el triadismo, y cualquier otra variante), especialmente en una práctica como ésta en la que la mujer no recibe placer, entonces es que algo no funciona en el cerebro del sujeto. Por que en esto del sexo debe existir cierto grado de consenso entre las partes, y ambas, o se ponen de acuerdo en las formas de erotismo que les reportan placer, o la relación se convierte en un infierno o lo que es peor, algo que sólo satisface a una de las partes.

Literalmente, los "sodomitas" son los habitantes de Sodoma. La primera vez que vi esa palabra fue en el título de un libro: "Sodomitas", lo firmaba Mauricio Carlavilla y denunciaba una conspiración de homosexuales en las Naciones Unidas. Carlavilla era, evidentemente, un exagerado, pero no iba desencaminado: los ambientes gay de cierto nivel son los primeros en reconocer que en la sede de las

NNUU en Nueva York los homosexuales ligan más y mejor que en cualquier otro lugar de la ciudad de los rascacielos. Pero el caso es que los sodomitas bíblicos fueron castigados por Yahvé y ni siquiera las súplicas y el regateo de Lot sobre el número de justos mínimos para salvar la ciudad, evitaron el diluvio de fuego hollywoodyano final. El nombre de la ciudad ha pasado a ser sinónimo de perversión y penetración anal. También de zoofilia, que tampoco está mal. Resumiendo: que desde Lot y la destrucción de Sodoma, dar por el culo, forma poco refinada pero no menos auténtica de aludir a la penetración anal, además de ser una guarrada, ha sido considerado un "pecado nefando".

Tenemos pues un primer estándar de normalidad: en el centro se encuentra la pareja heterosexual cuyos cuerpos son complementarios y han sido modelados, como hemos dicho, por miles de años de evolución. El principio del placer ha definido el primer punto de ese estándar. En el centro del centro, se encuentra la pareja heterosexual y algo más alejado del centro, todas las modalidades que quiera, empezando por la pareja homosexual: también busca el placer, pero... para obtenerlo deben recurrir a prácticas eróticas para las que deben recurrir a "ayudas": dilatadores, lubrificantes.

Segundo instinto de la naturaleza animal: la supervivencia de la especie. La finalidad de toda especie es sobrevivir y lo consigue adaptándose al medio y ejerciendo la función reproductora. El sexo garantiza la reproducción. No todo acto sexual está orientado hacia la reproducción, pero no hay reproducción posible sin sexualidad.

Está claro que también aquí, la ciencia introduce un elemento de corrección (fecundación in vitro), pero esto no es lo que nos interesa en este momento; en el fondo, las formas de concepción en las que participe alguna técnica artificial de fecundación, no son "anormales", simplemente son más o menos "excéntricas" en relación a la indiscutible normalidad: hombre fecunda mujer; mujer pare hijo. La perpetuación de la especie queda asegurada mediante esta dinámica.

En el centro del estándar de normalidad está la pareja heterosexual que decide (o no) tener un hijo. Y los tiene de forma natural, colocando el semen donde nos enseñan desde niños que hay que colocarlo con toda aquella coña de los ejemplos sobre la polinización de las flores y tal. En la naturaleza reina la ley de la perfección: sólo sobreviven los nacidos en pleno uso de sus facultades, el resto mueren. Afortunadamente, esto que es normal en la naturaleza animal, ha sido modificado por la civilización. El mero hecho de nacer implica la adquisición de unos derechos y una dignidad. Contra más débil es un recién nacido, más protección precisa. La civilización es civilización por que asegura (o debería hacerlo) el derecho de los débiles a la supervivencia. Así mismo, la ciencia y el progreso (progreso no es lo mismo que progresismo y progreso científico, casi diríamos que es lo inverso de progresismo fatuo) ofrecen la posibilidad a parejas con problemas de esterilidad de tener acceso a la descendencia. Así pues, la normalidad de un hombre y una mujer que se unen para tener hijos, tiene también distintos grados de excentricidad: en el límite se encuentra la adopción, una institución que ya existía en las antigüedades clásicas.

La adopción por parte de parejas heterosexuales desemboca en una forma casi idéntica a la descendencia obtenida mediante la unión sexual... pero no es lo mismo: el código genético de los padres persiste en los hijos cuando estos son biológicos, pero está completamente ausente en los casos de adopción. Y esto tiene importancia: los padres biológicos se reconocen en los hijos, incluso físicamente; hoy se tiene la sospecha de que en los genes se transmiten algo más que las capacidades biológicas. Y hay algo que es muy elocuente: los padres que quieren serlo recurren a la unión sexual como procedimiento "normal". Cuando este falla, recurren a otros, el último de los cuales suele ser la adopción. Es decir, que la propia dinámica social se encarga de establecer jerarquías de normalidad y grados de proximidad con el estándar. El recurso a los artificios científicos para acceder a la paternidad es la ultima ratio para quienes experimentan el instinto de prolongar la especie.

A partir de aquí, cuando se introducen elementos diversos (familias monoparentales, familias homosexuales) lo que estamos haciendo es alejarnos del estándar de "normalidad". Una mujer soltera que desea tener hijos realiza su instinto maternal. No es una "familia" en sentido estricto, pero si es un proyecto personal que parte de un instinto natural. Así mismo, una pareja gay, experimenta la necesidad de entregarse el uno al otro, de dar y recibir placer, sólo que con otros de su propio sexo. Está presente cierta instintividad, educada en forma de deseo, pero en la medida en que la relación está inhabilitada para "fructificar" en forma de familia, está algo más alejada del paradigma de "normalidad" que las familias monoparentales y, desde luego, mucho más que la familia heterosexual.

Damos mucha importancia a la procreación por que a través suyo se plasma el instinto de supervivencia de la especie. Si hoy estamos preocupados por la desaparición de las ballenas o del tigre africano, ¿cómo no vamos a estar preocupados por la supervivencia de nuestra propia especie? Esta posibilidad marca la diferencia y la superioridad de la pareja heterosexual en relación a la homosexual y la sitúa, necesaria e indiscutiblemente.

Estándar de normalidad: 1) pareja heterosexual unida por lazos afectivos, pragmáticos, eróticos y 2) que cumple su función de perpetuar la especie mediante la procreación. Si los progres hubieran entendido la noción de "jerarquía" comprenderían que el "centro del centro" define un centro de normalidad y los distintos escalones de alejamiento de ese centro, son distintos niveles de alejamiento de ese centro de normalidad. La homosexualidad, se mire por donde se mire, supone un peldaño distante de ese centro, fuera en cualquier caso, del mismo. Salvo que, como hacen algunos representantes extremos del mundo gay organizado, la "alternativa gay" constituya un nuevo estándar de normalidad y los gays no tengan nada que aprender del mundo heterosexual. Cosa dudosa en extremo.

Estamos hablando de "pareja" y de "sexo". Pero al llegar aquí, vale la pena realizar un alto en el camino, refrescarnos y prepararnos para entrar en otro derrotero íntimamente ligado a éste: la historia de la pareja desde 1789 hasta nuestros días.

Apresurada historia de la "revolución sintimental"

La sexualidad tradicional era muy diferente a la sexualidad que aparece a partir de finales del siglo XVIII y que evoluciona de forma acelerada desde entonces hasta

nuestros días. Hay que especificar que sobre la historia de la sexualidad no existen criterios unánimes. Cada cual interpreta los mismos datos según su leal saber y entender. Incluidos nosotros, claro. En nuestra opinión no existe una evolución lineal entre la sexualidad tradicional (pre-moderna) y la sexualidad tal como se vive en las sociedades de finales del siglo XX y principios del XXI. Más que de evolución, deberíamos hablar de ruptura. En efecto, a partir de 1789, esa gran masacre que se llamó "revolución francesa", introdujo elementos que desembocaron, a través de sucesivas etapas, en las formas actuales de la sexualidad.

Da la sensación de que antes de 1789 el sexo influía mucho menos que en la actualidad en los comportamientos individuales. Salvo las figuras de los grandes erotómanos del siglo XVIII (los Sade, los Casanova y demás) y las cortesanas más o menos emputecidas, parece que Guillaume Faye tiene razón cuando dice: "[El erotismo] estaba socialmente limitado a algunas categorías y, para las demás, ocupaba un lugar fuera de los lazos del matrimonio, especialmente en el marco de actividades festivas y comunitarias. Esquemáticamente, nuestros ancestros hacían el amor menos frecuentemente que los contemporáneos, invertían menos tiempo en el sexo y lo vivían más libremente". En aquellos tiempos, erotismo y conyugalidad, no se confundían. Faye añade: "La sexualidad tradicional se caracterizaba, en efecto, por su polivalencia: hacer el amor toma múltiples significados, genesíacos, maritales, lúdicos, religiosos, etc. Pero, sobre todo, el matrimonio no cristalizaba en el monopolio del amor físico". Y concluye: "En las sociedades tradicionales, el sexo no estaba situado en el centro de la vida social. Actividad social como cualquier otra, la sexualidad era a la vez polivalente, plural y reglamentada. Todo estaba permitido... pero en un marco comunitario preciso".

Faye intuye que hasta el siglo XVIII, la Iglesia influyó mucho menos de lo que se tiene tendencia a pensar, en la ideología sexual de Occidente. El cristianismo, tal como lo hemos conocido y vivido hasta el siglo XX, no se implantó de manera efectiva hasta el siglo XVII. Basta examinar algunas tradiciones antropológicas que han llegado, incluso en España, hasta mediados del siglo XX, para advertir restos de una ideología sexual completamente diferente. La covada, rito que se ha practicado hasta hace poco en zonas rurales del País Vasco, consiste en que el padre asume el rol de la madre, travistiéndose incluso, justo después del nacimiento de su hijo. Travestismo, si, pero ritualizado y reservado a unas pocas fechas en la vida. Como el carnaval, que un día al año no hace daño. Igualmente, en distintas zonas de la Piel de Toro, se formalizaban parejas mediante la dramatización de ritos de rapto. La antropología es una mina de datos, a condición de retener que las sociedades antiguas tendían a la ritualización de cualquier actividad social.

Todo esto importa sólo muy relativamente a nuestros efectos; lo que tratamos de demostrar es que hasta el siglo XVII en unos países y hasta el XVIII en otros, no existió una efectiva cristianización de la moral sexual en Europa. Cuando ésta se manifestó, el resultado fue paradójico: percibiendo, con razón, rastros de paganismo, en algunas tradiciones eróticas practicadas por las poblaciones, el cristianismo predicó una moral restrictiva y manifestó lo que desde los primeros padres de la Iglesia ya era perceptible: cierta desconfianza teológica hacia el sexo, esto es, una desconfianza absoluta hacia todo lo que pudiera suponer goce físico y sensualidad carnal. Y esto se

tradujo en una moral sexual represiva que generó, en apenas cien años un movimiento de sentido opuesto: la ideología de la liberación sexual. A la "revolución antisexual" del cristianismo siguió la "revolución sexual" del freudismo y derivados. Es en el seno de ésta en donde habrá que escribir con letras rosas al movimiento de liberación sexual.

Etimológicamente la palabra "revolución" implica "volver al punto de origen"; el planeta tierra culmina una "revolución" en cuanto alcanza el mismo punto del que había partido en su movimiento de traslación. Eso no ocurre con la "revolución sexual" iniciada a finales del siglo XVIII que, en el fondo, en lugar de restablecer los criterios de normalidad anteriores a la victoria de la moral sexual cristiana, fue más allá de ésta, confundiendo la conyugalidad, el erotismo y los vínculos afectivos. ¿Qué había ocurrido? Que el individualismo había triunfado y con él viajaba también una concepción individualista del eros. Hasta ese momento, el eros no pertenecía al dominio de lo individual, sino que se insertaba en un marco más amplio.

El primer paso para la manifestación de ese individualismo fue la "revolución sentimental". Hasta ese momento existían relaciones sexuales y parejas en tanto se inscribían en un marco comunitario, no individualista. La gente tenía hijos, no por que "les gustaran" los niños, sino para mantener algo que era superior a ellos: el linaje y la Comunidad. Pero, además, existían posibilidades de desfogue sexual en el curso de fiestas comunitarias.

A partir de 1789, cuando el individualismo triunfa en todos los terrenos, también penetra en el lecho de los amantes. Se impone el amor pasional que hasta ese momento había sido reservado al teatro y a representantes aislados de algunas élites sociales. Entre mediados del siglo XVIII y el primer tercio del siglo XIX, la "revolución sentimental" triunfa. La gente -mire usted- va, y se casa por amor. Un cónyuge espera del otro que lo quiera y lo satisfaga "hasta que le muerte los separe". Sólo entonces termina el contrato. La cornamenta está pero que muy mal vista en este contexto. Lo que implica que el sexo es el nexo de unión de la pareja y que todo criterio de "lealtad" se reduce, en la práctica a la "lealtad sexual", es decir, a lucir o no la dichosa cornamenta.

Hasta ese momento, la relación entre esposos era puramente pragmática: se casaban por conveniencias, pactos familiares, compromisos adquiridos por los padres, por cualquier tipo de intereses, pero no necesariamente por amor. Si éste aparecía, bien. Si no, también. El marido yacía con la mujer cuando buscaba tener descendencia. Si lo que buscaba era placer, lo encontraba en las aventuras extraconyugales. Y en este terreno, existían verdaderas artistas. Habitualmente, la esposa no consideraba este comportamiento como infidelidad. Infidelidad sería vender una parte del patrimonio a sus espaldas o dar el apellido a un hijo tenido con alguna amante, pero no el hecho en sí de yacer en otra cama con otro cuerpo. Y es que la sexualidad no era el centro de la vida social, por mucho que nos cueste imaginar un mundo diferente al actual en el que pudiera existir algo fuera del sexo y la televisión.

Se dirá que en aquella sociedad seguía considerando muy negativamente la infidelidad femenina mucho más que la masculina. Afirmativo. La mujer no gozaba de la misma libertad y "comprensión" para tener aventuras sexuales fuera del

matrimonio. ¿Motivo? Biología obliga. No hay que olvidar que el centro de la vida comunitaria era la descendencia. Era la mujer la que podía quedarse embarazada en sus aventuras extraconyugales y, por tanto, introducir en el linaje "sangre" ajena. Eso se valoraba mucho, aun cuando se desconocía la importancia del código genético. Y es curioso, por que hoy cuando se ha descifrado ese código, la idea de linaje está completamente ausente.

Evidentemente, la "revolución sentimental" tiene como contrapartida la exasperación de la idea de "fidelidad conyugal". Existe fidelidad mientras los cónyuges no yacen con terceros. Se llega incluso a alturas de la mística en esto de la fidelidad: no se trata solamente de fidelidad de los cuerpos, sino también de las almas... y no se entiende bien por qué cuando moría una de las partes, se interrumpía tal fidelidad y el viudo o la viuda alegre podían casarse después de un moderado luto.

Aparece la noción de adulterio como forma de infidelidad dotada de una doble vertiente: afectiva y erótica. Hasta ese momento, la infidelidad había buscado solamente satisfacer las necesidades fisiológicas. A partir de ese momento será una alternativa erótica y sentimental al universo conyugal... Pero la fidelidad es algo más que acostarse con otro; reducir la fidelidad a un problema de intercambio de fluidos parece una pobre concepción de la misma, pero indica hasta qué punto el sexo se había transformado en el centro del matrimonio. Es en ese momento en donde empieza a imponerse la sensación de que existen "represiones" de la instintividad.

Progresivamente, erotismo y sentimentalidad van uniéndose a lo largo del siglo XIX y así se coagula el modelo de familia burguesa. Esta evolución es paralela a la evolución de la sociedad burguesa. Desde la Ilustración el fenómeno era previsible. Ya por entonces empezó a teorizarse que el fin de la sociedad y del Estado era facilitar a los individuos el camino que llevara hasta su felicidad individual. Hasta entonces la tarea del Estado había consistido en asegurar la supervivencia de los linajes familiares y de la comunidad. Faye explica: "Individuo y Felicidad: he aquí las dos ideas nuevas, los dos objetivos culturales que penetraron en las sociedades occidentales a finales del siglo XVIII. El matrimonio y el lazo sexual, al igual que no importa que otra institución social, van a culminar en el individualismo y el hedonismo".

El "espíritu doméstico" sustituye a las relaciones del linaje. La familia se convierte en un "espacio afectivo", mucho más que económico y social. Se forman unidades familiares cuando se advierte que la búsqueda del romanticismo íntimo ha culminado. El cemento de la familia burguesa es el amor-pasión... algo que, evidentemente, no puede prolongarse durante mucho tiempo. Siempre, antes o después, la pasión se traslada a otro cuerpo o, bien, se relaja hasta desaparecer. Se daba el remedio: "cuando la pasión desaparezca, el amor de permanecer". La desaparición de la pasión hacia un cuerpo no implica, necesariamente, la volatilización del deseo orientado hacia otro. En la medida en que toda fidelidad ha sido reducida al catre, el matrimonio burgués se convierte en algo progresivamente inestable y sometido a crisis cíclicas. Contra más oferta de sexo existe, menos solidez tiene esta forma de relación. Razón tenía quien dijo que formar una familia, educar unos hijos y cumplir el hasta que la muerte os separe, era la tarea más heroica que podía realizarse en el marco de una sociedad burguesa.

El amor así concebido no es más que mero sentimentalismo. El sentimentalismo individual genera, a la postre, la fragilidad de la institución matrimonial. Y lo que es peor: en tiempos de inmadurez afectiva como los nuestros y de superabundancia de oferta erótica, las parejas se forman en base a criterios inmaduros, que permanecen apenas el tiempo que tardan en proyectarse sobre otros parteners. En este sentido, la formación de parejas heterosexuales con fecha de caducidad inferior a los cinco años es cada vez más frecuente. Ya hablaremos de la duración de las parejas gays en su momento.

Todo esto hace que la crisis actual no sea tanto una crisis de la pareja heterosexual, como la crisis de la pareja burguesa, individualista y hedonista, formada en base a criterios emotivos y sentimentales. Contra más presentes están estos valores, más fragilidad e inestabilidad tiene la pareja. Paradójico, pero no por ello menos real. La emotividad y el sentimentalismo son propios de la adolescencia y la inmadurez: basar sobre estos criterios la búsqueda de la pareja supone prolongar el comportamiento adolescente por siempre jamás. Nada bueno, vamos. Las lunas de miel no duran toda la vida. Ni el espíritu de latin-lover.

Por que, la nueva paradoja es que la pareja moderna vive en un sinvivir entre la angustia de la soledad y el fantasma de la peremnidad. La soledad asusta. El "hasta que la muerte nos separe" da mal fario. Matrimonio civil o religioso, heterosexual o gay, o simplemente formalización de pareja de hecho, no nos engañemos, la cosa no varía mucho: se intenta homologar una relación pasional, dotarla de un fundamento jurídico, como si se la pretendiera eternizar, aun a sabiendas de que, en el fondo, la perennidad da pánico y se convierte, para muchos, en insostenible. En este sentido, a muy pocos se les escapa que si las parejas heterosexuales son inestables, las homosexuales también lo son y, a falta de estadísticas fiables, da la sensación de que aún muestran una mayor fragilidad. O lo que es lo mismo: he visto y he vivido amores pasionales desgarrados entre heterosexuales, pero acaso de una intensidad menor que las pasiones homosexuales para las que cualquier ruptura con el chorbo conocido una semana antes, adquiere caracteres de tragedia griega. Al menos durante los primeros tres días. Estamos aquí expresando una sensación, no un criterio científico: "nos da la sensación" de que las parejas homosexuales tienen un índice de rupturas muy alta y una fecha de caducidad excepcionalmente breve; y nos da también la sensación -a tenor de lo visto- de que las pasiones homosexuales adquieren una intensidad en el tiempo superior a la media de las pasiones heterosexuales y recalcamos lo de que "nos da la sensación" por que desconocemos estadísticas y debemos guiarnos por lo visto y vivido, que no es poca fuente de información a partir de cierta edad.

Esto implica, a la postre, que las relaciones homosexuales no se basan en algo radicalmente diferente a las relaciones heterosexuales habituales: sentimentalismo, pasión, erotismo y fidelidad encamada. Frutos de la inmadurez juvenil, en definitiva. Más adelante veremos que en el mundo clásico, los episodios de homosexualidad tenían muy poco que ver con la homosexualidad actual, por mucho que los teóricos del movimiento gay y su cohorte de historiadores, psicólogos, divulgadores y demás, se empeñen.

El andrógino platónico y las raíces teóricas de la homofilia postmoderna

Se ha citado frecuentemente a Platón y a su diálogo "El Banquete" como la mejor exposición del mito del andrógino a efectos de explicar el origen de la atracción heterosexual. No es así. Al menos no es exactamente así. Esto queda para muchos otros antes y después de Platón, pero en el ateniense la cuestión resulta completamente alterada cuando se lee la letra pequeña. En "El Banquete", da la sensación de que Platón explica cualquier tipo de atracción erótica, heterosexual u homosexual. Pero se trata, sin duda, de la interpretación más superficial y pedrestre que puede realizarse sobre el tema, sólo posible por quien ha aislado el texto platónico del contexto que le es propio: el de la filosofía clásica no exenta de fugas hacia el misticismo y el mundo mágico que luego, en el período alejandrino, serán todavía más claras con el neoplatonismo. Aun a riesgo de que les aburramos, hagan un esfuerzo por seguirnos en la aventura intelectual de definir el origen de la pulsión erótica.

Unidad superior a dualidad

El texto de Platón es suficientemente conocido: en "El Banquete" (parágrafos XIV y XV) recoge, a través de un diálogo entre Aristófanes y Diotima, un mito que era anterior a él y que probablemente fue establecido en el origen de la Grecia Dórica. Hay que remontarse al texto concreto, para apreciar su verdadero sentido. Citamos los párrafos más significativos por que paja, lo que se dice paja, no falta: "En primer lugar, tres eran los sexos de las personas, no dos, como ahora, masculino y femenino, sino que había, además, un tercero que participaba de estos dos, cuyo nombre sobrevive todavía, aunque él mismo ha desaparecido. El andrógino, era entonces una cosa sola en cuanto a forma y nombre, que participaba de uno y de otro, de lo masculino y de lo femenino, pero que ahora no es sino un nombre que yace en la ignominia".

Viene luego el famoso párrafo en donde describe el carácter "luciferino" o "prometeico" (es decir, la tendencia a revelarse contra el dios) de estas razas: "Eran también extraordinarios en fuerza y vigor y tenían un inmenso orgullo, hasta el punto de que conspiraron contra los dioses. Y lo que dice Homero de Esfialtes y de Oto se dice también de ellos: que intentaron subir hasta el cielo para atacar a los dioses". Evidentemente, las estructuras míticas son siempre muy parecidas y toda esta temática está muy próxima de la concepción bíblica de la "caída", sustituyendo el manzanazo de Eva por la "conspiración" y el "asalto al cielo" por la torre de Babel.

Sigue describiendo Platón el castigo por la osadía de estas razas: "Zeus y los demás Dioses deliberaban sobre qué debían hacer con ellos y no encontraban solución. Porque, ni podían matarlos y exterminar su linaje, fulminándolos con el rayo como a los gigantes, pues entonces se les habrían esfumado también los honores y sacrificios que recibían de parte de los hombres, ni podían permitirles tampoco seguir siendo insolentes". A lo que sigue la decisión "salomónica": "Ahora mismo, dijo, los cortaré en dos mitades a cada uno y de esta forma serán a la vez más débiles y más útiles para nosotros por ser más numerosos"

Simbólicamente, la esfera es el sólido más perfecto por que todos los puntos de su superficie distan lo mismo del centro y, por lo demás, si en el centro hay infinitud de puntos, lo paradójico es que en la superficie de la esfera, proyección

exterior de esos puntos centrales, existan esos mismos infinitos puntos. El cero y el infinito parecen unidos en la esfera. Para el griego antiguo la esfera era el símbolo de perfección divina y de la superación de las contradicciones, en tanto que cuerpo más móvil que existe, mientras que el cubo lo era de estabilidad: lo que en la esfera remite al universo sutil de los dioses, el cubo (la piedra cúbica de los masones) remite al universo más estable y material.

Y ahora vienen las conclusiones de Platón: "Una vez que fue seccionada en dos la forma original, añorando cada uno su propia mitad se juntaba con ella y rodeándose con las manos y entrelazándose unos con otros, deseosos de unirse en una sola naturaleza, morían de hambre y de absoluta inacción, por no querer hacer nada separados unos de otros". Por si no hubiera quedado claro, Platón, por boca de Aristófanes, añade: "Desde hace tanto tiempo, pues, es el amor de los unos a los otros innato en los hombres y restaurador de la antigua naturaleza, que intenta hacer uno solo de dos y sanar la naturaleza humana. Por tanto, cada uno de nosotros es un símbolo de hombre, al haber quedado seccionado en dos de uno solo, como los lenguados. Por esta razón, precisamente, cada uno está buscando siempre su propio símbolo. En consecuencia, cuantos hombres son sección de aquél ser de sexo común que entonces se llamaba andrógino son aficionados a las mujeres, y pertenece también a este género la mayoría de los adúlteros; y proceden también de él cuantas mujeres, a su vez, son aficionadas a los hombres y adúlteras. Pero cuántas mujeres son sección de mujer, no prestan mucha atención a los hombres, sino que están inclinadas a las mujeres, y de este género proceden también las lesbianas. Cuántos, por el contrario, son sección de varón, persiguen a los varones y mientras son jóvenes, al ser rodajas de varón, aman a los hombres y se alegran de acostarse y abrazarse; éstos son los mejores de entre los jóvenes y adolescentes, ya que son los más viriles por naturaleza. Algunos dicen que son unos desvergonzados, pero se equivocan. Pues no hacen esto por desvergüenza, sino por audacia, hombría y masculinidad, abrazando a lo que es similar a ellos. Y una gran prueba de esto es que, llegados al término de su formación, los de tal naturaleza son los únicos que resultan valientes en los asuntos políticos. Y cuando ya son unos hombres, aman a los mancebos y no prestan atención por inclinación natural a los casamientos ni a la procreación de hijos, sino que son obligados por la ley, pues les basta vivir solteros todo el tiempo en mutua compañía".

El texto platónico mezcla conceptos metafísicos, morales y religiosos en una inextricable mixtura que, en su conjunto, produce sonrisas y la sensación de que antes de Platón hubo pre-filósofos que lo tenían todo más claro y en cuyas fuentes mamó el ateniense. A fin de cuentas, tal como la plantea Platón, la doctrina del andrógino explica, a través de un mito, ingenuo, sino infantil, que las dos medias naranjas, forman una sola. O mejor dicho, dos medias naranjas forman una sola, dos medios limones uno solo y dos medios melocotones uno solo...

Si bien es cierto que Platón contemplaba la existencia de tres entes primordiales (el andrógino, el masculino y el femenino), en la perspectiva de la metafísica griega, no existía entre ellos igualdad: el ente andrógino -es decir, el compuesto por hombre y mujer, andros y gynos- se le concebía superior a los otros dos. O si se quiere: los entes masculino y femenino se presentaban como netamente

inferiores al modelo andrógino. Y añado: si la mayoría de comentaristas del universo mítico no citan estas otras dos "esferas" (la masculina y la femenina) no es como resultado de una conspiración para ocultar lo que todo el mundo sabe, a saber, que la homosexualidad no fue particularmente perseguida en el mundo clásico, sino... porque era completamente irrelevante. En la estructura de un mito, no todo lo que se cuenta es esencial; al igual que en los sueños hay que estar en condiciones de aislar lo esencial de lo accidental, lo prioritario de lo secundario, el grano de la paja, con perdón. Sueño que vuelo y que paso junto a una castañera... lo esencial es el arquetipo simbólico del vuelo; en cuanto a la castañera, carece de interés onírico, su imagen quizás sea un residuo inconsciente de una castañera real que haya visto ese mismo día. En el mito del andrógino ocurre otro tanto: lo esencial es aquello que se repite en otros mitos y en otras latitudes, a saber, el poder atribuido a seres que tenían los dos sexos.

Pero se trataba de símbolos. De hecho, cuando en Grecia y Roma nacía un niño con rasgos andróginos, era sacrificado por sus mismos padres sobre la marcha. Mircea Eliade dice al respecto: "El hermafrodita concreto, anatómico, estaba considerado como una aberración de la Naturaleza o como un signo de cólera de los dioses y, por consiguiente, era suprimido en el acto". No era la realidad objetiva, sino el símbolo lo que otorgaba interés al mito. Cuando se confunde símbolo con realidad, lo que se ha producido es una degradación del primero, el espíritu ya no es capaz de percibir la significación metafísica de un símbolo e intenta interpretar un mitologema como si se tratara de un relato novelado en el que cada descripción es esencial a efectos de comprender el conjunto.

Además, Platón no fue el único en tratar el mito el andrógino. Otros muchos antes y después lo hicieron y solamente en el relato platónico se alude a las esferas "masculinas" y "femeninas" que Zeus separó. En uno de los textos alejandrinos más conocidos, el "Discurso Perfecto" del seudo Hermes Trimegisto, éste revela a Asclepio que "Dios no tiene nombre, o mejor dicho, que los tiene todos, puesto que es conjuntamente uno y todo. Infinitamente lleno de la fecundidad de los dos sexos, alumbra todo lo que se propone procrear.

¿Qué? ¿Pretendes decir, oh Trimegisto, que Dios posee los dos sexos?

Si, Asclepio. Y no sólo Dios, sino todos los seres animados y vegetales".

Y en el "Bereshit rabba", se dice "Adán y Eva fueron hechos espalda, contra espalda y unidos por los hombros; después Dios los separó de un hachazo, dividiéndoles en dos". Mucho más antiguas son las referencias que encontramos en la tradición oriental indo-aria desde el origen común de Ormuz y Arhimán en la tradición irania, hasta los conceptos tardíos del tantrismo tibetano, pasando por las cosmogonías hinduistas que, sin apenas excepciones, aludían a dos principios opuestos -la "coincidentia oppositorun"- que se habían desgajado de la totalidad primordial. Podríamos multiplicar los ejemplos que nos llevarían a afirmar categóricamente que, no es sólo en Platón, sino en toda la literatura sapiencial donde se alude al mito del andrógino. Incluso en la literatura presocrática. La diferencia es que Platón coloca algunos elementos de su propia cosecha: lo relativo a las "esferas homofilas".

Platón, con toda esta historia, explica la atracción homosexual y lésbica, efectivamente, pero tanto en Platón como en absolutamente toda las demás fuentes, el complejo dual hombre-mujer, masculino-femenino, positivo-negativo, está presente como conjunto integrado, superior a positivo-positivo, negativo-negativo, masculino-masculino, femenino-femenino, etc. En tiempos de Platón no existía la noción de polaridad electromagnética. Hoy si se conoce. Los polos opuestos se atraen, los polos del mismo signo se repelen.

Textos iranios, hindúes e incluso bíblicos, anteriores a Platón, mantienen mucho más nítidamente la pureza del símbolo. En la propia Biblia, Adán, originariamente, es un ser andrógino en la medida en que sólo en un momento de su vida, a través de una costilla, queda generada Eva. Antes del episodio, Eva estaba incorporada a Adán. Es el mismo mito del andrógino explicado con otros códigos poéticos. Ni en la Biblia ni en otros textos sapienciales de la antigüedad, se habla de otros "seres" que puedan equipararse a los otros dos entes platónicos que dieron lugar a pares de homosexuales y lesbianas. Excepción rima con Platón... autor al que, al parecer, sus gustos y refinamientos, pesaron en la elaboración de su metafísica, al menos en este punto. Imperdonable. Y lo que es peor: creó confusión.

El símbolo del andrógino había servido hasta Platón para explicar el origen de la dualidad y su presencia en el mundo, como caída a partir de la totalidad originaria. El dios único, el Uno que gobernaba el Todo, al crear el mundo, genera el Dos, lo positivo y lo negativo, lo masculino y lo femenino, el sol y la luna, el bien y el mal. Así la teoría del andrógino tiene su lugar en un dualismo cosmogónico que tiende a explicar la totalidad del mundo manifestado, no fuera de él. Pero insertando al tercer "sexo", se sitúa fuera de la metafísica. Platón degrada esta temática, la incorpora de manera fragmentaria y confusa, difícil de entender si no se conocen los códigos simbólicos del mundo clásico y, por extensión, del mundo antiguo indo-europeo; y, para colmo, incorpora especulaciones de su propia cosecha sobre temas que le interesaban (la homosexualidad, por ejemplo). No es raro que la mayoría de sus comentaristas eludan la letra pequeña del mito platónico por lo poco que puede aportar a una concepción metafísica y a la fama del filósofo.

El origen de la atracción sexual

Tradiciones de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur, coinciden, con una extraña unanimidad, en afirmar que el primer ser que vio la luz, carecía de diferenciación sexual: era, masculino y femenino a la vez. Los griegos, como hemos visto, lo llamaron Andrógino. Igualmente, todas las tradiciones, consideran que la "caída" -el pecado original del cristianismo- que debió afrontar la humanidad derivó de la diferenciación sexual. De lo que se consideraba estado de perfección originario, se descendió un peldaño que llevó a la separación de sexos. Así pues de lo que se trataba era de recuperar la pureza primitiva y reintegrar el ser andrógino en la unidad primitiva y, para ello, se establecieron distintas vías: sexualidad, magia, hermetismo, mística, alquimia, sistemas mistéricos e iniciáticos...

Antes hemos aludido al tema de Lucifer, arrojado a los infiernos por encabezar la revuelta contra Dios. En Lucifer, como en las demás jerarquías celestiales, existe una completa ambigüedad sobre su identidad sexual. Ángeles, Arcángeles, Serafines y

Querubines, son seres andróginos y como tales han sido representados por la iconografía cristiana. Sin embargo, cuando se hace referencia a seres diabólicos a se establecen diferenciaciones sexuales: los textos canónicos, los sumarios de la Inquisición, insisten en que Satanás, tiene sexo, existen íncubos y súcubos, diablos tentadores masculinos y femeninos. Se hacen curiosas especificaciones como, por ejemplo, que el diablo tiene el semen frío o que su miembro produce un intenso dolor en las mujeres que posee. Las "diablesas", por el contrario, esconden su fealdad mediante todo tipo de tretas y, a la postre, lo único que les importa es robar el semen del varón en la oscuridad de los lechos, en ocasiones, mientras la esposa del sujeto tentado ha asistido a algún aquelarre de brujas o a la celebración del sabat en compañía del diablo masculino. Esta idea del diablo como ser andrógino está presente en la Edad Media europea, tal como puede verse en el arcano XIV del Tarot, que representa la imagen del Maligno mostrando caracteres masculinos y femeninos a la vez y manteniendo encadenados a una pareja de amantes.

Los ejemplos de casos de androginización simbólica no faltan en la historia. Se sabe, por ejemplo, que los chamanes indios de América suelen vestirse de mujer para celebrar sus ritos. Maria Sabina, una famosa chamán mazateca, en el curso de sus ceremonias y ritos con ayahuasca, se comporta en todo momento como varón. El travestismo de los sacerdotes era habitual en el mundo clásico europeo: los sacerdotes de Atis llegaban incluso a castrarse, mientras que algunos emperadores (Calígula, Nerón, Cómodo y Heliogábalo) asumieron los rasgos de bisexualidad andrógina, como elementos legitimadores de su autoridad, algo que no fue entendido por algunos historiadores de su tiempo (Dion Casio, Diodoro de Sicilia y el propio Juvenal) que tomaron el símbolo por realidad. Esta práctica se transmitió a los emperadores bizantinos cuya autoridad se cimentaba en dos principios opuestos, masculino uno, Cristo, y femenino el otro, la Iglesia. En la Iglesia de Occidente, algunas santas son representadas con barba y el signo andrógino de la Tau (trazo horizontal, femenino y pasivo, trazo vertical, activo y viril).

San Pablo, que conocía perfectamente los sistemas simbólicos griegos y romanos, introdujo ecos desfigurados del mito del andrógino en su versión particular del cristianismo y así en la Epístola a los Gálatas (3:28) afirma que "el bautismo borraba las diferencias entre el hombre y la mujer". Los cristianos gnósticos, veían un reflejo de la síntesis andrógina en la unión entre Cristo y María Magdalena. Luego, en lo más oscuro de la Edad Media floreció el mito de la Papisa Juana, elevada al trono de San Pedro, que dio a luz en el camino hacia la coronación. Para la mentalidad de las órdenes de caballería, el Sacro Imperio era la manifestación masculina y la Iglesia la plasmación femenina del principio de autoridad. El Emperador, en la concepción gibelina, era la síntesis de ambos principios y, por tanto, asumía una cualidad andrógina, como siglos antes habían asumido los emperadores mesopotámicos, que ascendían al trono vestidos de mujer. Como último eco de esta tendencia, en pleno siglo XVI, Francisco I, Rey de Francia, fue representado con unos atributos bisexuales que no correspondían a sus tendencias eróticas objetivas precisamente.

Entre las tradiciones orientales ocurre otro tanto. Existe una representación del "Buda de la nueva era" que incluye atributos masculinos y femeninos y, tanto en Oriente como en Occidente, se repite la leyenda de que el hombre que pasa bajo un

Arco Iris, cambia automáticamente de sexo, pues no en vano, representa un puente entre el mundo humano y el divino. Un mito ruso afirma que ni Dios ni el Diablo fueron creados por nadie, pues, desde el principio de los tiempos, existían unidos. En "El Discurso Perfecto" de Hermes Trimegisto puede leerse: "Dios no tiene nombre, o mejor dicho, los tiene todos, puesto que es conjuntamente uno y todo". Afroditas barbudas, imágenes de Venus calvas, representaciones ambiguas de Dionisos, concepciones tántricas de la unión de Shiva con su esposa Shakti, entendidas como proceso de androginización, y un largo etcétera, no son ejemplos aislados, sino que evidencian una línea de tendencia, según la cual, el misterio del andrógino está en el origen de lo sagrado y la experiencia de lo sagrado pasa por la recuperación del estado andrógino. Llama la atención que en el siglo XII y hasta el XV, aparecieran en Occidente verdaderos caballeros andantes y trovadores que rendían culto a la dama. En la mayoría de los casos se trataba de una mujer inaccesible para ellos. Dante, por ejemplo, rindió culto a una mujer muerta que apenas había visto en vida, brevemente, en dos ocasiones, Beatriz, y otro tanto hicieron los grandes poetas gibelinos, Guido Cabalcanti o De Barberino. Los trovadores y caballeros, adoptaban como "dama del alma" a esposas de notables, reyes y nobles, que jamás hubieran consentido una relación erótica, carnal o platónica, muchas veces ni siquiera conocían a la dama que ofrecían sus victorias y gestas, sus poemas o canciones. La posibilidad de poseer efectivamente a esa "dama" quedaba siempre excluida de antemano. Y sin embargo, tanto la caballería como el trovadorismo fueron fenómenos realmente vivos en la humanidad medieval europea.

Los trovadores, en su lenguaje cifrado establecían que lo esencial de su concepción del mundo era el AMOR, entendido en su sentido etimológico, como "ausencia de muerte" ("a", partícula negativa, "mor-moris", muerte). A principios de siglo, una serie de eruditos y estudiosos del medievo europeo (Luig Valli, fundamentalmente) empezaron a intuir que, probablemente los caballeros y trovadores, cuando aludían a la "Dama" no se referían a una personalidad real, ni aludían a una mujer concreta, sino a un principio superior.

Julius Evola, en su "Metafísica del Sexo" escribe: "Era en la imaginación donde vivía y residía esencialmente esta mujer; en consecuencia, era sobre un plano sutil donde el caballero hacía actuar su amor, su deseo y su exaltación". La "dama del alma", la "princesa lejana", la "mujer inaccesible", pertenecían a la propia interioridad del trovador y del caballero, formaban parte de su ser más íntimo, que se trataba de seducir y conquistar. Lo que unos y otros hablaban con "versos extraños" (decía Dante en la "Divina comedia") era de conectar con su parte femenina: con su alma, la "mujer del conocimiento" o la "Santa Gnosis", entendida como un principio de iluminación, de salvación y de conocimiento trascendente.

Los caballeros y trovadores consideraban que existía una parte femenina en su interior, que correspondían a su alma y que, ésta no era más que el aspecto femenino de Dios. Pero el alma no era tenida como un principio pasivo o efectivamente existente por sí mismo, sino que era preciso activarlo y entrar en contacto con él y eso lo lograban a través de distintos procedimientos: la lucha y la gesta caballeresca, realizadas con total abandono de sí mismo y pureza de corazón, el canto continuado

al amor identificado en la persona de una "dama" mediante cuyo servicio renunciaban a todo egoísmo, etcétera.

El mito del andrógino resistió el Renacimiento y, aunque progresivamente, arrinconado, sobrevivió en pequeños círculos de hermetistas y entre algunos literatos y pintores. En el siglo XVII, Jacob Böheme, recuperó el tema de la androginia de Adán; él y Johann Gichtel, hablaron de la vertiente masculina y femenina de la divinidad, traducidas en el ser humano, en alma y espíritu. Ellos y los rosacruces alemanes del siglo XVII, en su exégesis esotérica de los textos bíblicos, sostenían que la "Virgen Sofía" era la parte femenina de Adán que luego encarnó en la Virgen María, la cual, sin ayuda de hombre alguno, llevó en su vientre a Cristo en una equivalencia invertida al Adán que llevó en un tiempo anterior a la "caída", a Eva en sus entrañas. Todos ellos concebían el aspecto femenino de la divinidad como una luz irradiante, blanca, extremadamente intensa que les iluminaba interiormente en estados de éxtasis profundo. Con el paso de los tiempos, todas estas teorías, perdieron su significado y pasaron a interpretarse en clave exclusivamente psicológica.

Previamente la androginia había suscitado cierto hechizo erótico en figuras famosas del mundo de la cultura y las artes. Elémire Zola, en su estudio sobre la androginia, recuerda los escritos de Johann Winckelmann y su "anhelo de volver a la androginia"; alude a los versos del poeta inglés Cowley y a los casos de feministas que no dudaban en vestirse con ropas masculinas, o adoptar posturas y gestos ambiguos (desde Wilde hasta Colette). Balzac dedicó a la figura del andrógino una de sus grandes novelas, "Serafita", ser ambiguo, rodeado de amores imposibles, que es visto como hombre (Sefaritus) por una mujer y como mujer (Serafita) por un hombre. Balzac explica que los padres de Serafita habían sido discípulos del místico sueco Emmanuel Swedemborg quien también tocó el tema andrógino en sus divagaciones angélicas.

Todas estas aproximaciones al andrógino suponen una degradación del tema: si hasta la Edad Media y el Renacimiento se había tratado de algo sagrado, a partir de entonces pasa a ser un tema profano en el que, progresivamente, se penetra en el plano del esteticismo, previo paso para caer en el psicologismo. Había que llegar a Carl Gustav Jung para que se produjera el tránsito final. Jung, ve, en "Psicología y Alquimia", a la androginia como una proyección mental del sujeto a través de la cual quiere resolver las contradicciones inherentes a lo cotidiano. Freud, antes que él, había establecido que la situación de androginia, previa a la sexualización, corresponde a los primeros años de vida y al estado prenatal en el que el sujeto carece de problemas y conflictos, estado que se recuerda como edénico y que se aspira a recuperar.

Todas estas variaciones del mismo tema implican una degradación del símbolo que, todavía iba a banalizarse más en una etapa posterior. Marx decía que la historia se repite dos veces, primero como tragedia y luego como comedia. Así debía de ser también en el caso del andrógino. Al dramatismo del mito de la caída, de la separación sexual, de la división de sexos, debió seguir, ya en nuestros días, la parodia de la reconstrucción de la unidad andrógina en curiosas variantes de la sexualidad: travestismo, transexualismo, con sus modernas derivaciones, progresivamente

exóticas ("drags") u operaciones radicales de cambio de sexo, incomprensibles para la mayoría.

La cultura sexual de nuestros días deriva directamente de las pautas generadas a partir de la revolución sexual de los años sesenta. Sobre la base de las teorías de Erich Fromm y Wilhem Reich, aparecen una serie de movimientos de liberación sexual; el lanzamiento de la píldora anticonceptiva y, por tanto, la posibilidad de una sexualidad no ligada necesariamente a la procreación, la relajación de las costumbres, la aparición de fenómenos aparentemente tan banales como la minifalda, la coeducación o la integración de la mujer en el mercado del trabajo. Son los años 60... La mujer, hasta entonces educada y formada -especialmente la mujer burguesa- para seducir al hombre, abandona ese arquetipo erótico-social y empieza a competir con el hombre en los terrenos que hasta entonces le habían sido propios. Se diría que, a partir de ese momento, la polaridad de las relaciones hombre-mujer, empieza a relajarse especialmente en algunos sectores que no se sienten seducidos por el nuevo tipo de mujer.

Esto coincide con un momento de avance de las técnicas de cirugía estética y con el aislamiento de las hormonas que contribuyen a la sexualización. Personas nacidas con problemas en el proceso de sexualización, o simplemente, con problemas psicológicos de identidad, aprovecharon estos avances para hacer realidad sus fantasías, apelando a la cirugía y a la ciencia allí donde la naturaleza no les había dado aquello que buscaban: la identidad sexual perfectamente definida.

Travestidos y transexuales hacen algo más que parecerse a mujeres: extremizan, hasta la caricatura, los caracteres y rasgos de la feminidad, desde los eróticos hasta los psicológicos, aquellos que la sociedad tuvo como arquetipos de la hembra. Es difícil encontrar un travestido o un transexual que vista como una mujer común y corriente, casi, unánimemente, recurren a maquillajes y prendas extremas, e incluso a dotarse de unos rasgos sexuales desmesurados (en labios, pómulos, senos, fundamentalmente). Esto genera el interés de aquellos varones que se han visto decepcionados por el nuevo modelo sexual femenino y de ahí el interés de sectores crecientes de la población masculina por el transexualismo o el travestismo.

La homosexualidad en la Historia

Las relaciones homosexuales en el mundo antiguo, no estaban particularmente mal vistas. Se practicaban tanto en Roma como en las ciudades griegas. Fueron, incluso, exaltadas. También es cierto que hasta el siglo XII no existió una prevención respecto a la homosexualidad. Fue a partir del siglo XIII y del XIV cuando fue imponiéndose tal actitud. Y, finalmente, con la aparición del modelo de familia burguesa y patriarcal, la homosexualidad quedó estigmatizada y, mucho más, como hemos visto, a partir de la irrupción de la revolución sentimental.

El historiador norteamericano, John Boswell, homosexual, muerto a causa del SIDA, catedrático de historia Harvard, en su libro "Las bodas de la semejanza" (cosecha del 94) sostiene que la iglesia bendijo, desde el siglo III al XIII, a parejas homosexuales en lo que entonces se llamaron "ritos de hermanamiento". Boswell encontró contratos que firmaban dos hombres, para unirse por afecto, idénticos a los que se firmaban en las bodas heterosexuales. Pero la tesis de Boswell falla en el

momento en que en esos contratos no se alude a relaciones sexuales. Más parece que se trata de la formalización de "pares", hombres del mismo rango y las mismas lealtades, que juran actuar juntos en compromisos o combates.

En uno de estos documentos procedente del siglo XI, puede leerse: "Nosotros, Pedro Didaz y Munio Vandiles, pactamos y acordamos mutuamente acerca de la casa y la iglesia de Santa María de Ordines, que poseemos en conjunto y en la que compartimos labor; nos encargamos de las visitas, de proveer a su cuidado, de decorar y gobernar sus instalaciones, plantar y edificar. E igualmente compartimos el trabajo del jardín, y de alimentarnos, vestirnos y sostenernos a nosotros mismos. Y acordamos que ninguno de nosotros dé nada a nadie sin el consentimiento del otro, en honor de nuestra amistad, y que dividiremos por partes iguales el trabajo de la casa y encomendaremos el trabajo por igual y sostendremos a nuestros trabajadores por igual y con dignidad. Y continuaremos siendo buenos amigos con fe y sinceridad, y con otras personas continuaremos siendo por igual amigos y enemigos todos los días y todas las noches, para siempre. Y si Pedro muere antes que Munio, dejará a Munio la propiedad y los documentos. Y si Munio muere antes que Pedro le dejará la casa y los documentos". Nada permite pensar que Pedro y Munio retozaban en el catedra o se profesaban un amor homofílico.

Boswell, intenta convencernos de que el cristianismo primitivo admitía la homosexualidad y para ello cita textos del antiguo y del Nuevo Testamento aptos sólo para quienes quieren ser convencidos. Cita el caso de los mártires San Baco y San Sergio, dos oficiales romanos martirizados a finales del siglo III. Un icono posterior, los representa como si se tratara de un matrimonio. Pero el ejemplo no es convincente. De hecho, lo que muestra es que el paganismo logró prolongar su influencia a través del cristianismo, transplantando algunos de sus dioses (el ambiguo Baco, dios de la orgía, el exceso y el vino, con su sexualidad ambigua) al martirologio cristiano.

Ahora bien, es rigurosamente cierto que durante la Alta Edad Media apenas hay leyes que prohibieran la homosexualidad. Carlomagno, lamentaba la presencia de monjes sodomitas, algo que para él atentaba contra el voto de castidad, pero no parecía más grave que si esos mismos monjes hubieran copulado con ricashembras. Lo mismo vale para los benedictinos que en su regla preveían que pudieran caer en los pecados de la carne. Y, claro, como en un monasterio, solo existían varones, de lo que se trataba era de imposibilitar la ruptura del voto de castidad... con varones. Para ello se establecía que los monjes durmieran todos en un dormitorio común con la cama del abad en el centro, una luz encendida permanentemente. Todo, para evitar la tentación. Y si llega, cualquier cosa para procurar que no se materializara. No se impedían las cartas de amor entre los monjes, pero no está claro si están inflamadas de pasión erótica o simplemente de admiración por las virtudes de tal o cual cofrade.

Nada impedía que existieran las relaciones homosexuales llevadas al terreno de lo íntimo, a nadie se le castigaba con la hoguera, el descuartizamiento o la castración... pero tampoco existía ningún tipo de ventaja legal o fiscal que equiparase matrimonios heterosexuales a uniones homosexuales.

A partir del siglo XV, la homosexualidad sería condenada moral y jurídicamente. Toca ahora extraer algunas conclusiones de la teoría del andrógino... tal como Platón NO la formuló.

El calambrazo de la sexualidad

Se dice que el ojo humano es la gran construcción de la evolución. Será por que el que suscribe es miope, hijo y nieto de miopes y padre, a su vez, de miopes, que me parece que, con nuestra familia la evolución, en este terreno, no ha hecho precisamente maravillas y estas, sin embargo, han correspondido a la óptica de la esquina. No nos engañemos: el gran logro de la evolución es el orgasmo.

Los orgasmillos o el bien morir

Células nerviosas y plantas productoras de hormonas que, bajo determinadas circunstancias, están en condiciones de generar una sensación invasiva de suspensión de todas las funciones vitales, acompañada por gozo y armonía sin fin, eso si que es una maravilla de la evolución y no mi miopía. El pensamiento lógico puede ser reproducido por los algoritmos de una máquina que razona tan rápidamente como la mente humana más ágil y brillante. Pídanle a una máquina que tenga algo parecido a un orgasmo y, como máximo, se le fundirá el transformador. Y eso es lo maravilloso: que el orgasmo parece trasladarnos en vida más allá de la vida, hasta un punto límite que parece fronterizo e incompatible con la vida -las frases de los amantes a este respecto son elocuentes: "me muero", "me matas", "estoy muerto", "matame"- o una experiencia de éxtasis trascendente. Puede entenderse la insistencia con que la mística española del Siglo de Oro y el mismo Eclesiastés o el Cantar de los Cantares, tenían fugas tan evidentes hacia lo erotísimo.

No tengo idea de cómo pueda ser el orgasmo homosexual pero, a la vista de las confidencias de unos y de otros, me maquino que igual de potente que el hétero. Por alguna descripción, me da que tiene tendencia a ser más genital que global, pero es posible que me equivoque, vosotros sabréis como son vuestros orgasmos homosexuales, que servidor tiene suficientes con los suyos.

No tengo la menor duda de que el orgasmo es un estado psicofísico inducido por la excitación de determinadas células nerviosas, que genera descargas hormonales y convulsiones musculares; mayor o menor según se den unas u otras condiciones de la mente. No siempre es de la misma intensidad y no siempre depende de la habilidad y el savoir faire del, o, de la amante. Es curioso, pero incluso los mismos amantes no tienen habitualmente orgasmos de la misma intensidad. Diríase que no hay una ley física que determine la duración y la intensidad del orgasmo y que éste depende muy poco de la voluntad consciente de la pareja. Si por ellos fuera, calambrazo diario y estrellitas día sí día también. Es fácil explicar el orgasmo heterosexual en clave de mito y a la luz de de la ciencia de los Volta y los Amper. Verán ustedes de donde sale esta teoría de la polaridad sexual.

En realidad, Platón no iba mal enfocado con la historia del andrógino, sólo que lo complicó todo en su afán de intentar dar una explicación a las relaciones homosexuales y lésbicas. Si exceptuamos esa coletilla, ausente, como hemos visto, en toda la literatura anterior y posterior sobre el mismo tema, veremos que, en el fondo,

la separación de los sexos y su atracción irresistible parecen tener casi una base electromagnética. Se sabe aquello de que los polos opuestos se unen y los polos del mismo signo se repelen. Luego entraremos en la inclusión del hecho homosexual dentro de esta teoría. Limitémonos ahora a llegar hasta las últimas consecuencias lógicas e inevitables de esta concepción.

Las civilizaciones tradicionales, anteriores a Platón y, en cualquier caso, pre-modernas, tenían una curiosa cosmogonía que partía de una base conceptual: no veían el mundo como nosotros, sino como símbolo. Y, en tanto que tal, reconocían pares simbólicos equivalentes, derivados de la totalidad originaria. No importa qué cosmogonía examinamos, siempre, en el origen de los tiempos, previo a la creación, existía el Caos. Llegado a un punto, el Caos era ordenado por el "principio generador". El Caos tenía como símbolo el círculo que se cierra sobre sí mismo y dentro del cual bullen indiferenciados todos los elementos. Ese caos ordenado, daba como resultado el mundo manifestado. Pero ese mundo creado estaba sometido a la ley de la dualidad y de la contradicción: es entonces cuando aparecía el Bien y el Mal, lo alto y lo bajo, lo positivo y lo negativo, el Sol y la Luna, lo Masculino y lo Femenino, el Oro y la Plata, el Fuego y el Agua. Y, con alguno de estos pares establecieron relaciones de equivalencia simbólica; por ejemplo: a un lado, Positivo, Sol, Masculino, Oro, Fuego y, al otro, Negativo, Luna, Femenino, Plata, Agua que, obviamente implicaban derivaciones culturales y sociales.

En realidad, estos dos pares ordenados de polaridades tienen su equivalente en el género humano en dos tipos fisiológicos bien determinados: hombre y mujer. La importancia que las civilizaciones tradicionales daban a la división de roles sexuales era una prolongación de su visión dualista del mundo y de la vida. El hombre arcaico, además de sobrevivir, observaba el mundo que le rodeaba. Aquellos milenios oscuros de los que apenas sabemos gran cosa debieron ser épicos: la lucha por la supervivencia de un lado, por conquistar el alimento, engendrar, proteger a la prole, reponer fuerzas, volver a conquistar el alimento y así sucesivamente, debieron permitir liberar tiempo para observar el mundo. Nuestro cerebro, que permanece idéntico en capacidades, volumen y circunvoluciones cerebrales, desde hace miles de años, empezó a tomar conciencia de sí mismo y del mundo y a preguntarse el por qué de todo: por qué existe el Mal en el mundo, por qué es preciso luchar por la vida, por qué hay día y hay noche; y empezó a valorar las respuestas en orden a lo que veía en torno suyo: hombres y mujeres que se atraían unos a otros, hombres que luchaban por la vida y mujeres que alumbraban nueva vida y se encargaban de su cuidado. Y en ambos vio una maravillosa simbiosis y una necesaria complementareidad. Alzó su mirada y vio Sol y vio Luna. Vio Tierra y vio Agua. Y en cuanto empezó a saber trabajar los metales, vio oro y vio plata. Eso fue el origen de todo. ¿Simplista? Quizás ¿Erróneo? No lo creemos.

Les seré sincero: las manzanas también caen en Tasmania. La frase que no es una boutade: para que la teoría de la gravedad de Newton sea cierta, no era suficiente que una manzana cayera desde lo alto de una rama, sobre un tipo en una tarde del siglo XVII en un lugar concreto de Inglaterra, sino que en todas las épocas las manzanas fueran cayendo en cualquier lugar del planeta. Incluido en Tasmania, aquí y ahora. Y eso quiere decir que una teoría es tanto más fiable, cuantas más veces se

haya constatado en la historia el fenómeno que la inspira, y es tanto más cuestionable, cuantas menos veces se haya manifestado. Y nos parece que está fuera de toda duda que, desde los albores del paleolítico, el género humano siguió las pautas marcadas por la evolución y organizó a la sociedad en dos sexos cada uno con sus funciones específicas derivadas de su particular rol biológico.

Por eso, deberemos de convenir que la definición de Hombre y Mujer como sexos opuestos y complementarios es una tautología. En efecto: todo lo opuesto, en gran medida, es complementario. ¿Y lo gay? Pregúntenselo a Platón que sugiere que es complementario de sí mismo. Y luego, intenten encajar dos piezas de machihembrado por el lado que no procede y ya me dirán...

Aceptar lo anterior es reaccionario, políticamente incorrecto, "regre" y, hasta cierto punto, inconveniente. Significa, en principio, negar 150 años de teorización feminista. Eso es, efectivamente, lo que estamos haciendo. Nuestro amigo Pol Ubach en un encantador volumen de esta misma colección - "¿Aún votas, merluzo?"- explicando la génesis del sistema democrático, venía a decir: si bien es rigurosamente cierto que el origen de las democracias formales actuales está en la odiosa teoría política luterana y calvinista, el resultado final no ha sido malo. Una mala teoría ha dado lugar a un sistema aceptable. Las ideas feministas del último tercio del XIX y de todo el siglo XX, han sido, cuanto menos, cuestionables o manifiestamente falsas, pero han servido para rescatar a la mujer de un plano absolutamente secundario en el que el concepto de familia burguesa la había sumido. Nuevamente, una mala teoría ha hecho triunfar una causa justa.

Pero la cuestión es plantearse a estas alturas, en las que nadie niega el derecho de la mujer a la igualdad, a dónde puede llevarnos. Me da la sensación de que es hora de lanzar algunas advertencias. Si nos atenemos a algunos rasgos de la crisis social actual, veremos que derivan directamente de la aplicación de los principios emanados del feminismo.

Polaridad rima con sexualidad

Las relaciones heterosexuales se conciben como la unión de dos polaridades diferentes de signo opuesto que se atraen irremisiblemente y que corresponden a los dos sexos fisiológicos. Esta concepción debería tener un corolario: contra más fuerte es la polaridad, más atracción genera. Pero este concepto de la sexualidad no sirve para explicar las relaciones homosexuales. El problema, a fin de cuentas, es de punto de partida: si se parte de la base de que existe un sustrato, casi diríamos "electromagnético" en la sexualidad o si, por el contrario, se basa en el libre albedrío de los sujetos que tendrían una innata tendencia a unirse entre sí al margen de su sexo físico, el problema, desemboca en que la educación y las costumbres sociales siempre, inevitablemente favorecerán a una u otra concepción. Una vez más aparece aquí la necesidad de tener claro un concepto de "normalidad" en torno al cual ordenar los valores sociales. Por que, desde nuestro punto de vista, tras haber definido el paradigma de normalidad la conclusión es que el Estado y la sociedad deben favorecer las relaciones heterosexuales. Favorecer unas, no implica prohibir las otras, pero tampoco hacerles el caldo gordo para ganar unos cuentos miles de votos o por simple profesión de fé "progre".

Sexo físico y sexo mental

¿Qué problema subyace en las relaciones homosexuales? Que sacan a la superficie un elemento interesante, antes lo hemos apuntado: existe un sexo corporal y un sexo mental. No siempre coinciden. Así pues hay dos polaridades a considerar: cuando coinciden, estamos ante tipos heterosexuales, cuando difieren, esto es, cuando sexo físico y sexo mental no coinciden, aparece la posibilidad homosexual. Dando por supuesto que el cerebro es completamente independiente de la fisiología (que no lo es). Por que la química del cerebro opera maravillas y haría falta saber si las secreciones de angrógenos -hormonas de la sexualidad masculina- son del mismo nivel e intensidad en heterosexuales y en homosexuales. Por que a la postre somos un sustrato biológico gobernado por neuronas, las cuales, a su vez, se ven influidas por determinadas secreciones hormonales. Es decir, que somos química. Tenemos libre albedrío... si, pero hasta cierto punto, por que resulta muy difícil deslindar donde termina un impulso generado por sobreabundancia o miseria hormonal y donde empieza y termina nuestra libertad de opción.

Si aceptamos lo anterior, con todos los matices que se quiera, las conclusiones pueden llegar a ser pasmosas y corren el riesgo de conmover los cimientos sobre los que se ha edificado nuestra sociedad en los últimos 30 años. Observen sino. Coeducación, por ejemplo. Nadie la cuestiona -ni nosotros tampoco, claro-, pero... servidor es hijo de la educación diferenciada. Gracias a la educación por separado, para mí y para los de mi generación, la mujer era un "misterio". Tras la salida del colegio de los Escolapios, íbamos a ver a las alegres muchachas que salían del vecino colegio de las Damas Negras. Para nosotros la mujer era algo que nos atraía por lo que de misterioso adivinábamos instintivamente en ella. Mirábamos a aquellas chicas y las comparábamos con la estatuaria clásica; a los 10 años nos dimos cuenta de que a la mujer no le colgaba nada entre las piernas. Por algún motivo los senos revestían una particular atracción para todos nosotros. Éramos niños, apenas habíamos cumplido 10 años y, ya entonces, la sexualidad ejercía sobre nosotros una irresistible atracción.

Nadie nos había dicho que las chicas debían gustarnos, pero nos gustaban. Durante años acumulábamos una tensión erótica que luego pagaba la primera novieta. Había pasión contenida durante años en aquel primer beso y no se relajaba con el primer coito. El misterio acentuaba la polaridad y, ésta, multiplicaba la atracción. Los niños con los niños y las niñas con las niñas, es hoy un principio más que superado y la coeducación es incuestionable. Lo que quiere decir que no es políticamente correcto, cuestionarla. Servidor tiene tendencia a cuestionarla, como un pour parler. Fue el misterio el que acentuó nuestra atracción por la mujer. Veamos el caso opuesto, donde el misterio es inexistente.

No hay nada más antierótico que una playa nudista. Salvo cuatro degenerados, tres exhibicionistas y dos mirones, los nudistas de estricta observancia no suelen empalmarse en las playas. Un bañador cubre entre un 5 y un 20% del pellejo, así que llevarlo o no llevarlo, ni libera en exceso, ni oprime hasta lo insoportable. Así que me parece irrelevante mostrar o no lo poco que queda a cubierto con un bañador. Ahora bien, el nudista no tiene secretos, es la negación misma del misterio. La tensión erótica, entre hombre y mujer, queda literalmente pulverizadas en cualquier playa

nudista. Conclusión: si usted considera más importante ligar bronce hasta en la raja del culete antes que sentirse irresistiblemente atraído por el otro sexo, no lo dude, lo suyo son las playas nudistas; ahora bien, si usted quiere tener una relación sexual intensa, necesariamente en ella deberá existir algo de misterio. Y si quiere un consejo, en ese caso no visite una playa nudista o el misterio se desvanecerá.

Entre un sexo y otro hay un misterio

El "misterio" es lo que hace que dos seres humanos se interesen, el uno por el otro. El erotismo es lo que nos diferencia de las especies animales. La mera existencia del concepto implica la necesidad de cierto grado de pudor. El pudor, no es otra cosa que el mantenimiento del misterio de cada sexo hacia el otro, a fin de aumentar la atracción entre ambos seres. Pero hoy, el pudor es una idea condenada. De hecho, me temo que si realizáramos una macroencuesta entre gente menor de 40 años, sobre lo que es el pudor, la respuestas podrían sorprendernos y mucho más el porcentaje de aciertos.

¿Pudor? ¿para qué? No, desde luego, por una cuestión moral o por restricciones de tipo religioso, sino, fundamentalmente para mantener el misterio masculino y el misterio femenino, para acentuar la polaridad, para lograr una atracción más continuada e intensa entre los sexos, para evitar banalizar el sexo, para situarlo en el lugar que ha ocupado desde el origen de la especie, como dispensador de placer y generación. Juntos y por separado: placer por el placer y placer para la generación.

Está claro que determinadas formas extremas de pudor implican -como los niveles extremos de exhibicionismo- la existencia de problemas de la mente. Como siempre, la vía media es la más adecuada. La moderación, es la madre de todas las dichas. No se trata de defender una moral sexual restrictiva y pacata, sino de asegurar una sexualidad que pueda seguir dando placer y que sea compatible con el mantenimiento de la especie. El placer puede ser cotidiano, incluso varias veces al día; la generación debe ser responsable y consciente. Esto implica niveles de educación sexual. Yo la tuve a los 12 años, gracias a un escolapio cubano exiliado por Castro. No me sorprendió lo que me explicó, por que me confirmó en lo que hablábamos los chicos entre nosotros ya desde los 10 u 11 años. El despertar de la sexualidad es algo maravilloso... pero si se tiene demasiado cerca al otro sexo, el misterio tiende a diluirse; entonces, la polaridad mengua: la calidad y la intensidad de la atracción también. Conclusión: para mantener la tensión sexual es preciso una educación diferenciadora y un cultivo del "misterio" de cada sexo... contrariamente al modelo, igualitarista.

Si el niño convive seis o siete horas con niñas, y viceversa, y ambos reciben la misma educación en base a los mismos principios establecidos por el dogma de la coeducación, se cierran las puertas a la diferenciación cultural entre los sexos. Diferenciación que existe en base a la misma diferenciación fisiológica y a los distintos niveles de secreciones hormonales masculinas y femeninas. Pero, aunque la coeducación y el progresismo, cierren la puerta a la diferenciación de sexos, ésta entra por la ventana.

Las niñas suelen estudiar más. No pueden competir con los niños en juegos

que impliquen grandes esfuerzos y prefieren competir en el terreno de los estudios. Habitualmente, son más aventajadas y, desde luego, porcentualmente, no cabe la menor duda de su superioridad en aplicación. Los niños, por el contrario, son conscientes de su fuerza y la evidencian precisamente por que intuyen que ese rasgo diferencial no está, habitualmente, al alcance de las chicas. Además, para diferenciarse de ellas, suelen recurrir al gamberrismo más exaltado. Creen que así adoptan una identidad propia, alejada de las chicas. Por lo demás, las chicas maduran mentalmente antes y los chicos tardan algo más. También, físicamente, las chicas experimentan un "tirón" previo al de los chicos. Pero luego su crecimiento se detiene, justo cuando el de ellos arranca. ¿El resultado? Un mayor rendimiento de las chicas en los estudios. ¿Su efecto social? Una mayor presencia de la mujer en determinadas profesiones liberales y cuerpos funcionariales, y, consiguientemente -junto a otros factores-, un descenso en la demografía y un aumento en la edad en la que se tienen hijos. Y quizás, incluso, cierta inestabilidad creciente en las parejas. Por que hoy el "hasta que la muerte nos separe" ha pasado a ser una frase hecha en la que nadie cree y en la que muy pocos piensan. Y, sin embargo, servidor sostiene que no hay nada más grande que un abuelo y una abuela que se han soportado durante toda una vida, con sus grandezas y sus miserias, con sus alegrías y sus problemas y que, finalmente, tras cuarenta o cincuenta años de vida en común, siguen amándose hasta el punto de que la muerte de uno suele acarrear, en menos de un año, la del cónyuge. Créanme que siento felicidad y satisfacción al ver estas parejas paseando por la calle y temo que sea cosa de otro tiempo.

El drama de nuestra época que espero me lo explique algún sexólogo progre, consiste en que, nunca como ahora, han estado ausentes trabas y barreras para el ejercicio de la sexualidad, es decir, nunca como ahora han saltado por los aires las barreras del pudor y se ha vivido un clima tal de libertad sexual y, "parajódicamente", nunca como hoy, ha existido un nivel tan elevado de patologías, disfunciones sexuales y perversiones lacerantes; y, finalmente, nunca como ahora, los niveles de duración de las parejas (básicos a la hora de la generación y educación de los hijos) son tan breves. Algo falla, compañeros. Las concepciones progres de las que se ha alimentado nuestra civilización en los últimos cuarenta años, no han llevado a algo "mejor" respecto a lo que fue la familia burguesa y las concepciones burguesas clásicas... sino a algo "diferente". Mejor en algunos aspectos... y peor en muchos otros.

Algo no funciona

Hoy hay aumentado los crímenes sexuales y de la violencia doméstica; existe también un problema de infertilidad, superior a cualquier otra época. Hace unas décadas, los afrodisíacos eran una rareza, hoy, el Viagra se vende en farmacias y está al alcance de cualquiera que le pida la receta a su médico. A fuerza de banalizar la sexualidad y poner cualquier forma de erotismo al alcance de todos en todo momento, incluso con encender simplemente un ordenador o a la hora de ver buena parte de la publicidad televisiva, lo que se ha logrado es despojar al erotismo de cualquier halo de misterio. Con esto se ha logrado la persecución acelerada de la "novedad". Y esto es peligroso en materia de erotismo. La búsqueda de la novedad termina acelerando la propia sexualidad y llevándola por caminos cada vez más

excéntricos, como si persiguiéramos una meta móvil que corre a la misma velocidad, delante nuestro.

El erotismo está hoy fuera de cualquier control. Lo importante no es la "liberación sexual", sino la "liberación del sexo". Por que el sexo, devenido obsesión, no es la mejor de las perspectivas, créanme. Y no albergo la menor duda de que pedófilos, mirones, masturbadores compulsivos, internautas erotómanos adictos al chateo unos y al sexo extremo otros, consumidores acelerados de líneas eróticas, ayer 906 y hoy 801, turismo erótico, sin olvidar los "baby cocoon" (adultos atraídos por el uso de inofensivos pañales que les permiten orinarse encima experimentando así el dudoso gustirrinín de un calorcillo húmedo) y demás lindezas, son rarillos, autoexcluidos de la idea de normalidad, que campan en zonas fronterizas entre el principio del placer y la chaladura. Y cada vez son más. Hoy todos los fenómenos sociales son fenómenos de masas.

Enséñese a controlar la sexualidad en las clases de educación sexual. Enséñense estándares de normalidad y de anormalidad. Enséñese que hay vida fuera de la sexualidad. Enséñese, finalmente, que la sexualidad ha sido considerada en todas las épocas como un gran misterio y que es bueno que así haya sido. Recuérdese que cuando ha dejado de ser un misterio y se ha banalizado, la explosión de las neurosis y sociopatologías de base sexual se ha enseñoreado en la sociedad. Lo dicho, que estamos ante una perspectiva que no es como la echar cohetes.

Pues bien, es en este marco sociopatológico en el que hay que insertar la eclosión de la "cuestión homosexual" que vivimos hoy. No en mundo idílico y "normal".

La cuestión gay existe...

Todas estas discusiones molestan profundamente a algunos exponentes del movimiento gay. He consultado textos emitidos por distintos sectores del mismo en los que se niegan a participar en debates y discusiones que toquen la "cuestión homosexual". Afirman que lo que hay que considerar anómalo es la "homofobia" . Y hasta aquí podemos estar de acuerdo, a condición de definir que queda incluido en esa palabreja. Por que, si de lo que se trata es de condenar la "fobia a lo igual" (homofobia) está claro que es condenable y, más que condenable, tratable por cualquier psiquiatra. Ahora bien, si por homofobia se entiende cualquier postura que no comulgue con las reivindicaciones del movimiento gay, lo lamento pero ustedes, caballeretes, lo que intentan hacer es blindarse ante cualquier oposición y tratar de establecer un patrón de normalidad definido y diseñado por ustedes mismos. Un capricho, vamos.

Mundo gay y mundo de la moda

Literalmente, "conspiración" significa "respirar juntos". Pues bien, hay una "conspiración" universal de progres, modistos y diseñadores gays para convertir la sexualidad en algo ambiguo. La cosa no es nueva. Viene de lejos, desde que en los años 60 empezaron a aparecer algunas modelos que no respondían al esquema que hasta entonces se había tenido de la mujer: senos y caderas marcados, formas redondeadas y andares seductores. A partir de entonces. las pasarelas se llenaron de

modelos huesudas, a menudo esqueléticas, con una alta carga de "ambigüedad". Desde entonces, esa tendencia se ha acentuado y resulta inseparable de las ideas aportadas por el contingente homosexual que se mueve en el terreno del diseño y de la moda, que puede calificarse como "amplio". No es que los diseñadores homosexuales hayan "conspirado" en el sentido que los antisemitas atribuyen a los judíos, reuniéndose en truculentos cenáculos para deliberar la forma más contundente de conquistar el mundo. Los homosexuales han "conspirado", en el sentido de "respirar juntos" un mismo tipo de aspiraciones que, probablemente, hayan surgido directamente de su visión de la sexualidad. Han intentado trasladar a la moda -consciente o inconscientemente- su visión de la sexualidad: por que es inevitable que aquel al que le atraen los hombres, vea en la mujer un competidor... y que termine -consciente o inconscientemente- tendiendo a atenuar los rasgos femeninos del cuerpo de la mujer, esto es, desfeminizando a la mujer, convirtiéndolo en un ente ambiguo, rebajando su capacidad de atracción.

Desfeminizar a la mujer y masculinizar al hombre, tal es el programa, que permite lograr unos estándares estéticos que satisfacen a quien está desvirilizado y/o feminizado, sino en su cuerpo, si en su mente. El resultado ha sido peripatético. Una parte muy sustancial de las modelos que desfilan en las pasarelas, no son mujeres "normales"; no es que estén mejor o peor, es que no responden, ni en sus andares ni en sus gestos, ni en su atuendo, a la feminidad. Diríase que algunos diseñadores practican una especie de odio a la forma femenina, prefieren humillar a la mujer convirtiéndola en un espantajo ridículo y en el símbolo mismo de la esterilidad. Esto se completa con una moda masculina "audaz" (o agilipollada, que todo tiene su calificación precisa y desinhibida) en la que abundan las transparencias o las faldas. Feminización del varón. Masculinización de la mujer. Bonito panorama el generado por la clique de diseñadores. Triste horizonte para los heterosexuales. Y que quede claro, no es que acusemos al "mundo gay" de una conspiración consciente, sino que los principios del mundo gay aplicados al diseño y a la moda, producen este panorama.

El peor fantasma del mundo gay

Hay una pesadilla inconfesada entre los gays: la persistencia de un cierto tipo de varón que no ofrece concesiones a la ambigüedad. Arturo Fernández, por ejemplo. Un tipo simpaticote, heterosexual de estricta observancia, tronchamozas sin machismos avasalladores, elegante, educado y que se cuida; a menudo, resulta, encantador para el otro sexo. O mi padre, un tipo con perfil y porte de senador romano, andares decididos y armoniosos, ingenioso en la conversación, serio cuando se le exigía y ocurrente cuando se terciaba. Le gustaban las mujeres con acusados rasgos de feminidad, pero no tenía inconveniente en bailar con la más fea si eso ayudaba a alguna mujer a superar algún complejo. Valiente pero no agresivo. Hombre de su tiempo que evolucionaba con su tiempo pero que siempre mantuvo valores constantes inamovibles a lo largo de toda su vida. Es importante esto de admirar al padre y recordar a la madre como una gran mujer.

Hay que reconocer algo al mundo gay. Gracias a ellos algunos varones se cuidan más físicamente. No hace mucho, se consideraba "una mariconada" que el

hombre utilizara algún tipo de afeite o cosmético. Dicen -y me lo creo- que los after-shave fracasaron hasta que a alguien se le ocurrió que su aplicación debía generar un picor en la barba recién rasurada. Soportar el escozor era "cosa de hombres". El after-shave que irrumpió tardíamente en los cincuenta, salvó a muchos varones de ver sus mandíbulas cuarteadas y perpetuamente irritadas por la cuchilla de afeitar. Pero hacía falta ir algo más allá. En los 60 y 70, prácticamente, los únicos hombres que cuidaban su físico y su piel eran gays o poco menos. La cosa, en cualquier caso, no estaba bien vista, ni la mayoría de los varones lo considerábamos necesario. A mi me sorprendía que un amigo gay que se aproximaba a la cincuentena tuviera la piel tersa como la de una criatura. Utilizaba un sinfín de potingues y eso le ha permitido llegar a los sesenta y bastantes con el cutis de adolescente. Yo mismo sostuve que era impropio que el hombre se cuidara de su físico, algo superfluo. Resabios de un machismo que, efectivamente, era inherente a la sociedad tardofranquista. Hoy mi opinión es otra: gracias al mundo gay, el hombre se cuida algo más. Y es bueno que así sea. Las emanaciones de gas, humos, tabaco, aire viciado en locales climatizados o no, terminan destrozando nuestro pellejo. Así que hay que cuidarse e hidratar la piel, que ya nos la deshidratará la vida. Pues bien, el uso de cosméticos para el varón ha penetrado a través del mundo gay. Reconocimiento sincero.

Pero, claro, alguien concibió que había que aprovechar estos avances para reciclarlos en el ciclo de la ambigüedad. Hacia marzo de 2004, la prensa mundial lanzó a un nuevo tipo masculino: el "metrosexual". Definido como heterosexual (pero no fanático), asumía rasgos hasta ahora reservados en la modernidad a la mujer: se pinta las uñas, cuida extraordinariamente su físico, utiliza pendientes y cultivaban, en general, su parte femenina. Culto a la ambigüedad. Alejamiento de la polaridad.

Evidentemente, los "metrosexuales" están mal definidos o son, sencillamente, inexistentes. Se toma un personaje mediático como quintaesencia del modelo y se lanza el "producto" (lo "metrosexual"), siendo conscientes que algunos sujetos responderán e imitarán al modelo. De ahí se infiere un nuevo modelo masculino, en realidad inexistente, pero cuya función no es afirmar una nueva identidad sexual, sino mostrar a un varón desvirilizado.

No tengo idea de dónde habrá salido todo esto de lo "metrosexual", pero no me cabe la menor duda de que, a la postre, atenta contra el "eterno masculino", en la medida en que atenúa la polaridad sexual. En la práctica el "metrosexual" interesa más al homosexual que a la mujer, a pesar de que el modelo haya sido pergueñado con una tendencia hétero.

El ideal de masculinidad, no queda definido por Santiago Segura en su "Torrente", sino por esos varones elegantes, educados, encantadores y que se sienten atraídos por el otro sexo y generan una atracción similar en la mujer. Lo hétero se ve atacada en todos los frentes. "Torrente" es el paradigma del estándar heterosexual decadente, abotargado, estúpido, machista hasta la náusea y, de paso, con alguna pulsión homosexual, con complejo de castración que resuelve acariciando revólveres de calibres anacondíacos. "¿Lo veis? Ese es un heterosexual de estricta observancia?", nos dicen ¿Cómo evitar rechazarlo? Pero no es el estándar, sino la caricatura.

Alejado de la caricatura, se encuentra el peor fantasma del mundo gay, una virilidad heterosexual, agradable y atractiva, que se ha intentado contrarrestar con el

lanzamiento mediático de un tipo humano ambiguo e inexistente, el "metrosexual" del que, muy probablemente, a la hora de que usted lea estas líneas, ya no quedará ni el recuerdo, sólo la referencia en las hemerotecas. Pero la virilidad está en otra parte.

¿Hay diferencia entre lo masculino y lo femenino?

Si hay diferenciación sexual y de género, la teoría de la polaridad entre los sexos tiene visos de verosimilitud. Si no hay diferenciación, tal teoría es más falsa que un euro con el perfil de Franco. Y hay diferenciación, para quien quiere verla.

Para quien está empeñado en demostrar que tal diferenciación es inexistente, el trabajo es doble: por una parte, justificar la negativa en base a fatalidades de pretensión científica (las veremos) y, luego, procurar que las modas atenúen las diferencias que pudieran existir. Si, de paso, se crea una situación de terrorismo intelectual en la que, quien plantea la diferenciación de roles sexuales, sea considerado machista, homófobo, fascista, reaccionario, sino hijoputa, se tiene la actual situación: traga o serás estigmatizado. En el fondo, los movimientos de reivindicación sexual tienen un límite, franqueado el cual se llega a la frontera que separa lo solemne de lo ridículo, lo justo de lo tiránico, lo razonable de lo desmadrado. Buena parte del movimiento de liberación gay, tiene una innata tendencia a situarse en ese punto. Si, por que las diferenciaciones sexuales y de género existen; negarlas es negar la gravedad. La puedes negar, claro está, pero no evitarás que todo lo que arrojes al aire, caiga sobre tu cabeza.

Nos permitirá el lector que en esta parte hablemos con cierta frecuencia del movimiento feminista. En el fondo, ya lo hemos dicho, el feminismo está emparentado con el movimiento de liberación gay. Los pasos por los que éste transita han sido, en buena medida, trazados por aquel. El movimiento feminista de los años sesenta -la mamá del movimiento gay- llegaba a negar incluso la existencia misma de la mujer. Como lo oyen: igual que si un clérigo negara la existencia de la religión. Algunos lo han hecho, pero no deja de ser absurdo. Así las alegres muchachas del feminismo llegaron a negar cualquier determinismo biológico. La eximia feminista, Giséle Halimi, decía en 1974: "La idea de que el comportamiento humano está dictado por cromosomas es una estupidez". Olvidaba, por supuesto, que los cromosomas sino "tienen" sexo, lo determinan. Simone de Beauvoir en "El Segundo Sexo" había escrito: "No se nace mujer, se deviene mujer". Y su marido, Sartre, la quería tanto que estaba dispuesto a elaborar una teoría existencialista capaz de demostrar esta peregrina idea de su cónyuge bienamada. Decía Sartre, en síntesis: "el hombre inventa a la mujer", nosotros no somos más que lo que los otros quieren ver en nosotros. "El otro no existe"; nosotros le damos vida. La negativa es una forma de afirmación: no hay sexos... luego no hay problema.

La existencia de los sexos no puede ser puesta en duda por la biología. Cuando las Halimi, las Beauvoir y los Sarte, soltaban sus genialidades, la ciencia ya sabía que bajo el sexo latía una base biológica indiscutible. En las especies animales, bastaba variar la cantidad de andrógenos a las que se exponía un feto para provocar un comportamiento macho o hembra en el recién nacido. Cuando Kate Millett, líder del feminismo USA de los 60, decía que "Los estereotipos sexuales están desprovistos de toda base biológica", ante ella, como diría el poeta, era de gran elegancia el bostezar.

Tras las argumentaciones del feminismo radical de los 60 (hoy afortunadamente periclitado y en el basurero de la historia de las ideas) se podían encontrar auténticas barbaridades que tenían como fondo latente, el miedo a la maternidad o la inadaptación psicológica para asumir el hecho biológico de la maternidad. Y esto les llevaba a paradójicas posturas de puritanismo sexual. Las feministas minimizaban hasta la obsesión la diferenciación biológica hombre-mujer (que no es electiva sino que nos viene impuesta por el hecho mismo de nacer y por los andrógenos de los que nos hemos alimentado en el útero) en beneficio de la perspectiva social (que si podemos elegir y depende sólo de nosotros). Eso implica negar la sexualidad en sí misma, en tanto que una de sus facetas es la reproducción, algo visiblemente desagradable para el feminismo.

Esta idea viene acompañada de otra no menos original: el mito de la "bisexualidad". En el nacimiento -decían las ínclitas feministas de la contestación- el sexo está "superficialmente decidido, es la educación familiar y las relaciones sociales quienes finalmente lo modelan". Respuesta incorrecta: es la presencia de tales o cuales hormonas lo que determinan el sexo y con el sexo las predisposiciones innatas en una u otra dirección. El doctor Gérard Zwang afirma: "La condición humana no se vive en tanto que hombre o mujer. Desde el momento mismo de la fecundación, los roles están hechos. Algunos se recrean hablando de la bisexualidad de cada ser humano. Tal concepción no supera el nivel científico de las conversaciones de salón (...) La herencia sexual somática no puede ser rechazada. Las actitudes hombrunas de algunas mujeres y las actitudes femeninas de algunos hombres, no pueden cambiar en absoluto la polaridad genésica". Y sigue nuestro doctor: "En cuando a los transexuales que se hacen mutilar los senos o los genitales, que se colocan mamas y se hormonan, se trata de graves enfermos mentales" (protestas dirigidas a Alain de Benoist que es quien extrae la cita en su libro "Vu de Droite" página 343). Benoist, por cierto, añade de su propia cosecha: "No es ni el azar ni las estructuras sociales las que hacen que un recién nacido, niño o niña, lo siga siendo toda su vida. Es el andamiaje cromosomático de las células que lo constituyen. Señalemos además que, si existiera verdaderamente bisexualidad biológica, solo el hombre podría pretenderla, pues es el único portador de dos cromosomas sexuales X e Y, mientras que la mujer no tiene más que dos gonosomas X)".

Luego están las secreciones endocrinas, por si no hubiera suficiente diferenciación. También aquí hay diferencias hormonales. Y luego están las resistencias al esfuerzo y al dolor, las patologías, e incluso -añade Benoist- el funcionamiento del hipotálamo. Y concluye: "La actividad de los medicamentos y de los tóxicos varía con el sexo. Basándose en diferentes paraencimas o en las encimas, puede hablarse incluso de un "sexo bioquímico". Para algunas sustancias, resulta evidente la diferencia sexual de actividad y, paralelamente, una diferencia sexual de metabolismo". ¿Ha dicho "diferencias del hipotálamo"? Efectivamente, el endocrinólogo Gilbert-Dreyfus lo explica: "Algunas funciones del hipotálamo, aglomerado de fibras y núcleos nerviosos que forma parte integrante del cerebro, se ejercen de manera diferente de un sexo a otro. Los cerebros del hombre y de la mujer y su modo de pensamiento, no son ciertamente idénticos y considero falsa la afirmación según la cual no hay cerebro masculino ni cerebro femenino sino un solo y único cerebro, el de la especie humana".

La presencia de una tasa de andrógenos más elevada en los muchachos que en las chicas, se evidencia a través de una mayor agresividad en el sexo masculino. Si de lo que se trata es de hacer dos sexos iguales y de borrar cualquier rastro de diferenciación sexual, hay que actuar desde la formación del feto en el útero materno. Hoy podría hacerse. La cuestión es si debería hacerse y las consecuencias de tal modificación. Y, finalmente, ¿a quién podría ocurrírsele una idea tan peregrina?

El varón se caracteriza por potencia, resistencia, energía, combatividad, instinto de caza, de dominio y conquista, voluntad de poder, características surgidas del fondo de los tiempos que permitieron que las sociedades de cazadores sobrevivieran. Si lo hicieron fue por un estricto proceso de selección natural y de distribución de roles. El que el "primer mundo" viva un período de relativa paz y estabilidad, no quiere decir que el futuro sea un mundo "sin historia". Los períodos de paz y estabilidad son accidentes en la historia. Afortunadamente el nuestro es un accidente que nos tiene a nosotros como protagonistas. No sabemos lo que durará, sólo podemos intuir que no será eternamente y que, antes o después, habrá que reemprender la lucha por la vida y quizás en unas circunstancias muy dramáticas. Y muy posiblemente lo que nos ayude a salir de un nuevo bache (que quizás no sea bélico -o si- pero puede ser ecológico o climático) será de nuevo el instinto del cazador. Elimínalo y terminarás eliminando también las posibilidades de supervivencia de la especie.

¿Y la mujer? Sensibilidad, ternura, intuición, receptividad, instinto materno. La mujer tiene acentuados todos los rasgos psíquicos y físicos que tienden a la conservación de la especie, desde luego, mucho más que el varón. La mujer se fatiga más rápidamente que el varón, pero es capaz de soportar una tensión psíquica mucho mayor. A pesar del tremendo esfuerzo que supone la maternidad, la mujer tiene tendencia a vivir más que el varón. Y para colmo, resiste mejor el dolor. Benoist escribe unas líneas inspiradas al respecto: "Teniendo como principal papel biológico dar la vida y favorecer su preservación, la mujer inclina a la tradición (concebida como repetición de lo que ya se ha probado) y a la educación (concebida como aprendizaje de un modelo y de su replicado). El hombre, por el contrario, tiende a la innovación, incluso cuando ésta comporta un riesgo (...) La superioridad biológica de la mujer en lo que respecta a la resistencia y a la vitalidad es tan conocida como la del hombre en lo que respecta al empleo puntual de la fuerza, el récord y el esfuerzo localizado. En la mujer, es lo continuo lo que fundamenta la superioridad; en el hombre es lo discontinuo".

Luego están las diferencias en materia de inteligencia. Sí, en materia de inteligencia, por que el coeficiente intelectual de las mujeres tiene menor variabilidad que el de los hombres. O dicho de otra manera: en las mujeres existe una gran concentración de Q.I. en la franja media, en los hombres, sin embargo, está mucho más repartido. Esto explica que una parte sustancial de los idiotas sea varón... pero también de los genios. Y esta es una de las causas de que las clases de recuperación, tengan un mayor número de chicos que de chicas. Nada de todo esto se explica en absoluto por la influencia del medio ambiente. Así que hay diferencias. Arianne Stassinopoulos escribe: "El cromosoma macho Y engendra una mayor variedad genética en todos los estadios del crecimiento, y el desarrollo masculino es más lento,

concediendo más tiempo a la aparición de las variaciones". No existen diferencias de inteligencia entre los sexos, lo que ocurre es que están dotados de manera diferente.

El conde Keyselring llega incluso a afirmar "que la masculinidad o la feminidad de un ser humano es algo más profundo que su cualidad de ser humano en general" y luego pasa a definir a los hombres como "más individualistas" y a las mujeres como "más altruistas". De ahí establece la complementareidad necesaria entre ambos temperamentos. La mujer busca la duración en cualquier actividad, mientras que el hombre tiende a la intensidad.

Todo esto está muy bien. Parece que hemos logrado establecer que existen sexos y que los sexos no son iguales en rasgos. Ignoro por qué alguien puede dudarlo. Bien ¿y cómo es que aparece el movimiento de liberación de la mujer? Como siempre, hay causas diversas; una de ellas, la efectiva situación de inferioridad social de la mujer en la que algunas formas de la sociedad burguesa la habían recluido. Pero hay otros motivos. Especialmente por que fue en el mundo norteamericano en donde el movimiento adquirió su máxima irradiación. En EEUU se considera, gracias al calvinismo y al puritanismo, que el éxito económico es el reflejo de una justeza moral: un rico es superior moralmente y se ve recompensado por Dios con su fortuna. Tal visión deriva de la absolutización de los valores económicos que, a la postre, se convierte en fuente de legitimidades morales. La mujer americana vivía este orden de ideas dramáticamente: ella estaba a la sombra de su marido, luego no brillaba con luz propia y, por tanto, no existían posibilidades de que pudiera evidenciar su moralidad mediante el triunfo económico. Era en EEUU donde la mujer quiso igualarse al hombre para alcanzar algo que a algunas les importaba mucho más que el cuidado del hogar o los hijos. A partir de ahí, el proceso de americanización de la cultura mundial, unido a la situación objetiva de las mujeres, se extendió a todo el mundo y con él, el movimiento de liberación de la mujer.

Los sexos existen... y en distintos planos

Ya hemos apuntado algo que puede parecer sorprendente: el sexo es una calidad fisiológica... pero no sólo fisiológica. También existe un sexo de la mente. Existe una forma de ver las cosas "masculina" y otra "femenina". Es posible que esa forma de ser, derive de secreciones hormonales que generen distintas capacidades físicas y cada género busque adaptarse de la mejor manera posible para el cumplimiento de sus funciones. Sea como fuere, a un sexo físico, corresponde un sexo mental. En los casos de homosexualidad, transexualismo, es evidente que "algo" ha ocurrido: el sexo físico no corresponde al mental, esto es, a la forma de ver el mundo y de comportarse en él. Ha existido, por tanto, un "problema" de sexualización. A partir de aquí, aparece toda la "cuestión homosexual": como producto de un defecto de sexualización. El caso más extremo y visible es el del transexualismo; no es que se sientan atraídos por su mismo sexo, es que se sienten miembros del otro sexo.

En nuestra óptica, el sexo de una persona está definido por sus genitales y por su cerebro. Aparecen así dos tipos: hombre y mujer. Y luego se genera una serie de combinaciones: sexo masculino, mente femenina; sexo femenino, mente masculina; sexo masculino que desea convertirse en femenino; sexo femenino que desea

convertirse en masculino. Y de ahí derivan las distintas identidades sexuales: heterosexualidad (individuos atraídos por personas de sexo contrario al propio), homosexualidad (individuos atraídos por personas de su mismo sexo: Gay: hombre homosexual y Lesbiana: mujer homosexual) y, como no, bisexualidad (individuos que pueden experimentar atracción sexual por otros de su mismo sexo o de sexo contrario). Y, finalmente, transexualismo (identificación sexual con el sexo contrario al que tiene genitalmente).

Sin embargo, el movimiento de liberación gay niega la mayor. En un texto de la fundación Triángulo puede leerse: "El proceso sexual, que pasaría por fases biológicas, sociales, hormonales y un largo etcétera, tendría básicamente dos modos de sexuarse: hombre y mujer. Hablaríamos pues de que un individuo se comienza a identificar sexualmente, bien como hombre, bien como mujer. Independientemente de cuáles sean sus genitales". ¿Independientemente de sus genitales? En absoluto. Pero luego, el mismo texto, se insiste algo más adelante: "Así, mi sexualidad será la construcción subjetiva y personal de mi manera peculiar de ser hombre o mujer, y las peculiaridades de esa sexuación, a partir del aprendizaje, la socialización, la cultura... que da riqueza a esa sexualidad (deseos, fantasías, gestos, sentidos...)". Obsérvese que no aparece ninguna referencia a la fisiología o a los procesos hormonales. Para el movimiento gay, una cosa son los "dos modos de experimentarse sexuado, ser hombre o ser mujer", y otra la "dirección del deseo" que experimenta cada ser sexuado y ese puede ser homosexual o heterosexual. Para nosotros, en cambio, los dos sexos físicos albergan y definen dos formas de percibir el mundo y de situarse en relación al mundo. Al sexo físico corresponde un sexo mental por que, éste, no es independiente de la fisiología, pertenece a nuestra herencia innata. Y este conjunto hace que la orientación del deseo sea hacia lo que es complementario, no hacia lo que es similar. El deseo no es completamente libre de la fisiología... está predeterminado por ella. Y cuando esta predeterminación no se cumple es que ha existido un problema en el proceso de sexualización.

Desde esta perspectiva, la homosexualidad no sería una libre opción, sino la resultante de un problema, acaso socio-cultural (ausencia de padre, peso excesivo de la madre en la educación del hijo), acaso fisiológico (disminución de andrógenos motivada por algunos aditivos contenidos en los alimentos). Interpretaciones al porqué alguien se siente atraído por individuos de su propio sexo, hay varias. Todas ellas son discutibles para el movimiento de liberación gay que explica su opción defendiendo su derecho a la libertad del deseo, algo que nadie discute, pero sí es susceptible de matización.

Somos biología y química. Somos el extremo límite de la evolución: disponemos de células extremadamente sofisticadas, capaces de generar vida intelectiva, proporcionando al ser humano conciencia de sí mismo. Pero el substrato del ser humano es químico y biológico. A lo que se une una componente antropológica insertada en los individuos desde los albores de la humanidad, cuando la lucha por la existencia y por la supervivencia del clan, generó la especialización en base a las características sexuales.

En los senderos de la mitología gay

Vale la pena ver como un gay se ve a sí mismo y como ve al mundo; así el mundo sabrá como tiene que mirarlo y como es visto. Y no creo que al "mundo" (me refiero al mundo heterosexual, es decir a la mayoría) le guste conocer los matices de la "mirada homosexual", pero, en cualquier caso, resulta curioso.

Si ustedes quieren ahorrarse la lectura del siguiente capítulo, se lo resumiré diciendo que el mundo gay practica una desconfianza endémica hacia el mundo no gay, teñida frecuentemente de hostilidad y enmascarada con conceptos de respeto, tolerancia mutua, igualdad y buen rollito. Hay que decir que el movimiento gay es heteróclito y abarca un amplio espectro que va desde los discretos que permanecen apalancados bajo la protección del entablillado del armario, hasta los intolerantes que consideran que la sociedad gay no tiene nada que aprender ni porque equipararse con la heterosexual y que es ésta la que debe seguir el ejemplo de aquella.

Pero, en general, para el movimiento gay militante, cualquier tipo de objeción -por pequeña que sea-, toda reserva mental que albergue un hétero hacia los aspectos más extremistas de las reivindicaciones del mundo gay es susceptible de ser considerada como un acto hostil; finalmente, en este capítulo, sacarán, en conclusión, la sospecha de que el mundo gay sólo puede tener la iniciativa en una sociedad que ha perdido el paradigma de normalidad, es decir, una sociedad en situación de 3D: "Decadencia, Desintegración y Derribo".

La buena conciencia del exilio

Todos vivimos, en mayor o menor medida, una situación de exilio psicológico. Y los gays, podemos creerles, aún más. De hecho su reflexión sobre el mundo empieza (y con cierta frecuencia termina) con ese lamento. Habitualmente veo a una mujer, me gusta y sé que si tengo aplomo y habilidad, puedo iniciar una maniobra de aproximación. Y esto en un 96-97% de la población. Un gay ve un culito respingón que le atraiga y sabe que puede optar a él, sólo en el 3-4% de los casos. Mal asunto. Esta, y no otra, es la fuente de todas las tragedias del movimiento gay: desear algo que en el 96-97% de los casos le está vedado. Y la situación no mejorará; aunque las reservas que en otro tiempo haya tenido la sociedad hacia la homofilia, desaparecieran completamente y se instaurara el reinado de la tolerancia, el 96-97% seguiría siendo hétero y dando calabazas a otras pretensiones. Esto es algo que intuyen los representantes más extremistas del movimiento gay y por eso claman por la segregación: son los héteros quienes deben de asumir los valores y comportamientos de la sociedad gay. No al revés Algo, evidentemente, inviable. Estos seguirán viviendo exiliados por siempre jamás.

Hace años me tocó escribir un libro sobre el catarismo. A decir verdad, el tema ni me apasionaba, ni siquiera me interesaba, pero esto es Catalunya y un pedido es un pedido, así que, le dediqué al tema un par de meses. Hubo algo en la espiritualidad cátara que ahora me recuerda exactamente al mundo gay. Ya verán porqué lo digo. El caso es que el libro empezaba con algo, aparentemente, tan poco cátaro como el cuento de la bella y la bestia (o el bestia). Cito de la introducción de aquella obra: "La Bella y la Bestia" es algo más que una cuidada película de dibujos animados. ¡Quién diría que este cuento para niños, encierra la perífrasis simbólica de la doctrina cátara!

La Bestia, es ese ángel prisionero de Satán que, tras la "caída", se ha visto arrojada a un cuerpo desagradable y horrendo. La única forma de que el ángel caído pueda recuperar su estado de belleza natural es mediante la redención por el Amor. Y ese amor debe venir de una dama pura. Sería difícil resumir con más sencillez la temática que popularizó el catarismo hace más de setecientos años: el mundo es imperfecto y malvado por que faltan en él caridad y amor. Bastará con introducir estas virtudes en el corazón de los hombres para que rediman sus almas prisioneras del Maligno y encerradas en esas oscuras mazmorras que son nuestros cuerpos físicos. Tal es, en síntesis, la "respuesta cátara" al problema de la existencia humana".

Fin de la cita. El homosexual se ve a sí mismo como exiliado en un mundo -el heterosexual- que no es el suyo. Eso le hace sentirse diferente. De hecho, se tiene por un "ángel caído" -arrojado al mundo hétero, procedente de la Arcadia homófila (o del Paraíso ideal, previo a la irrupción de Eva) y poblado por una mirífica y venturosa realidad hecha de esencias puras que bastará introducir en el mundo heterosexual para hacer de él un lugar habitable. Dentro de ese mundo hétero se tiene por un "bicho raro". Es "el diferente" en una proporción de 96 a 4. Diferente, si. Para liberarse de esta presión, bastará que una "dama pura", el movimiento de liberación homosexual, bese en la frente a la Bestia simbólica, para que recupere su verdadera dignidad. La moraleja es: "solamente es habitable para un gay, un mundo gay; como es el mejor de los mundos, hagamos del universo heterosexual, una proyección del mundo gay". Lo que, finalmente, equivale a decir: borremos la carga genética, anulemos la acción de las hormonas, neguemos la biología y la fisiología, la reproducción y la perpetuación de la especie. Simplificando, claro. Simplificando, pero no mintiendo. ¿Comprenden el drama del mundo gay? No es pequeño.

Cuando estaba componiendo aquel libro, el catarismo se me presentó como una forma de "espiritualidad gay" (en el fondo estaba ligado al "gay saber" medieval, aun cuando no tuviera nada que ver con la homosexualidad). Sería muy presuntuoso decir que el catarismo alumbró algún tipo de cultura propia, pero sí es cierto que en el suelo sobre el que floreció, había irrumpido un tipo de civilización en el cual la mujer ocupaba un aspecto preponderante (fue en Occitania en donde prendió el culto a la Dama y se organizaron las "Cortes de Amor", fue allí donde floreció el movimiento de los trovadores) y se generó un refinamiento de las costumbres que contrastaba con la rudeza de los vecinos del norte (esos francos malcarados) y con los vecinos del sur (aragoneses hijos del trueno, navarros y vascones sobrados de fuerza y vigor). Ese refinamiento, terminó evocándome algunos ejes del mundo gay aun cuando es, evidentemente, un estereotipo pensar que todos los gays de nuestro tiempo son refinados, cultos, educados y responden a un esquema de sofisticación extrema. También en este sector los hay más bestias que un arado y más bastos que "la Veneno" sin maquillar. Que de todo tiene que haber.

La civilización occitana intentó ser, como el mundo ideal gay, un areópago de sensualidad. Fuera de ella, los cátaros se sentían en el exilio, arrojados a un mundo construido por el dios del mal, de la misma forma que los gays se han sentido exiliados en el mundo hetero. Para ellos el dios del mal es heterosexual. En el fondo, catarismo y temática gay son dos formas de mitología. Es decir, de irrealidad. Por que, desde que el mundo es mundo, no ha existido un período de paz y amor fuera de

las utopías de mentes calenturientas y no porque haya sido construido por un dios malísimo. Así mismo, las sociedades, gracias a que son heterosexuales, han logrado subsistir en el tiempo.

Suele decirse que el exiliado "sabe más" que aquel que vive en su propia patria durante toda la vida. Al menos, aquel tiene formas alternativas de ver las cosas. Error: la "superioridad" del exiliado es ficticia, a menos que no evidencie una alta capacidad de adaptación y asimilación. Para adaptarse, el gay dispone del armario, esto es, la propia intimidad, el "ambiente" y, antaño, el gueto. En el ambiente no hay duda de quien es quien y de qué es lo que busca cada cual. En el ambiente no hay exilio posible, hay comunidad. La alternativa es: o la tranquilidad del ambiente, intocable, inamovible, o la inseguridad de la sensación de exilio. El mundo que pretenden -el homofilo universalizado- es inconcebible, mientras haya hombres y haya mujeres. Además, si el homosexual se siente a sí mismo como exiliado, es lógico que busque la compañía de otros exiliados, es así como nace el ambiente o la comunidad homosexual. Los jugadores de ajedrez nos sentimos más a gusto entre nosotros, antes que con impenitentes forofos del ping-pong.

El problema empieza en el momento en el que el movimiento gay se niega a permanecer en los cuarteles de invierno del ambiente, hecho de calor y humanidad homófila, e irrumpe en el coto heterosexual. El "ambiente" no tiene forzosamente connotaciones negativas; en realidad, más que de "ambiente" cabría llamarla "reserva de caza", que eso es lo que es. Es, simplemente, un lugar seguro. Allí se tiene todo lo que uno precisa y busca; hoy, resulta claro, que no hay ningún tipo de riesgo, ni redadas, ni bandas homófobas que realicen razias periódicas. ¿Salir del "ambiente"? ¿intentar la absurda idea de extenderlo a toda la sociedad? Mal asunto, fuera vas a sentir la marginación.

Hoy, a ningún gay se le escapa que no es en el "ambiente" en donde corre el riesgo de sentirse marginado (en el sentido de estar acomplejado), sino fuera de él. Y es que todos tenemos nuestros guetos. Yo sé que no puedo tirarme en paracaídas sobre una gran ciudad (y me gustaría), debo hacerlo donde me lo permitan, en el gueto de los paracaidistas. Y esa prohibición la experimento como una privación. Necesaria, pero privación. Me gustaría ver mi ciudad desde una perspectiva aérea cambiante y no desde la ventana inamovible de mi apartamento. Mucho más si la privación se tiene en el terreno de los hábitos sexuales en donde el Estado debería estimular aquello que es "mejor" en función del paradigma de "normalidad": la familia heterosexual con capacidad de procreación. Lo que no sea eso -que corresponde a las necesidades de supervivencia de la especie y al nivel óptimo de adaptación fisiológica- puede considerarse exiliado por que, finalmente, en cierto sentido, lo está. Y es inevitable que aparezca esta sensación.

Claro está que la sostenibilidad de ese planteamiento se realiza a condición de que seamos capaces de introducir otro parámetro: la tolerancia. La actual sociedad heterosexual, ya ha aceptado el polimorfismo sexual; así que la tolerancia, como el valor al soldado, se le supone. Esa tolerancia es, desde luego, más "democrática" que una sociedad en la que los homosexuales (una minoría del 3-4%) impongan sus conveniencias sobre la sociedad heterosexual (96-97%). Especialmente, si sus conveniencias, van en contra de las necesidades de la especie (la reproducción, sin ir

más lejos) o la fisiología impone sus reservas. Así que el exilio no es malo, a menos que nos sintamos extraterrestres arrojados a un planeta hostil. Algunos gays, evidentemente, sienten esta sensación. Es inevitable que la tengan, pero nosotros no podemos hacer gran cosa más para reconfortarlos. Cada cual su cruz y cada Sebastián con su manojo de flechas. Y a llevarlo bien.

Piratas y viajeros o los iconos ideales

No es raro que el mundo gay haya incorporado la imagen del exiliado en sus creaciones, la del viajero impenitente, el marinero o el pirata. El marinero es el icono gay por excelencia; algo que no se corresponde con la realidad. La vida en los barcos suele ser casta y si la travesía es larga, aquello termina siendo un paraíso masturbatorio; en efecto, los marineros se embarcan con su colección de revistas porno en la maleta, como máximo. Por otra parte, la mayoría está casado o con novia y se da la misma proporció homófila que en la sociedad. Ahora bien, si es rigurosamente cierto que el barco es un espacio claustrofóbico que, en teoría, debería favorecer la llamada "homosexualidad situacional". Pero no hay tal, es un mito urdido por media docena de novelitas, en las que el navío tripulado por hombres, sólo hombres y nada más que hombres, y rodeado de oscuras y turbulentas aguas, refugio de todo tipo de horrores y monstruos, es una de las metáforas más potentes sobre el gueto gay en el mundo hétero.

Algunos dibujantes gays han idealizado la imagen del marino: lo han visto como un tipo musculoso, de formas reventonas, con las costuras del pantalón a punto de estallar, especialmente a la altura del bajo vientre y los cuartos traseros con una turgencia casi insultante para el común de los mortales. Lo dicho, no hay tal. Cuando el marino salta a puerto tras semanas en alta mar, se abalanza sobre los burdeles -y no precisamente en busca de chaperillos- o corre directamente al hogar familiar en donde su Penélope le espera con simétrico recalentón.

Con el icono del pirata, la cultura gay cree reforzar la idea de la libertad que siempre ha aureolado a esas gentes del mar. Pero tampoco. Si, son marinos, todos hombres y están solos. Luego, concluyen los hacedores de iconos gays, son necesariamente, homófilos. Como en todo, excepciones, las hay, como aquellas dos piratas lesbianas y la sodomización de los prisioneros que siguió a algunos abordajes. En realidad, buena parte de los piratas eran analfabetos sino analfabestias, el alcohol y el sadismo, así como la tensión del combate, imponían prácticas de humillación para con los vencidos. La sodomía una de ellas.

Pero también aquí hay que recordar la importancia histórica de los burdeles caribeños, a tiro de piedra de los muelles abigarrados de la zona, que eran tomados al asalto tras el desembarco. Prostitutas de todas las razas, colores, especialización, calidades y precios, pugnaban por despojar a los piratas de su parte del botín y estos accedían gustosos o lo entregaban como producto de la melopea consuetudinaria. Ante esto, el hecho de que el pirata rechace códigos y se sienta libre hasta que sus pies pendan en el vacío y su cuello se estreche por la soga, pasa a un plano exclusivamente literario.

Los espacios de "homofilia situacional"

Sostienen los gays que hay espacios y circunstancias que favorecen la homosexualidad. En síntesis, la idea es que en determinados ambientes cerrados, la larga convivencia entre hombres, sin presencia de mujeres, hace que, cuando las hormonas se revuelven, la única posibilidad de satisfacer las necesidades sea con hombres. Internados, cuarteles, cárceles, barcos, unidades militares, grupos de trabajadores aislados, órdenes religiosas, etc, serían estos "espacios sociales que favorecerían la homosexualidad situacional".

El concepto no termina de caer bien al mundo gay: implica que se es homosexual cuando no se puede ser otra cosa; a falta de pan buenas son tortas, a falta de mujeres, cualquier agujero es bueno; el gay pasa a ser así plato de segunda ronda; algo que su consabido orgullo no puede consentir.

El movimiento activista gay alimenta una manifiesta hostilidad hacia los gay que se resisten a salir del armario, hacia quienes han cambiado de acera, hacia los bisexuales y, por supuesto, hacia los homosexuales situacionales que al cambiar la situación, cambian de agujero. Hablamos del "movimiento activista gay", no del gay que, por lo general, suele ser más tolerante. Da la sensación de que para el movimiento gay activista, todo lo que supone cierta "amplitud de miras" o posibilidad de variación de las propias tendencias, sea anatemizado. En realidad los "homosexuales situacionales" no serían gays ni serían nada; bueno si, serían unos calientes mentales a los que, en determinadas circunstancias, con las hormonas revueltas, no les importaría por qué agujero entrar, ni el género de cuerpo al que se frotan. Una vez restablecida la normalidad y dejado atrás el espacio situacional, vuelven a la heterosexualidad. Si hay alguien que cambie su homosexualidad por heterosexualidad sea anatema, dicen los popes del radicalismo gay.

Las reservas del movimiento activista gay hacia estas variantes de sexualidad, se basan en que la definición de espacios de homosexualidad situacional tiende a explicar y justificar las relaciones homosexuales y, por tanto, a disculparlas: "El cabo primero se fijó en el grumete cuando salimos de puerto y lo enculó cuando cruzábamos el ecuador, claro, ¡llevaban un mes embarcados, pero al llegar a Río se fueron los dos a un burdel en busca de mulatitas y pillaron ladillas". La frase "¡llevaban un mes embarcados!", es la clave: suena a disculpa. Posiblemente si hubieran llevado tres meses de dieta marinera, alguien habría pensado ya en disculpar excesos mayores: "hicieron un trío con el telegrafista". Y al cabo de seis meses: "Y luego jugaron a atar al cabo primera al palo mayor y lamerle todos el pezón y algo más que el pezón, por riguroso turno jerárquico". Si, pero es que luego, se repite la coletilla inevitablemente: "pero al llegar a Río se fueron todos a un burdel en busca de mulatitas y pillaron ladillas" entonces termina la fantasía abruptamente: han realizado prácticas homosexuales, por que no han podido hacer otra cosa. No eran "maricones", en sentido estricto, es que estaban requemados por el aislamiento y, en los burdeles de Río, se han olvidado de los peludos traseros de la tripulación. Y, ni aún así, situaciones como la descrita, suceden en los navíos.

Para el movimiento activista gay, la homosexualidad no puede ser transitoria: de la cuna a la tumba. Salir del armario es una forma de quemar las naves que impidan toda vuelta atrás. Ahora se entiende mejor ese énfasis en salir del armario: es

una forma de compromiso de por vida. Pero ni siquiera la fórmula es segura: he conocido travestís que un día se vestían de sofisticadas mujeres y al día siguiente de rudos varones, desoperándose lo operado. Ignoramos si la Junta de Andalucía financia las operaciones de cambio de sexo en sentido inverso, dicho sea de paso y sin ánimo de ironizar.

Es una falacia el que la homosexualidad abunde, de manera significativa, en esos "espacios homófilos". Ciertamente, en ellos se manifiestan con facilidad tendencias bisexuales, pero, empíricamente, podemos afirmar que distan mucho de ser significativas. Y en cuanto al sacerdocio o el monacato, no se olvide el voto de castidad que vale tanto para la carne como para el pescado.

El llamado "pánico homosexual" sería aquella reacción que experimentarían algunos varones al comprobar, bruscamente, que estaban hechos para otra realidad y no precisamente la heterosexual manten hasta entonces, más parece una fábula piadosa. La teoría explica que, a partir de ahí, aparecen homosexuales que no ejercen como tales y que son los más violentos homófonos. Es posible. Alguno hemos conocido, si. De hecho, en otro lugar ya hemos dicho que el homosexual que vive una doble vida (casado para disimular su opción y visitante del gueto para ejercerla) sufre una situación esquizofrénica que finalmente termina rompiéndolo. Por hablar también podríamos hablar de "pánico heterosexual", cuando un homosexual descubre bruscamente que eso de "chercher la femme", tan poco es tan desagradable y que incluso procura cierto gustirrinín.

Es cierto, así mismo que el pánico homosexual es una consecuencia del rechazo que en otro tiempo sufrieron los gays. Recalcamos "en otro tiempo", por que de eso, ahora, poco, casi nada, y lo poco que queda de ese residuo, está penado por la ley. Existe toda una línea de tendencia en la literatura gay. Didier Eribon, por ejemplo, en su libro "Reflexiones sobre la cuestión gay" realiza un paralelismo entre homosexualidad y judeidad. Eribon ve en ambos un común denominador: "En el principio fue la injuria", viene a decir. Ambos, judaísmo y mundo gay fueron objeto de exclusión y persecución, en el fondo, tienen la misma madre, a las "Reflexiones sobre la cuestión judía" de Sartre, Eribon responde con su libro. Pero pueden añadirse algunas cosas que Eribon elude.

Por ejemplo, que casi siempre hay un motivo objetivo para la exclusión. En el caso del mundo gay, ese motivo es el paradigma de normalidad que requiere toda sociedad y de la cual aún quedan restos en la nuestra. En el caso del judaísmo es su vocación de "pueblo elegido". Nadie puede aspirar a ser el pueblo elegido, sin causar cierta reserva mental en el entorno. Y para colmo, nadie puede anunciar el monoteísmo, en tierra de politeistas, sin terminar en Babilonia ejerciendo de esclavo en un tiempo en que de los derechos humanos no existía ni el concepto. Si unimos la diáspora, el talmudismo, la khabala, la dinastía de David, el mesianismo y su mito del "Rey del Mundo", judío por supuesto, la habilidad del judaísmo para algunos campos de la actividad humana, y corriendo el tiempo, el Estado de Israel, cierta intolerancia notoria hacia los palestinos y el lobby judío de EEUU como instigador de la invasión de Irak la comparación con el mundo gay resulta altamente desalentadora. Por que en el principio seguramente fue la "injuria", pero la injuria se construyó sobre un terreno abonado. En realidad, más que injuria, debiéramos hablar de "exageraciones".

El antisemitismo es el hijo de una exageración. Se tiene miedo de algo que se considera diferente y agresivo. Se considera agresivo por que se coloca en situación de superioridad: "Yo soy el pueblo elegido y tu eres cualquier otra cosa menos elegido".

Hay un solo espacio situacional por excelencia: el gueto ampliado. Llámesele Chueca o Gay-Eixample, aquello si es un verdadero espacio situacional. Buena parte de los que circulan por allí y de los nuevos vecinos, un porcentaje no despreciable de comercios de nuevo cuño, pertenecen a miembros del colectivo gay. Eso si son espacios situacionales y no el cuartel, o el internado y por una sencilla razón: han sido generados para fortalecer la identidad gay, mientras en los otros, el hecho de que haya sólo hombres y mujeres no implica necesariamente que haya atracciones sexuales. Lo digo y lo repito: en la cárcel no existe más homosexualidad que la de quienes entraban homosexuales y, como máximo, algún toxicómano que precisaba la paperina del día y sabía donde obtenerla y haciendo qué cosa. En el cuartel, pajas, las que quieran, revistas porno, a toneladas, ¿homosexualidad? no más que en la sociedad. ¿El monasterio? El voto de castidad excluye determinadas prácticas, ciertamente algunos monjes de la antigüedad se convirtieron en sodomitas; pero también aquí cabe hablar del 3-4% de cuota gay y de quienes no tienen voluntad suficiente para cumplir sus votos. Y lo de que la vieja canción del marino que vino en un barco de nombre extranjero, sea un icono musical gay, no quiere decir que todos los buques sean tripulados por un porcentaje de sodomitas (que la palabra tiene su gracia torera) superior al normal.

Lo que ocurre es que un escritor gay, cuando sube a un barco, se obsesiona con los cuerpos que ve día sí y día también, hasta que termina la travesía, y le resulta difícil concebir que a otros le resulten indiferentes y eso es lo que refleja en la novela que escribe acto seguido. Y si, probablemente unos cuantos escritores gays -tampoco excesivos en relación al total de escritores heteros, nuevamente el 3-4% parece razonable- tienen más repercusión en el mundo de la cultura que las costumbres sexuales de la marinería. Los mitos literarios salen de observaciones subjetivas pero brillantes y son eso, mitos. Como los espacios situacionales homófilos. Créanme, no hay otro de estos espacios más que las zonas gays de las grandes ciudades, no se engañen.

La virilidad más viril

La literatura y los ensayos sobre el mundo gay es bastante monocorde. Suele insistir en el famoso Batallón Sagrado de Tebas (Beocia), una unidad militar que existió efectivamente, fundado hacia el 378 aC, compuesto por 150 parejas de amantes, esto es, 300 combatientes. Era la punta de lanza del ejército tebano que, finalmente, se hizo masacrar en la Batalla de Queronea el 338 a.C., contra las falanges macedónicas de Filipo II. El que dos años después del combate sería nombrado rey, Alejandro Magno, se curtió en aquel combate dirigiendo con furia y bravura la caballería macedonia. Recuérdelo Hollywood.

Se consideraba que una unidad formada por parejas de amantes sería extremadamente segura para sus miembros. Estos, estarían unidos por lazos que superaban la mera camaradería de armas; ningún combatiente sería abandonado en el

campo de batalla y el destino de uno sería el de todos. Así fue en Queronea y tiene gracia que fuera precisamente un Alejandro Magno, ciertamente bisexual, el decir de los cotillas de la época, quien los pulverizó. El ejemplo del Batallón tebano muestra que los gays son, frecuentemente, peleones.

Pero la existencia del Batallón Sagrado de Tebas, o de las míticas amazonas, o las alusiones a lo que el mundo gay llama "homofilia situacional", suponen curiosas muestras de la iconografía gay. Nada más liberal que un gay. Pero nadie practica más culto a los uniformes o incluso al "fascismo corporal" que el gay. Y, para colmo, ningún ambiente tiene más fantasías de humillación y castigo y unos niveles de sadomasoquismo tan elevados como el mundo gay. Como si la inocencia suprema se uniera a la perversión más elaborada. Angel y Bestia. Bello y Bestia, una vez más.

Algunos ejércitos como el español (o lo que queda de él) han visto como determinados oficialillos salían del armario. Mal asunto por que, en las FFAA, los chistes de maricones todavía suscitan risotadas. El ejército es considerado por el mundo gay como otro de esos espacios "situacionalmente homofilos". Error. En el Ejército no hay mas homosexuales licenciados de los que entran en filas. Esa visión de las duchas militares, con decenas de cuerpos jóvenes, desnudos, brillantes y musculosos en un ambiente brumoso por el vapor, es tan errónea como el de las prisiones de las películas americanas, consideradas como coto de caza de homosexuales. Maricones los había, como en las FFAA, pero no más ni menos que en la sociedad. De un 3 a un 4%, nada apreciable. Verán: cuando un gay ve una ducha militar o carcelaria, puede ser -de hecho es- que se ponga a cien. Cuando un militar o un preso van a la ducha, es muy curioso, pero procuran no observarse, mantienen un pudor evidente y si sus miradas se cruzan o se fijan en algún detalle anatómico, cruzan comentarios irónicos: "¿se te ha puesto gorda cuando se le ha caído el jabón al pistolo?" o aquel otro inefable: "no le deis la espalda a éste que os ensarta como a una vulgar aceituna". Y todos ríen, pero nadie se ve con el miembro gordo de Petete acoplado. Nadie, salvo el 3 al 4% de mundo gay estadísticamente presente. Los soldados y los galeotes, en el fondo son jóvenes, hace sólo unos años que han dejado el "pedo-caca-culo" y les gusta bromear sobre algo por lo que, paralelamente, cuando se acaba la juerga, sienten pudor. El ejército, el presidio, son sociedades de hombres. Männerbünde, que decían los germanos.

En estas Männerbünde, los hombres se sienten a gusto: precisan de ellas. Y lo que no entiende el movimiento gay es que no las precisan para manifestar una sexualidad homofílica, sino por que está en su instinto.

Los hombres siempre han experimentado la necesidad de reunirse entre ellos. Mucho más que las mujeres. Y siempre se han llevado mejor entre los de su sexo, que las mujeres entre ellas. Hay actividades a los que a los hombres bien integrados en la sociedad y en la pareja, desean estar solos entre ellos. Las mujeres quedan excluidas de algunas actividades. Ni una sola ricahembra en las partidas de poker de los jueves por la noche, ni una sola en las tenidas masónicas y muy pocas en los partidos políticos a pesar de las cuotas socialistas, forzadas, y por tanto, falsas. El "vínculo masculino" es una realidad, pero no en el sentido erótico-homofílico que le atribuye el movimiento gay. Me he sentido muy bien con mis camaradas, hemos corrido riesgos, realizado charadas, recorrido los tres santuarios de cierta virilidad (el cuartel,

el burdel y el penal), incluso en ocasiones hemos compartido la misma prostituta o cada uno con la suya en camas contiguas. ¿Machismo? ¡Venga hombre! Costumbres de hombres, toscas si se quiere; luego, esos mismos hombres aman a sus mujeres, son tiernos con ellas, les encantan sus hijos y respetan la norma social. Entre ellos, también abundan los cultos, los sofisticados y los profesionales de envidiable reputación. Y, entre ellos, a ninguno se le ha ocurrido, dedicarle al otro una mirada de deseo Y estoy seguro que algún gay que lea estas líneas se dirá: "Imposible. Cuando un hombre está cerca de otro hombre, demasiado cerca, prende la llama". Pues no. La llama prende para quien es homosexual, homófilo, gay y demás.

Un libro de Lionel Tiger, "Entre hombres", califica a las relaciones habituales entre hombres como "innatas, irreversibles y predeterminadas". Tiger explica que los lazos intermasculinos son particularmente fuertes y sitúa el origen de tales lazos en períodos prehistóricos cuando los cazadores debían apoyarse unos a otros para lograr sus fines. Desde entonces, hasta hace poco, estos vínculos no han hecho más que reforzarse. Fíjense en los internados masculinos, otro espacio situacional homófilo, y compárenlos con los femeninos. En estos reinan las rivalidades, los celos y un individualismo en todos los ámbitos. En los internados masculinos el espíritu de corps, la camaradería, los deportes de equipo, se manifiestan casi automáticamente. Entre las mujeres internadas (no sólo en colegios "para señoritas" sino también en cárceles) aparecen pronto lazos de ternura, sensualidad y, paralelamente, de celos. Por lo general, la amistad entre mujeres no es duradera. En realidad, el amor es algo intenso, pero la amistad implica duración. Ni siquiera la homosexualidad masculina y el lesbianismo tienen la misma matriz ni las mismas características.

Si hay más hombres que mujeres en política es por que la masculinidad tiene una relación evidente con el instinto territorial, el dominio y la voluntad de poder. Tiger, a este respecto añade: "Los hombres dominan la política, el lazo intermasculino es esencial". Duverger se preguntaba hace veinte años por que las mujeres, disponiendo de derecho a voto, históricamente, no lo han ejercido jamás en beneficio propio. Hubo de llegar el PSOE y su sistema de cuotas para forzar cambios en la sociedad, dando por supuesto que esos cambios, forzosos, son buenos. Es más, habitualmente sucede que los partidos que más sostienen la causa de la mujer, tienen un menor nivel de voto femenino. Y luego está la guerra considerada como "cosa de hombres". Bien, es natural, también en las especies de mamíferos superiores y primates, los machos son más violentos que las hembras. A ellos les compete ganar el alimento mediante la caza, así que ya les conviene ser más fuertes y agresivos que la hembra. Si fuera al revés, sería a ellas a las que les competería ir a la aventura de la caza y a ellos cuidar a los niños.

Hay decenas de estructuras que refuerzan los lazos intermasculinos: la historia apenas ha contemplado, salvo a título de excepción, la presencia de sociedades secretas femeninas; las masculinas son la regla, ayer y hoy. Las corporaciones, gremios y hermandades laborales, han sido también "cosa de hombres". Y en la mayoría de clubs sociales, la mujer es minoritaria o está ausente. Todo esto no puede extrañar: son los restos de las Männerbünde indoeuropeas, las sociedades específicamente masculinas. La la proximidad entre hombres, no contribuye a aumentar la

homosexualidad. Al menos mientras el paradigma de normalidad está claro y sea indiscutible.

Pero llega un tiempo en que el paradigma cae y es sustituido por otro, viable o no. Es entonces cuando -como ocurre con el ejército norteamericano- el hecho de que a uno se le caiga el jabón en la ducha, es lo más intranquilizador que le puede ocurrir. Lo "normal" no es eso: la excitación por ver un culo masculino en posición de ser tomado por asalto excita sólo a un 3-4% de la población masculina, al resto le sugieren bromas, indiferencia, pudor o groserías. El mundo masculino no es como lo ven los gays desde su prisma hipersexualizado.

Las sociedades de hombres no elevan a la categoría de modalidad erótica el espíritu de corps, la camaradería, la solidaridad entre sus miembros, la proximidad y el roce entre los cuerpos desnudos, brillantes y deslizantes. A un gay, parece que sí. Pero no son los gays quienes han construido esas instituciones: las Männerbünde, las FFAA, las sociedades secretas no se han construido para ser observadas con la "mirada gay", ni son reductibles a ella. Son otra cosa que nada tiene que ver con la homofilia, son una necesidad social. No es raro que los activistas gays desprecien a las FFAA. Dice Albert Mira en su "Diccionario para entendernos": "El militar de oficio no se distingue por su sofisticación intelectual: no se trata de una cualidad que el entorno pueda alentar". Y dos líneas después da su solución: "Quizás de lo que se trate sea de homosexualizar el ejército antes de reclutar en sus filas a homosexuales". Error. El problema no es dotar a las FFAA de una connotación erótica o sexual, sino de que cumplan sus fines y esto se realiza mediante la práctica del entrenamiento despersonalizador (borrar el yo individual para permitir la aparición del espíritu de cuerpo), de la disciplina (enseñar a que los automatismos y las reacciones instintivas y reflejas actúen ante determinados riesgos y circunstancias sin pasar por el cerebro), la jerarquía (la existencia de centros de imputación perfectamente definidos y de cadenas de mando tangibles y precisas), el sentido del honor y lealtad (para con los camaradas de armas, para con las misiones encomendadas, para con el valor superior de la Patria y la Comunidad a la que se jura defender hasta la muerte). El ejército no es un espacio homófilo si es que damos a la palabra homófilo connotaciones sexuales. El ejército es una institución habilitada para la defensa nacional. No es malo recordarlo. Como es bueno recordar que una carnicera está ahí para servir filetes, no para que admiremos las carnes incorporadas a su anatomía. Uno no puede ir de obseso por la vida. Y toda esta historia de los "espacios situacionales", da la sensación de que pertenece a ese tipo de visiones panhomófilas que se corresponden poco con la realidad.

Innegablemente, el movimiento gay se sitúa en las vanguardias de las vanguardias del progresismo más vanguardista, esto es, antimilitarista y pacifista. Innegable, igualmente, la fascinación que experimenta buena parte del mundo gay por los uniformes y el mundo militar. Innegable, finalmente, que en estos ambientes haya tantos gays como en cualquier otro: entre el 3 y el 4%. Poco importan los motivos de esta atracción. El caso es que lo que, para el estamento militar, tiene un sentido muy pragmático (la necesidad de uniformidad refuerza la propia identidad, da espíritu de cuerpo, iguala, etc), pero para el mundo gay tiene otro muy diferente (resaltar las

formas masculinas, reclamo fetichista, fuente de inspiración homoerótica, y así sucesivamente).

Y es que en el mundo gay no faltan las contradicciones que, finalmente, terminan superándose gracias a la ley del deseo. La cosa se ve todavía de manera más desmesurada en la fascinación que ejerce la estética nazi en las prácticas sadomasoquistas gays. Da la sensación de que quien luce un uniforme nazi está investido de un poder absoluto y es capaz de las mayores crueldades, que ejercen sobre algunos gays una irresistible atracción. Un número no desdeñable de sadomasoquistas gays, tienen al nazismo como la oprobiosa dictadura que hizo lucir a los homosexuales alemanes de la época el ignominioso triángulo rosa, pero al mismo tiempo es también, para otros, el modelo al cual les gustaría entregarse. En el mundo real, ser antinazi y desear ponerse en manos del nazi más malo del Reich, ser antimilitarista y correr tras un cuerpo de uniforme, son actitudes incongruentes, contradictorias. En el mundo gay, por el contrario, delatan mucho sobre la psicología profunda del homosexual, un terreno excepcionalmente vidrioso y en el que el riesgo de generalizar se paga. Así que no vamos a hacerlo, pero estas contradicciones nos muestran que el mundo gay tiene dos lógicas, mientras en el mundo real sólo puede utilizarse una. La ley del deseo y la ley de la racionalidad siempre están presentes en toda naturaleza humana y mucho más en las relaciones eróticas; la diferencia estriba que en el mundo gay la ley del deseo se sitúa por encima de cualquier otra, como resultado de un proceso de pansexualización de la vida. Un querido amigo gay, bromeaba un día, cuando le reprochaba que hablaba demasiado de sexo: "¿cómo puedo dejar de hablar de lo único?". Hay vida fuera del sexo, aunque algunos no lo crean.

Está claro que en el mundo hétero también aparece este tipo de procesos de pansexualización pero es que el sexo no constituye el factor de identidad del mundo heterosexual, el sexo sólo es factor de identidad para los "movimientos de liberación sexual" (feministas y homosexuales). Ni tiene sentido, ni puede hablarse de "cultura heterosexual", pero si parece necesario hacerlo de "cultura homosexual". Esta, y no la otra, se define por la actitud de sus mentores hacia la sexualidad. En ciencia esto es absurdo, pero no en humanidades. Historia, por ejemplo. Es frecuente que un historiador gay, ligado al movimiento activista, tienda a demostrar, por encima de todo, la universalidad de la homosexualidad, su perennidad en el tiempo y su impacto en la cultura. Tiene gracia que la figura del pobre carbonario Luigi Settembrini haya sido rescatado para el panteón gay, no por su trabajo en pro de la unificación de Italia, sino por haber escrito una más que mediocre novelita protagonizada por dos gays. Cuando ocurren estas cosas no hay perspectiva histórica que valga; se cae en el subjetivismo mas despatarrante. Mal asunto en cualquier caso. Y no digamos los antropólogos gays dispuestos a invertir ingentes medios y tiempos en estudiar cualquier tradición local de homosexualidad o travestismo en la más alejada y extinguida tribu de Papuasia, para luego, en una pirueta discutible, elevarla a la categoría de normalidad universal. Y en literatura, a ciertos gays les interesará más tener elementos que hagan sospechar de la virilidad de Cervantes o de Shakespeare, que su obra en sí, como a un conspiranoico estará más interesado por la militancia masónica de Ildefonso Cerdá y mucho menos por sus octógonos del Eixample barcelonés.

¿Alguna conclusión? Me da la sensación -y repito, "me da", a mí, "la sensación", esto es, una impresión subjetiva y no cuantificable en estadísticas- que la componente erótico-sexual tiene un peso excesivo en la ecuación personal de los gay (al menos de los que he conocido y que considero mis amigos, o que son mis compañeros de trabajo). Esta es la madre de todas las contradicciones gays.

Mundo de la libertad, jauría de la opresión

Resulta inseparable la relación entre el mundo gay y la subcultura sado-masoquista. De hecho, en algunos ambientes son sinónimos. El icono gay por excelencia es San Sebastián, santo y mártir. Empecemos por aquí.

No coincidimos con la opinión según la cual la fascinación por el martirio de San Sebastián surge de un proceso de identificación del gay con el sufrimiento que le experimenta vivir en una sociedad heterosexual que le oprime. El martirio de San Sebastián está repleto de símbolos fálicos: los dardos que penetran en su cuerpo como penes erectos, extrayendo gemidos de intensidad similar a los alaridos provocados por la misma penetración anal, la desnudez absoluta con el elemento erótico del andrajo humillante que cubre los genitales, el cuerpo atado a un árbol que se adivina a punto de caer agotado y sin fuerzas, desfallecido por las penetraciones de los dardos-fálicos que, finalmente logran derrotar al heroico mártir. Y así sucesivamente. Algunos gays dominantes experimentan la sensación de placer al pensar que son ellos quienes lanzan sus dardos sobre el indefenso aspirante a la santidad. Otros se identifican más bien con el sufriente y con su rostro en el que reconocen el sufrimiento que termina estallando en placer. Los primeros han sublimado su agresividad en una escena mística y dicen "quiero penetrar". Los otros, expían un ignoto complejo de culpabilidad ofreciéndose como víctimas para quien quiera poseerlos y dicen: "quiero ser penetrado". ¿Alguien ve algún elemento que permita pensar que todo esto son metáforas sociales y no deseos ocultos, morbosos y definitorios de la propia sexualidad? Intentar ver otra cosa, es una gratuidad apabullante, un deseo "perverso"... y no es que la "perversión" sea, en principio, algo rechazable; en absoluto: el sexo, lo hemos dicho, es polimorfo y lo perverso, como lo guarro, tienen su lugar junto a la ternura y el coito más convencional junto al consabido "polvo salvaje". Aquí cabe todo, a costa de que cada aspecto de ese todo, corra el riesgo de evidenciar lo que se lleva dentro dentro de uno mismo, no dentro de la sociedad.

En el fondo, el sado-masoquismo, considerado en cualquiera de los dos extremos del látigo, es una posibilidad del sufrimiento por amor. En tanto que el amor implica un cierto grado de renuncia a sí mismo y entrega a otro, el amante activo no puede evitar considerar a su compañero o compañera como algo de su propiedad con el que puede hacer lo que quiera. Así mismo, el amante pasivo está orgulloso de percibir que sus sufrimientos, humillaciones y temores, excitan a su partener. Todos contentos.

Las relaciones sadomasoquistas forman parte de otro frente de contradicciones del mundo gay: implican una relación jerárquica de dominante a sumiso, de poder a servidumbre, de amo a esclavo, de donante fogoso a receptor tímido, de humillador a humillado a nadie se le escapa que una relación de este tipo, sine qua non en

cualquiera de las prácticas sado-masoquistas, es, como mínimo, la negación de cualquier concepción "progresista", ámbito en el cual se sitúa el movimiento gay. Cabría hablar de fascismo, o mejor aún, de algo reaccionario (y nunca mejor dicho porque cada azote, efectivamente, hace reaccionar a cualquiera de las dos partes).

En 1933, el movimiento gay alemán, el más extendido de Europa en aquella época, fue barrido por los nazis. La película "Cabaret" evidencia con unas pocas pinceladas los rasgos de aquella época. Parece que en torno a 100.000 homosexuales fueron encarcelados, si bien habría que matizar que algunos lo fueron, no por su opción sexual, sino por su militancia política. Dentro de las SS hubo purgas de nazis y su jefe, Himmler ordenó que se condenara a muerte a cualquiera de sus miembros en caso de ser sorprendido en actos homosexuales. Nada raro, si tenemos en cuenta que el propio Himmler hacía prometer, por disciplina, que el SS no fumaría en determinados períodos. Si incumplía la promesa podía ser expulsado, pero si quería salvar su honor debía suicidarse. Así iban las cosas en las SS. No iba de broma la "Orden Negra". Hubo, efectivamente, miembros de las altas jerarquías nazis homosexuales. Ernst Röhem y su amante, el conde Spretti, eran de estos. El partido nazi había surgido de movimiento völkisch que sobrevaloraba el aspecto físico, la fortaleza, la gimnasia, el deporte, la vida natural y el nudismo. En el fondo, el primer régimen que permitió el nudismo en Europa fue el nazismo y en las grandes películas de Lenny Riensfestald sobre las olimpiadas del 36 -propaganda oficial del régimen- este culto al cuerpo humano está pero que muy presente. En ese sentido, el nazismo fue ¿progresista? Desde luego lo fue mucho más que la coetánea sociedad postvictoriana británica o el estalinismo para quienes todo lo que no fueran miriñaques, refajos, fajas de ballena en un caso y el mono obrero o el delantal de la campesina, en otro, eran obscenos. Mientras, los nazis cultivaban el culto innegable al cuerpo, presente desde el cine de la Riensfestald hasta las esculturas apolíneas de Arno Breker.

Henos aquí ante la enésima contradicción del ambientillo gay. El fascismo corporal. Hoy el fascismo ha desaparecido, pero el movimiento gay goza de buena salud y algunos de sus miembros han incorporado ciertas apreciaciones estéticas del fascismo, entre otras, esa admiración desmesurada por el cuerpo humano y por su perfección.

El gay suele ser esclavo de la moda. Y la moda dicta en estos momentos que si se quiere triunfar en ese terreno, es preciso disponer de un cuerpo perfecto cubierto. Se observa la belleza no para maravillarse con ella, sino para ser como ella. Aquí radica la madre de todas las frustraciones. Hay mujeres que salen del quirófano sólo para lucir la última modificación de su anatomía a la curiosidad pública y hay gays que apenas salen del gimnasio si no es para mostrar el último musculito que han logrado desarrollar.

El ideal de belleza gay que se ha ido imponiendo en los últimos años, es el producto de esteroides, anabolizantes y endiabladas combinaciones de pesas y potitos proteínicos, y tiene un nombre: el "mariarmario", en oposición al gay afeminado que también tiene su espacio hoy devaluado. Desgraciadamente, para ellos, no todos los gays llegan a las performances físicas del "mariarmario": el estándar es el estándar como modelo ideal; sólo que algunos se lo han tomado como realidad. Y de esos,

sólo unos pocos lo alcanzan. El resto se sienten frustrados y acusan a los primeros de "fascismo corporal".

Mucho nos tememos que el mundo gay ha pasado de sufrir el ostracismo, la marginación y la persecución por parte del mundo heterosexual, para pasar a ser discriminado y sometido por los miembros de su propia comunidad sexual. Son los gays los que han creado su propio mundo. Son ellos los que han querido ser un "mercado" y establecer unos estándares de belleza. Y eso ha tenido sus costos. El que buena parte de los gays no lleguen a tales estándares y sientan una sensación de frustración al ver a los "mariarmarios" como inalcanzables, no mejora mucho su situación. Pero, cuidado, que no recaiga la responsabilidad de esta sensación de incomodidad sobre el mundo heterosexual. Si hay un culpable éste es el mundo homófilo y sus estándares de deseabilidad, inaccesibles para quien no está dispuesto a machacarse en un gimnasio.

El mercado gay y los gays en el mercado

En el fondo, la "mariarmario" difiere del gay tradicional, lo mismo que el calamar gigante de las profundidades abisales cántabras se diferencia calamar Frudesa del super. Ha cultivado su cuerpo con esmero, inversión y sacrificio; durante años, lo ha anabolizado primorosamente, cada uno de sus músculos está fibrado y resalte sobre una camiseta ajustada, con el vientre a modo de tableta de chocolate. Pero del "mariarmario", lo esencial no es su físico, sino la conversión que ha hecho de sí mismo: no intenta perseguir a otros gays, sino convertirse él mismo en objeto de deseo. Entre Apolo y Helios, el "mariarmario" es Apolo, el sol en sí mismo, inmóvil, inaccesible, centro del universo homófilo, deseoso de que todo gravite en torno suyo y le tenga por centro. Los demás, como máximo, deben contentarse con moverse a la velocidad de Helios sobre el carro de Faeton; si quieren cumplir su destino, deben ir corriendo o se les escapará. Si Apolo es el sol en sí, Helios es el sol sometido a la ley de los ascensos y descensos, del ir y del venir, del azar, la casualidad y la contradicción y el conflicto. Se ha modelado a sí mismo para atraer otras miradas. Es un reclamo publicitario de si mismo que pide ser degustado con la vista. De ser un gay que deambula por el ambiente, se ha convertido en un producto que ostenta el estándar de la perfección gay: el cachaskán o musculitos. Lo que otros han llamado "fascismo corporal", él lo encarna.

El hecho de que algunos gay se hayan cosificado hasta transformarse en productos de mercado, evidencia sólo la tendencia extrema de un sector cuyas señas de identidad, más que sexuales, remiten a determinadas marcas, mucho más que a ciertas prácticas eróticas. El gay que no consume productos gays, no existe. Ese si que es un matao. Ese si que tiene una sensación de exilio insuperable y si que anhelaría ser marinero en un barquichuelo perdido en el proceloso mar del consumo.

Nuestra hipótesis de trabajo es que el cambio de percepción del mundo heterosexual hacia el mundo gay se ha producido, no por acciones reivindicativas, sino por la acción de determinadas oficinas de marketing y estudios de mercado. Por que los gays tienen un perfil ideal como "máquinas de consumo": solteros y sin hijos, esto es, con posibilidades de dedicar dinero al consumo, y además están presentes en determinados círculos que conforman el denostado gueto o el creciente "ambiente",

hacia allí puede dirigirse una publicidad, barata y concentrada. Tienen publicaciones propias y un alto grado de socialización, con lo cual las modas se extienden a gran velocidad; como la pólvora. Mercado ideal donde los haya. ¡Pobres gays!, han pasado del ostracismo a la cosificación, casi sin etapas intermedias. Es el precio de la "liberación". A las mujeres no les ha ido, en el fondo, mucho mejor: gracias a su lucha reivindicativa, han pasado, además de sus problemas en el hogar -cada cual con los suyos- a ser explotadas en el trabajo -como cualquier otro trabajador-, algo considerado como un gigantesco avance social. Virgensita, virgensita, que me quede como antes, que dirían algunas.

Los gays persiguen los Kalvin Klein como los toretes a las vaquillas. Fueron los primeros, irrumpieron en el mundo gay anglosajón a finales de los 70. Vender calzoncillos era lo suyo y elevaron el marketing del calzoncillo a la categoría de arte. Y Levi's, tal para cual. Si un gay de estricta observancia no se embute los Levi's a la altura suficiente para dejar ver la marca Kalvin Klein de lo que lleva debajo, es como si fuera desnudo o vendido, desprovisto, en cualquier caso, del equipo reglamentario de supervivencia en el medio homófilo. Las necesidades del mercado han forzado la "liberación gay", esto es, el descubrimiento de un nuevo segmento de mercado y su reforzamiento, en tanto que consumidores más sumisos y sometimiento a modas que se extienden como regueros de pólvora. Un 3-4% del mercado es un puntazo. A fin de cuentas, va a resultar que la tan cacareada "identidad gay" es solamente una forma de consumo

¿Conclusión? Hoy por hoy, la "identidad gay" no es una interpretación de la historia (exigua en relación a lo que sería la historia de la heterosexualidad, de existir, o la historia universal), unos valores (contradictorios, en tanto que identificados con el progresismo, pero que vivencialmente tienen manifestaciones reaccionarias frecuentes), o unos objetivos (a los que aludiremos a continuación), sino sólo un mercado.

Me cuentan -y me lo creo por que el que me lo cuenta los conocía- que antes de dedicarse a realizar el buen negocio de la revista "Zero", sus mentores vendían programas de astrología a través de revistas como "Mas allá" y "Año Cero". Del "Cero", al "Zero", sólo cambia una letrita de nada, pero esa letrita ensancha el mercado de manera insospechada. Hoy, ya nadie se sorprende de que alguien diga haber visto un extraterrestre y mucho menos a un fantasma; causa mucha más sorpresa que un picoleto salga del armario, o que un sacerdote haga otro tanto, o que en el número anterior haya sido un militarote y todo el país esté pendiente de la triunfal salida del armario de un magistrado del supremo, de un supernumerario del Opus Dei o de un tragasables, por poner algunos ejemplos. A nadie le importa, si luego el fulano que ha salido del armario, se ha hundido psicológicamente, ni si se ha quedado en la calle al evidenciar una inadecuación absoluta para el cargo que ocupaba. Si, por que tiene castaña que "salga del armario" un sacerdote cuyo oficio exige el voto de castidad y la castidad no tiene sexo, ni homo, ni hetero. Genial, estuvo el curita, pero no tanto, desde luego, como los alegres muchachos de "Zero". Dale al consumidor un producto hecho a su medida y vive feliz, que para infelices ya tenemos a los consumidores preocupados por afrontar la factura.

Cuestión de objetivos, ¿cuestión de objetivos?

Miren, no me gustan las discriminaciones, ni me gusta que alguien sea discriminado por que sea es así o asá. Cuando yo era pequeñín los niños algo afeminados sufrían mucho. Aquello no me gustaba y quizás hoy me siento algo responsable por haber permitido en mi presencia algunas de aquellas burlas crueles. Pero, ya saben, siempre hay alguien más grande que tú y no todos tienen de su lado al primo de Zumosol. Era evidente que, se había formado una subcultura machista que, en principio resultaba desagradable para el otro 50% de la sociedad, luego para el 3-4% e mundo gay y, finalmente, para los que apreciábamos la virilidad pero difícilmente podíamos compartir la cutrez del machismo, su desvalorización de la mujer y la ofensa y violencia contra los más débiles.

El problema, de todas formas, no es que durante siglos se esperara que los seres humanos actuaran de determinada manera atendiendo a su sexo sino que determinados seres humanos han actuado según un arquetipo subjetivo que no era el que correspondía a su sexo. Si la agresividad y el instinto de defensa y protección son uno de los rasgos de la masculinidad, el machismo lo convirtió en bravuconería y violencia gratuita. En donde la masculinidad situaba la cortesía, el machismo era su anulación y la traslación de la agresividad contra la mujer. Si la masculinidad suponía el cumplimiento del deber y el instinto de complementareidad y protección hacia el otro sexo, el machismo pasó a convertirse en misoginia. A medida que la crisis de los valores de la masculinidad (en la medida en que, fuera del marco familiar, no existía asignatura ni lugar alguno en donde se transmitieran o se recordara su existencia) se fue acentuando, el machismo quedó como el dueño del terreno.

Creo que uno de los rasgos de la masculinidad es el pensamiento objetivo: intentar percibir el mundo como es en realidad. Es bueno que así sea, por que el otro 50% de la sociedad, la mujer, introduce elementos de corrección, subjetivos e intuitivos, pero no por ello menos necesarios. La objetividad, en cualquier caso, lleva a la tolerancia o, al menos, tiende a alejar de cualquier pensamiento apriorístico. En una sociedad como la griega en donde el filósofo presocrático se preguntaba constantemente cómo era el mundo y cual era su papel en él, surgió una sociedad extremadamente tolerante que, a diferencia de la actual, disponía de un marco jerárquico preciso (tolerancia y jerarquía sólo se excluyen en el pensamiento progre). Con el ascenso del machismo, por el contrario, lo que progresó a su vez fueron los rasgos intolerantes y, con ellos, la misoginia. El machismo no es el hijo bastardo de la virilidad y de la masculinidad, sino su antítesis. Una sociedad machista debía finalmente lanzar al ostracismo a todos los que no se identificaban con el arquetipo: incluidos heterosexuales disidentes del modelo, y, por supuesto, mujeres y homosexuales.

Bien, pero el modelo machista ya ha sido derrotado; subsiste en retirada (el machismo es también un mercado poderoso), auxiliado en Europa por oleadas de inmigrantes llegados de universos mentales superados en nuestro continente pero que gozan de buena salud en América Latina y el mundo islámico, ha hecho que reverdeciera su poder. Sea como fuere, la derrota del modelo machista es una derrota, ante todo cultural.

Entre finales de los años 70 y el límite del milenio, en veintipocos años, la situación de los gays cambió radicalmente. Las reivindicaciones que tenían entonces han sido asumidas hoy por la sociedad. Los gays no van a la cárcel por el hecho de serlo. No les ha ido mal, especialmente, en Europa. Pero hemos llegado a un momento en que ir más lejos de esa frontera conduce a pocos lugares y todos ellos conflictivos. ¿Por qué? Por que son excesivamente excéntricos en relación al núcleo del paradigma de normalidad, ¿recuerdan?. Por eso. No por que se vean atenazados por una ola de machismo impenitente, ni perseguidos por un poder homófono inaprensible.

Daba la sensación de que lo que pretendía alcanzar el movimiento gay era un clima de tolerancia. Pues no. El gay acepta mal la tolerancia del mundo tolerante. Aspira a mucho más. Dice Albert Mira: "Retóricamente, [la tolerancia] se trata de algo con lo que los homosexuales no podemos conformarnos. Se nos pone en una situación en la que se nos ofrece un mínimo de dignidad a cambio de nuestro silencio. El discurso de tolerancia mantiene, como presupuesto, que el heterosexismo es una posición de poder desde la que se puede decidir sobre la vida y la muerte y que, al menos por el momento, se nos perdona". Menos mal que unas líneas más adelante reconoce "buena fe" a los tolerantes Pero luego, vuelve a estropearlo con la coletilla: "Desde el punto de vista del activismo gay, se trata de una primera fase que se superó hace mucho tiempo y de un modelo retórico heterosexista que todos tenemos que contribuir a superar". Llama la atención a Mira que los tolerantes enarbolen alguna restricción a cambio de decoro, silencio, y cosas así. Es frecuente oír eso de "yo soy tolerante con los gays, pero...", faltaría más. Ese modelo no termina de convencer al activismo gay. Y no se entiende el porqué

Durante los últimos treinta años, la sociedad liberal ha ido recuperando el terreno perdido y reconociendo los derechos de homosexuales y feministas. Esto hubiera funcionado a la perfección, en tanto que justo y necesario, pero para ello hubiera sido preciso reconstruir paralelamente el mentado paradigma de normalidad. En lugar de eso, se puso la piqueta de demolición a la sociedad machista generada en el XIX y en los dos primeros tercios del siglo XX, y se fue imponiendo la idea de que aquí vale todo. En lugar de la recuperación de una nueva idea de "orden", lo que se ha llegado es a una especie de caos total y a la pérdida de todo punto de referencia. La confusión llega al terreno semántico: "familia", los gays reivindican el derecho a ser considerados una familia, pero ¿lo son? ¿qué es lo que define a la familia? Son pareja, indudablemente, pero ¿familia? ¿Y en base a qué criterio, unánimemente aceptado, se define hoy la familia? Pues de eso se trata: el criterio, ha saltado por los aires.

Cuando en la base no existen cimientos sólidos, toda la construcción ulterior estará edificada en el vacío. Nietzsche escribió aquello de "Si Dios ha muerto todo está permitido", frase que podemos parafrasear: "Si el paradigma de normalidad ha caído, esto es Jauja". Cualquiera puede pretender que lo suyo es lo normal o, por excéntrico que sea, reivindicar para sí una normalidad transformada en carnaval. Que la TV está informando durante tres días consecutivos sobre el día del orgullo gay del 28 de junio: normal. Que en los chous de telebasura el gay se convierte en el friki más solicitado: normal. Que diseñadores de moda homosexuales intentan desfeminizar a la mujer y feminizar al varón para llevar a la realidad su forma de ver la sexualidad:

normal. Pues bien, todo esto es normal, cuando todo el año es Carnaval. Esa época ha llegado, es la nuestra.

La tolerancia es el nivel máximo al que puede aspirar un movimiento gay que recuperase un mínimo sentido de la mesura. El mundo no es gay. Jamás lo será. El día que el mundo fuera gay, ahí, justamente, terminaría lo que se inició en el paleolítico. A fuerza de forzar las reivindicaciones, el mundo gay no percibe que va a ir acentuando las resistencias y que su fuerza deriva únicamente de su carácter como bolsa de votos y como mercado, y en nada más.

La decisión de la Junta de Andalucía de pagar las operaciones de cambio de sexo indica hasta qué punto la izquierda puede llegar a ser oportunista si de lo que se trata es de capturar alguna bolsa de votos. A nadie se le escapa que a lo largo del año, no son muchos los que se sientan en el quirófano, apenas unas decenas, para cambiar su sexo (si es que el sexo puede cambiarse), a nadie se le escapa tampoco que son muchos más los que precisan asistencia psiquiátrica o guarderías, o simplemente aspirina gratuita, sin ir más lejos. Y esa misma Junta de Andalucía, que generosamente acomoda en el quirófano a los aspirantes a transexualizarse, niega derechos sanitarios básicos, ¿por qué? Sondeos estadísticos y de opinión, le confirman que esa concesión, hará transmigrar a miles de votos gay a sus caladeros, mientras el voto de un psiquiatrizado o de la madre de un niño con plaza en guardería, no está tan claro que se oriente automáticamente hacia el socialismo. Queríais tener dignidad y la habéis logrado: os han cosificado, vuestro voto es tan cautivo como el de los beneficiarios del PER; entre esto y que otros os consideran un mercado, sólo un mercado y nada más que un mercado y como tal mercado, os muñen, lo lleváis claro, compañeros.

Dentro de poco os concederán la adopción de hijos y os igualarán en todo a las parejas heterosexuales otra gran victoria que os situará ante la puerta de nuevos problemas que no prevéis: ¿cuántos chaperillos se casarán con carrozonas para divorciarse al día siguiente por "incompatibilidad de caracteres" y pedir una suculenta pensión? Y ¿de qué manera influirá la adopción de hijos en la brevedad proverbial de vuestras uniones? ¿o va a resultar que es un mito la fugacidad de las relaciones gays? ¿hay algún estudio serio sobre la repercusión de tener padres del mismo sexo sobre los hijos? Seguramente no, es fácil preverla...

Digámoslo ya: en el fondo, la legalización de los matrimonios gays, os importa un higo, la cuestión no es formar matrimonios, sino romper los últimos restos del paradigma de normalidad. Una vez, más dice ese reservorio de conocimientos sobre el mundo gay que es Albert Mira, nos dice: "Activistas radicales gays consideran que la homosexualidad debe mantener su carácter transgresor y el matrimonio es un paso hacia la integración no deseable: una vez se nos considere casables podemos acabar presos de nuestro propia normalidad". Mira define el matrimonio como "institución heterosexista" y termina: "En realidad, lo realmente revolucionario sería que el matrimonio homosexual estuviera permitido por la ley y, al mismo tiempo, los homosexuales fuesen lo suficientemente lúcidos como para resistir sus vanas tentaciones. Frente al concepto de matrimonio, que resulta una estructura tradicionalmente opresiva, podemos proponer el de pareja de hecho, que presenta límites más flexibles". En otras palabras, el movimiento gay está reivindicando algo en lo que ni siquiera los sectores significativos del mismo creen. A Mira le asusta que

el mundo gay entre en una situación de "normalidad". Habla de algo que a muy pocos le interesa ya ("lo revolucionario"). La gente busca introducir la normalidad en sus vidas, pero un sector no desdeñable del mundo gay siente vértigo de situaciones de normalidad que evidencien a la postre de manera estadística e incontrovertible aquello que hoy se intuye: la fragilidad de las parejas gays, su constitución en función de una pasión (breve) y su ruptura a causa de otra pasión sustitutiva (igualmente breve), el excesivo peso de la sexualidad en el mundo gay, el que éste marco (y no sólo la necesidad de un padre y de una madre común a todas las especies biológicas superiores) no sea el más adecuado para la adopción, la educación y la crianza de hijos y así sucesivamente. Lamentamos informar que un hijo no es un Calvin Klein que se compra por que está de moda y que uno se lleva puesto cuando cambia de pareja.

En una página gay en Internet podía leerse el resultado de una encuesta realizada mediante correo electrónico en septiembre de 2000; fue respondida por 185 personas gays o autodefinidas como tales. Dentro del grupo encuestado (pequeño realmente, pero hasta cierto punto significativo), el promedio de duración de la pareja (el 39% está en pareja actualmente, y el 81% lo estuvo alguna vez) es de 2 años y medio. Y la mayoría ya se considera en pareja a partir del primer mes... Sorprende la brevedad de la relación. Quizás el problema es que las parejas heterosexuales duran bastante más por término medio e incluso un porcentaje no despreciable cumple a rajatabla el "hasta que la muerte nos separe" (¿o es que no han visto esas parejas de ancianitos heterosexuales que van siempre juntos a todas partes y el día que falta uno, falta al poco el otro?). Pero, a todo esto, se pregunta el comentarista de la encuesta, "¿[por qué] estructuramos nuestras parejas como una copia de las parejas heterosexuales?". Y es verdad: ¿por qué las parejas homosex, deberían de tener las mismas características que las héteros? Efectivamente, a relaciones sexuales diferentes corresponden modelos diferentes de familia entonces ¿a qué ese interés en lograr una legislación equiparable? Si el modelo es diferente, la legislación (en el caso de que fuera posible legislar la inestabilidad) también debería serlo. No se puede cuestionar el modelo heterosexual de pareja y acto seguido reivindicarlo, asegurando, al mismo tiempo, que no se va a seguir. Vamos, si se puede hacer lo que ocurre es que no es serio... ¿Adoptar un niño para vivir dos años de promedio "en familia"? Lo lamento, no es serio. Es mucho peor: es inaceptale.

Dos estrategias para un solo movimiento

El movimiento gay suele realizar una distinción, cuanto menos, sorprendente. Al decir de sus representantes más conspicuos, no sería lo mismo salir del armario y definirse como gay que hablar de lo que se hace en la cama. No es lo mismo pero tampoco son conjuntos disjuntos, sino superponibles. Cuando alguien se define como homosexual, inmediatamente está explicitando cuáles son sus prácticas sexuales, lo pretenda o no, y lo quieran o no oír sus interlocutores. Claro está que una declaración de homosexualidad no implica explicitar los numeritos que se montan en la cama, pero, como dicen los franceses, "va de soi"; como tampoco decir "soy heterosexual" equivale a confesar que uno tiene a bien practicar hasta e depósito legal del Kama-Sutra. Si decir, "soy catalán" equivale a que el interlocutor piense "este tipo es un agarrao" (apriorismo y esquematismo que a servidor, en tanto que catalán, no

puede sino hacerle sonreír), automáticamente, imagínense lo que implica decir "soy gay" y el otro, automáticamente, pensar, incluso para intelectuales sofisticados, "este tipo da por el caca". No es algo deliberado, ni siquiera insultante, es la asociación inevitable entre una definición -la de homosexualidad- y la práctica característica -la sodomía-. Cuando el redactor de la CNN redactó la noticia sobre los encuentros furtivos de la Levinsky y el Presidente en el Despacho Oval, era inevitable que imaginarnos a la Levinsky bajo la mesa presidencial y a Clinton hablando con Chiraq hasta el estallido final y las manchas de semen en el traje de la becaria. El redactor de la CNN no puso la descripción ni los detalles, pero estos eran inevitables, subyacentes. No veo por qué con los gays debería de ser diferente. La vida privada no se exterioriza, por algo es privada, pero no puede evitarse que con un par de pinceladas tengamos el esquema completo sobre los posibles hábitos del sujeto.

¿A qué viene todo esto? La "visibilidad" es el conocimiento público de que tales o cuales personas son gays. Quienes se "dejan ver" en tanto que gays, habitualmente no suelen hablar de sus prácticas eróticas, no era necesario, subyacen. De ahí que algunos gays sigan prefiriendo la oscuridad del armario y mantener con celo el secreto de su secreto. Están en situación de "invisibilidad". Pero esta discusión sobre la visibilidad o invisibilidad, tiene importantes desembocaduras prácticas, pues de ahí nacen dos visiones globales sobre el papel y el destino del movimiento gay. Hay distintas "estrategias".

Existen dos visiones profundamente diferenciadas e irreconciliables sobre el papel del movimiento gay. Unos aspiran, simplemente, a normalizar la situación del colectivo gay en la sociedad. Alcanzados unos derechos, eliminada cualquier discriminación, se trata, a partir de ese momento de "difuminarse" en la sociedad. Cuando se alcanza el estatus que se pretende, ya no tiene sentido seguir manteniendo un colectivo activista que vele por unos derechos ya conseguidos. El techo reivindicativo de este sector es lograr igualar las uniones gays a las heterosexuales y obtener el derecho a la adopción por parte de las parejas gays. Así pues, con ZP todo esto ya se ha alcanzado. En ese momento, deberían emitir el último parte de guerra: "La guerra ha terminado". Ya no tendrá sentido mantener identidades de ningún tipo ni programas reivindicativos. El gay será un ciudadano homologable a cualquier otro.

Frente a este sector, que podría calificarse como "moderado", se encuentran las reividicaciones del sector "radical", para el cual los gays no deben esperar nada de la sociedad heterosexual. Estos sectores emiten un diagnóstico ciertamente descorazonador: la sociedad burguesa está inadecuada para los tiempos modernos, precisa restablecer un nuevo paradigma de normalidad en el que las experiencias gays tienen mucho que aportar. Nos dicen, a fin de cuentas, ustedes, heterosexuales, deben de aprender de nosotros, homosexuales. ¿Y eso? Por que la sociedad moderna es una sociedad fundamentalmente injusta y para este sector del movimiento gay, la lucha social por sus derechos y reivindicaciones y el acoso y derribo de la sociedad burguesa y de sus manifestaciones políticas, económicas y sociales, son las dos caras de un mismo combate. Esta tendencia sobrevalora las aportaciones del movimiento gay y es evidente su matriz mayosesentayochesca, con su radicalismo inherente y falta de sentido de la realidad. Ni el modelo de relaciones gays ha demostrado ser "superior"

al modelo de familia burguesa, ni su alternativa desemboca en otra cosa viable que no sea el gueto, el "espléndido aislamiento".

Uno de los motores estratégicos de ambas líneas de trabajo es lo que en términos gays se llama "estrategia de apropiación", consistente en reforzar la propia identidad gay intentando escarbar en la historia, la literatura, el arte, ampliando los estudios sobre la homosexualidad a fin de rescribir una historia de las ideas magnificando el influjo, incidencia y la universalización de lo gay. Esta tendencia, frecuentemente, cae en exageraciones y presuposiciones no del todo bien fundamentadas. El resultado de todo esto es una permanente siembra de dudas: ¿Miguel Angel Buonarrotti? Presunto gay, ¿Miguel de Cervantes? Otro que tal. ¿Shakespeare? Casi seguro gay ¿Marañón? Analiza el problema por que él mismo se ve aquejado de "pánico homosexual". Cuando faltan datos sobre la heterosexualidad, es decir, cuando se ignora a ciencia cierta con qué mujer folgó algún grande del arte o de la literatura, existe toda una escuela historiográfica gay especializada en la "apropiación" (frecuentemente indebida) de biografías.

Realmente, el hecho de que Miguel Angel o Marañón pudieran ser gays no altera en absoluto el valor de sus obras. Y otro tanto ocurre con el jefe de las SA hitlerianas, Ernst Röhem. O con Manuel Azaña. Entonces ¿para qué la estrategia de apropiación? Simplemente para hinchar el activo gay y reforzar esa impresión de que siempre han existido vanguardias culturales y artísticas ligadas a esta modalidad. Al igual que los nacionalistas, algunos investigadores gays experimentan la historia como un cuerpo gomoso que puede estirarse a voluntad hacia donde interese. Dime como te quieres servir de la historia y te diré quien eres. Si te interesan más los hábitos eróticos de Miguel Angel que la admiración de su "David", mal asunto, por que valorarás más la sexualidad del artista que su genio. Y, muy frecuentemente, es mejor olvidarnos del lado personal de algunos artistas y concentrarnos en su obra. Picasso, era un vampiro que destrozaba a las mujeres que caían en su entorno. Y respecto a Jhon Lennon, mejor escuchar su música, por que algunos aspectos de su vida son literalmente odiosos. Y lo mismo habría que decir de otros muchos heterosexuales impenitentes. Así que no rompamos los encantos, que la gente de valía suele ser famosa por su obra, no por los polvos que se pega. Y con los homosexuales ocurre otro tanto. Dejemos los aspectos tórridos y tortuosos de Lorca intentando petar el culo a Dalí, ampliamente descritos por el interesado, y centrémonos en la inigualable musicalidad de su poesía. Admiremos la beat generation en lugar de hurgar en los camastros donde camparon sus exponentes, solos o en compañía de otros. "Aullido" es grande al margen de las performances homoeróticas de su autor. Y otro tanto cabe decir de los simbolistas del XIX francés. Primero el arte del artista, ¿sus filias y sus fobias?, no gracias. De hecho, el mejor arte era el arte medieval anónimo. La creación no pertenecía al creador, sino a quien la admiraba.

El estereotipo estroboscópico

Un estereotipo es un modelo elevado a la categoría de norma. Catalanes tacaños, andaluces descojonantes, gallegos reservados, bilbainos fanfarrones, estos son los estereotipos regionales. Maricas afeminados, lesbianas amarimachadas, heterosexuales tronchamozas, feministas intemperantes, viejos verdes, arquetipos

sexuales, injustos todos. La realidad se simplifica en función del rasgo que se considera dominante. O que alguno, en un momento, ha considerado dominante. Una simplificación implica falsificación, sino utilización abusiva de un solo rasgo. Hay andaluces esaboríos y hay lesbianas más femeninas que la "Barbi enfermera", otra simplificación. El estereotipo es rechazable en cuando resalta solamente un rasgo que se considera negativo o vejatorio. Es un paradigma, pero, más bien, malintencionado.

El mundo gay ha albergado una profunda hostilidad hacia las simplificaciones estereotipadas de maricas: en el centro de todas las críticas está el personaje de "Pepelu", el comparsa de Pepe Navarro en sus noches televisivas de los noventa. "Pepelu" era afeminado, lloriqueante, debilucho o simplemente superficial, y en cuanto a su sucesor en la temporada siguiente, "Crispín Jander", era el peluche estereotipado, coquetuelo él, desvergonzado, a ratos histérico, de hablares edulcorados y cotilla redomado. Igualmente rechazable. El mundo gay es hostil a los estereotipos de sí mismos, pero no evita estereotipar a los de la acera de enfrente. De hecho buena parte de las consideraciones gays se basan en la aplicación de estereotipos a diestro y siniestro: "fulanito está contra la adopción de niños por parejas homosexuales; luego, fulatino es un homófono redomado", "menganito quiere que lo miren por que se ha machacado durante dos meses en el gimnasio, menganito es un verdadero fascista corporal", "zutanito vino en un barco de nombre extranjero; menudo chaperío en el barco de las narices" y todo así.

El estereotipo es el recurso más habitual del cotilleo, y el cotilleo es la forma de transmisión de los estereotipos tanto en el mundo gay como en el hétero. El cotilleo puede afectar a los que están lejos ("George Clooney es gay y se lo hace con Matt Diamont") y a los próximos ("el tipo de la mesa de al lado seguro que entiende, no ves como me mira"). No es, desde luego, un síntoma de libertad, sino de vacuidad: se habla de otros, para evitar fijarnos en nuestras propias miserias. Gays y no gays. La Pantoja, Carmina mártir, la saga de los Pajares y aquella otra de "Ambiciones", como si Rajoy es gay, Maragall se ha bebido hasta el agua del florero o, para los cultos y sofisticados, Fernando Pessoa o Manuel de Falla fueron gays. Todo, bastante peripatético. Hay dos formas de cotilleo: la gay y la hétero, también aquí los senderos se bifurcan.

La única realidad es que yo evidencio que me sobra tiempo o que no sé que hacer con él cuando contemplo la telebasura cardíaca en el caso hetero y evidencio un complejo sádico o masoquista al compartir alegrías y desesperos de tal o cual famoso, famosillo, famosote o famososo; o los gays que quieren paliar su soledad del 3 al 4%, viendo gays a diestro y siniestro.

Claro está que frecuentemente se cae en la calumnia o en la difamación y, frecuentemente, para hacer daño a alguien que se odia y que no pertenece a la propia comunidad. España entera se conmovió de un lado, pero experimentó un interés morboso de otro, cuando circuló el bulo de que Miguelito Bossé estaba que se moría de SIDA, e idénticas pasiones se levantaron cuando se sacaron del ataúd cadáveres radiofónicos, no precisamente exquisitos, para sugerir que eran lesbianotas jodidas y bordes. Gays y héteros suelen estar unidos por estereotipos arrojadizos que, frecuentemente, se lanzan unos a otros como los niños lanzan nieve y los escatológicos arrojan a paletadas excrementos contra el ventilador. Nadie es perfecto.

El cotilleo daña prestigios, erosiona credibilidades y, habitualmente, ni siquiera corresponde a la realidad. Es como una mierda, pero sin el como. Basta extender un rumor insistentemente para pulverizar el prestigio de alguien. Al margen de las opciones de la víctima y del difusor. Ha habido gays que han arrojado sobre castos varones el rumor sobre su homosexualidad. Y héteros que han hecho otro tanto sobre adversarios, presuntos o reales. Y en ambos casos todo ha partido de un rumor que ha ido difundiéndose plagado de detalles que lo amenizaban y, de paso, le daban credibilidad.

El rumor siempre es un arma arrojadiza que hace daño. Es difícil encontrar a alguien que haya sobrevivido a una campaña sistemática de rumores. Lo de menos es que el rumor sea falso o auténtico. Lo esencial es que ataca por la retaguardia, justo donde la persona está indefensa. Los intelectuales gays sostienen que el rumor y la maledicencia son patrimonio de los medios heterosexuales homófobos. En absoluto. Aquí no se salva ni dios. Rumor, cotilleo son cosa de todos. Haría falta ponerse de acuerdo en los porcentajes. El CIS en esto calla y cuando el CIS calla, este país anda como perdido. Da la sensación, eso sí, que en esto del cotilleo televisivo, mujeres y gays tienen una ventaja lo suficientemente grande como para que los periodistas varones heterosexuales reclamen su cuota. Es decir, aquí cotilleamos todos pero unos más que otros. Y los gays, figuran entre los mas y los mejores.

Y es que el gay, con el tiempo, ha adquirido el hábito de compartir un secreto y, por tanto, una habilidad especial para conocer los secretos inconfesables de terceros.

Siempre es necesaria una cierta dosis de secreto. El secreto implica pudor y el pudor contribuye a mantener el encanto de lo misterioso. Si no hay secreto, no hay misterio; carente de misterio una relación se torna rutinaria y monocorde. Sin morbo. Así pues, el secreto no es necesariamente negativo. Lo que ocurre es que el mundo gay aborrece del secreto porque une a él la sensación de persecución y ostracismo. Hay un secreto que supone compartir algo grande y un secreto que culpabiliza. Cuando alguien "está en el secreto" es que tiene acceso a información que da poder. Sin embargo, cuando un gay habla de su secreto, lo hace con amargura. Y es entonces cuando busca salir del armario para que la palabra gay recupere su etimología originaria. Y es curioso que el mundo gay insista (acaso como fruto de esa cotillería endémica que le invade) en que sus integrantes revelen su secreto: sólo se es plenamente gay y se vive tal estado con una felicidad casi beatífica cuando se ha revelado el secreto, esto es, cuando se ha salido del armario. El esquematismo impuesto por el mundo gay a los suyos es de un maniqueísmo abochornante: "¿sale del armario?: gay bueno", "¿no sale del armario?: gay escurridizo". En ambientes militantes, se admira al primero, se desprecia al segundo. De hecho, los que permanecen en el armario son objeto de todo tipo de cotillerías extendidas por los miembros de su propia opción sexual. En buena medida muchos gays son víctimas de los propios rumores expandidos por antiguos amantes, como actos pasionales de venganza por una relación rota. E incluso en determinadas profesiones en donde la presencia gay es abrumadora, basta una escena de celos o una ruptura virulenta para que alguna de las partes, siempre la más débil, se vea condenada al ostracismo. Sí, se dirá que quienes han sido víctimas durante años del ostracismo y la marginación, son

propensos a emplearla en su propio medio. Se dirá y incluso se comprenderá. Pero no por ello dejará de ser enfermizo. Ocurre también en el mundo hétero, pero no por ello deja de ser odioso.

El secreto es justo, es necesario, es conveniente. El secreto avala el misterio. El misterio hace la pasión más extrema. Esto vale para el mundo hétero; no, al parecer, para el gay. Difícilmente puede haber secreto y misterio entre un hombre y otro hombre. Nos conocemos demasiado bien como para saber desde muy niños lo que llevamos entre las piernas y los pliegues de las meninges. Es como el día que nos decidimos a ver "Titanic": no es difícil saber como acaba. El barco, va y se hunde. El único misterio es saber qué protagonista se salva en tal o cual versión cinematográfica. Puede existir un gozo estético, pero nunca habrá una gran tensión emocional. Gozo visual, gozo estético. Falta algo. Estos ejemplos inducen a pensar lo mirífico del misterio y del secreto preservado de la luz pública. Lo que equivale a reforzar las paredes del armario. Nuestra intimidad no está hecha para sacarla a la plena luz del sol. Al final, de hacerlo así, ocurre como a las telarañas, que se disuelven ante el sol. Y yo no quiero que mi sexualidad se disuelva; la quiero viva hasta que ya no tenga fuerzas, la quiero mía, privada, con mis morbos y mis secretos, con mis perversiones y mis guarradas, con mi ternura y mi cariño, con el de mi compañera, con el consenso con ella, eternamente, en la búsqueda del placer. Nadie tiene por qué compartirlo, nadie tiene por qué penetrar en ese armario donde me encuentro, ni apuntar la linterna en su interior. En mi armario particular estamos mi compañera y yo.

No experimentamos la necesidad de realizar una confesión en la medida en que cumplimos el paradigma de normalidad: somos pareja heterosexual con hijos biológicos. ¿Salir del armario? Eso es para quienes están alejados del centro del paradigma de normalidad.



¿Vivimos en una sociedad homosexual?

Antonio Martínez

El viraje es de los que hacen época: hasta no hace mucho, Occidente sentía horror ante la homosexualidad como vicio nefando, reflejando la condena bíblica contra la perversión de Sodoma y Gomorra. Sin embargo, desde la década de 1970, la sociedad occidental posmoderna siente una creciente fascinación por el universo homosexual. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Cómo ha sido posible, en un brevísimo lapso de tiempo, una metamorfosis tan radical?

La explicación se encuentra en el plano de los valores y los principios. Durante siglos, la homosexualidad se consideró como un hecho extraño a la estructura objetiva de la realidad. El mundo se ajustaba a unas ciertas leyes metafísicas, antropológicas y morales. Y tales leyes componían el orden del universo, el dharma eterno de los hindúes, la ley natural de los medievales. Ahora bien: al menos desde Kant, la filosofía del Occidente moderno ha tendido históricamente a afirmar cada vez más la subjetividad del individuo y a negar la existencia de esas supuestas "leyes objetivas" de lo real. Esta es la raíz filosófica del individualismo moderno. Y la preferencia moderna por lo homosexual sería una consecuencia particular de la opción filosófica a favor del reinado del individuo: el sujeto occidental moderno, en nombre de la diosa Libertad, pasa a prevalecer sobre las leyes ontológicas que hasta entonces lo limitaban. Y una de ellas era la ley de la heterosexualidad.

Los tres mitos modernos de la homosexualidad

Pero aún hay más. La homosexualidad ha pasado de la vergüenza al general aplauso, ante todo, porque se ha convertido en un mito en al menos tres sentidos dentro de la cultura contemporánea.

En primer lugar, el homosexual es el gay, es decir, el individuo que ha recuperado el sentimiento de la vida como juego, diversión, carnaval, máscara, transgresión, fiesta, colorido y glorificación de lo sensorial. El heterosexual obedece el freudiano principio de realidad, contrae nupcias, se aparea, crea una familia y mantiene la estructura de la sociedad. El heterosexual es el hombre del deber, de la responsabilidad y, al final, del aburrimiento. En cambio, el homosexual conserva la

envidiable independencia del adolescente y cultiva el sentido lúdico del sexo y de la vida. La Love Parade berlinesa y el desfile del Día del Orgullo Gay serían hoy los símbolos más difundidos de este sentimiento lúdico y desinhibido de la existencia.

En segundo lugar, la cultura occidental del siglo XX ha identificado "homosexualidad" y "aristocracia espiritual". El heterosexual es el hombre material, "simple", atado a la tradición y a las convenciones sociales; y, desde luego, es menos interesante que el homosexual. El sujeto homosexual representa el "hombre complejo": el filósofo, el escritor, el artista, el metafísico, el melancólico, el solitario, el romántico, el rebelde, el heterodoxo, el genio. Aquel que ya no vive en el orden habitual del mundo, sino en los laberintos infinitos de su propia psique. Por esta razón se ha mitificado en el siglo XX a Leonardo da Vinci como "genio homosexual". Rimbaud, Proust, Foucault constituyen otros tres símbolos de la moderna mitología homosexual. La atracción homosexual del profesor Aschenbach hacia Tadzio, el efebo perfecto, en La muerte en Venecia, de Thomas Mann, expresa una profunda tendencia anímica del hombre occidental moderno en su etapa de decadencia –recordemos a Spengler, aún aprovechable-, del mismo modo que la bisexualidad del Demian de Hermann Hesse manifiesta la obsesión moderna por superar todos los antiguos tabúes antropológicos en pos de la suprema coincidentia oppositorum: ir más allá del bien y del mal, de lo masculino y lo femenino, de lo bello y lo feo, de lo verdadero y lo falso. En este mismo orden de ideas, y viniendo a la actualidad, el erudito Teabing, alto dirigente del Priorato de Sión en El Código da Vinci, constituye también, en su gélido aislamiento, una figura claramente homosexual.

Finalmente, la homosexualidad simboliza –lo apuntábamos más arriba- el individualismo moderno. El homosexual es el habitante del loft urbano, el individuo que se reabsorbe en sí mismo, el que medita adoptando la postura del loto. En este sentido, la homosexualidad sería una manifestación particular del individualismo y el narcisismo contemporáneos. Por supuesto, ni todos los propietarios de lofts ni todos los adeptos a la meditación zen son homosexuales. Pero, metafísicamente, sintonizan con una cierta atmósfera homosexual. Lo mismo puede decirse, entre nosotros, de Babelia, el suplemento literario de El País, cuyo carácter homosexual resulta evidente, al igual que el de la cultura posmoderna en general.

Una revolución pendiente: de la cultura homosexual a la "cultura de la vida"

Conclusión que extraemos de todo lo anterior: que la sociedad posmoderna, aunque sea mayoritariamente heterosexual (el mitológico 10% de homosexuales difundido desde Kinsey nunca ha existido: el porcentaje real oscila entre el 1% y el 2%), está ampliamente invadida por el ambiente homosexual dominante hoy en el mundo de la cultura y en los medios de comunicación. El individuo homosexual la fascina por las razones que ya hemos explicado: no es simplemente "la persona que siente atracción por el sexo propio", sino mucho más que eso. Se ha convertido en todo un mito: el homosexual es el hombre libre, el rebelde, el heterodoxo, el que se ha desvinculado del peso de la tradición y accede, así, a la esfera ingrávida y transparente del ángel demoníaco. En este sentido, el gnóstico y el cátaro, hoy tan

apreciados, serían también arquetipos claramente afines a la metafísica de la homosexualidad.

Una homosexualidad que, dentro de la cultura occidental, se acentúa como seña de identidad contemporánea a partir de de Mayo del 68: desde ese momento crítico, el espíritu de Andy Warhol se convierte en signo de los tiempos y comienza el reinado absoluto de la subjetividad. Mientras la burguesía europea iba al cine a contemplar los dúos y tríos lésbicos de Silvia Krystel en Emmanuelle, la izquierda posmoderna se convirtió por completo a la mística de la homosexualidad, hoy ampliamente asumida en el mundo de la cultura popular y universitaria. Y, en la medida en que tal cultura impregna hoy la sociedad occidental, podemos hablar legítimamente de que vivimos en una "sociedad homosexual". Gianni Vattimo –homosexual, como se sabe-, los hermanos Chapman –enfants terribles del arte británico- o la MTV serían algunas manifestaciones concretas, entre muchas otras, de esta atmósfera.

Y, a partir de ahora, ¿qué? ¿Tal vez nos espera un futuro "cada vez más homosexual", es decir, cada vez más individualista y narcisista? Dentro de veinte años, ¿serán minoría los países del mundo que no reconozcan los matrimonios gays? ¿Será obligatorio estudiar en las escuelas a Barthes y Derrida, y leer los artículos de Vicente Verdú? ¿Empezará a considerarse como una anomalía moral y psicológica la orientación exclusivamente heterosexual? ¿Veremos imanes gays en las mezquitas de ese "Islam europeo y laico" que propugna El País? O, en todo caso, y prescindiendo de las anteriores ironías, ¿la vanguardia cultural de Occidente seguirá siendo entonces, como parece ser todavía hoy, abiertamente homosexual? ¿Se acentuará, en fin, aún más el tópico que identifica la heterosexualidad con el pasado, y la homosexualidad, con el futuro, con lo moderno y con la libertad?

No necesariamente. El tópico y el engaño no pueden reinar indefinidamente. La ficción resulta ya manifiesta: la subjetividad homosexual, lejos de ser "más sensible" y "más interesante", termina en un callejón sin salida. La cultura homosexual contemporánea vive mirándose a sí misma en el espejo de su psique solipsista y termina haciéndose incapaz de cualquier auténtica creación, de cualquier auténtica relación luminosa con el mundo: he ahí los ejemplos del arte contemporáneo, del cine europeo, de la literatura posmoderna. La subjetividad homosexual se pierde en un laberinto sin centro y sin luz.

La cultura del futuro sólo tiene una oportunidad para salir de su actual marasmo: redescubrir el universo del "afuera", la maravillosa objetividad del mundo y del ser. El hechizo narcisista que engendra el pathos homosexual ya ha durado demasiado tiempo. No soportamos ya más elegías alejandrinas ni languideces crepusculares. Necesitamos vida, luz, verdad, misterio. La objetividad de las cosas es la única fuente que enriquece realmente nuestra subjetividad. La sustitución del paradigma homosexual se ha convertido hoy en una inaplazable urgencia histórica. Una nuevo tipo de cultura clama por eclosionar. El día en que esto suceda, la homosexualidad seguirá existiendo como paradójico fenómeno humano -¡hay tantos!-. Pero ya no viviremos dentro de una cultura enclaustrada en sí misma, es decir, dentro de una cultura espiritualmente homosexual.

Metafísica del sexo: sobre la homosexualidad y el mito del andrógino

Julius Evola

Sobre la homosexualidad

La homosexualidad es un fenómeno que, dada su difusión, no puede ser ignorado por una doctrina del sexo. Goethe llegó a escribir que era "algo tan antiguo como la propia humanidad, por lo que podía decirse que forma parte de la naturaleza, pese a ser contra natura". Si constituye "un enigma que, cuanto más se intenta analizarlo científicamente, más se presenta como misterioso" (Ivan Bloch), también desde el punto de vista de la metafísica del sexo, tal como la hemos formulado en las páginas precedentes, va a resultar un problema complejo.

Se ha aludido ya a que Platón, en su teoría del eros, se refiere más de una vez no al solo amor heterosexual, sino también al amor por los efebos. Ahora bien, si se considera el eros en su forma sublimada, que lo relaciona con el factor estético, tanto que, según la referida progresión platónica, de la belleza por un ser dado se pasaría poco a poco al arrobamiento que puede suscitar una belleza despersonalizada, incorpórea, una belleza divina en abstracto, no se plantea ningún verdadero problema cuando el punto accidental de partida sea un ser del mismo sexo. El término "uranismo", usado por algunos para designar la homosexualidad, deriva precisamente de la distinción platónica de una Afrodita Urania de una Afrodita Pandemia. La primera sería la diosa de un amor noble y no carnal, no encaminado a la generación como aquel que tiene por objeto a la mujer. Quizás la pederastia, el Paidon Eros, pudo tener originariamente, en una cierta medida, este carácter, cuando fue honrada por escritores y poetas antiguos y fue practicada también por personalidades eminentes. Pero basta ya leer la última página del Banquete, con el discurso de Alcibiades, para darse cuenta de qué poco, en la Hélade, este tipo de eros se mantuvo en el ámbito de lo "platónico", de cómo comportó también un desarrollo carnal, cosa que sucedió siempre con mucha frecuencia, con la decadencia de las antiguas costumbres en Grecia y, sobre todo, en Roma.

Si, por lo tanto, se asume en estos últimos términos la homosexualidad, o sea, en una correspondencia completa con las relaciones sexuales normales entre hombre y mujer, se puede ciertamente hablar de una desviación, no ya desde un punto moralístico y convencional, sino también desde el punto de vista de la metafísica del sexo. Es una incongruencia aplicar, como hace Platón, el significado metafísico sensibilizado del mito del andrógino al amor homosexual, o sea, al que tiene lugar entre pederastas y entre lesbianas. De hecho, para un tal género de amor no se puede ya hablar del conato del principio masculino y del principio femenino comprendido en el ser primordial a reencontrarse: el mítico ser de los orígenes tendría que haber sido en otro caso, no andrógino, sino homogéneo, monosexual, todo hombre (en el caso de los pederastas) o todo mujer (en el caso de las lesbianas) y los dos amantes buscarían unirse como simples partes de una misma substancia: cae por tanto lo esencial, aquello que confería a ese mito todo su valor, o sea, la idea de la polaridad y la complementareidad sexual como fundamento del magnetismo del amor y de una "trascendencia" en el eros, de la revelación fulgurante y destructiva del Uno.

Así, para una explicación, hace falta descender de plano y considerar varias posibilidades empíricas. En sexología, se suelen distinguir dos formas de homosexualidad, una de carácter congénito y constitucional, la otra de carácter adquirido, condicionada a factores psico-sociológicos y ambientales. En la segunda, se debe empero hacer valer, a su vez, la distinción entre formas que poseen un carácter de vicio y formas que presuponen una predisposición latente, que se actualiza en determinadas circunstancias: condición necesaria, porque, en igualdad de circunstancias, tipos diversos se comportan de diverso modo, no se convierten en homosexuales. Es importante pues no considerar de modo estático la configuración constitucional, admitir para ella una cierta posibilidad de variación.

Para la homosexualidad "natural", o sea, debida a predisposición, la explicación más simple viene dada por aquello que ya dijimos sobre los diversos grados de la sexualización, sobre el hecho de que el proceso de sexualización en sus aspectos físicos y todavía más en los psíquicos puede ser incompleto, por lo que la bisexualidad originaria es superada en menor medida que en el ser humano "normal", no siendo los caracteres de un sexo predominantes en igual medida respecto a los del otro sexo. Se trata de lo que M. Hirschfeld llamó la "forma sexual intermedia". En tales casos (decíamos, por ejemplo, cuando un ser anagráficamente hombre lo es sólo al 60%), es posible que la atracción erótica que normalmente se basa sobre la polaridad de los sexos, o sea, sobre la heterosexualidad, y que es tanto más intensa cuanto más el hombre es hombre y la mujer, mujer, nazca también entre individuos que, según el estado civil, del que conservan solamente los caracteres denominados primarios, son del mismo sexo porque, en realidad, son "formas intermedias". En el caso de los pederastas, Ulrichs ha dicho justamente que se puede encontrar ante un anima muliebris virile corpori innata.

Sin embargo, se debe tener en cuenta la citada posibilidad de mutaciones constitucionales, bastante poco consideradas por los psicólogos. Se deben tener también presentes los casos de regresión. Puede darse el caso de que el poder dominante del que depende, en un individuo determinado, la sexualización, el ser verdaderamente hombre o verdaderamente mujer, con neutrali-zación, atrofia o

reducción al estado latente de los caracteres del otro sexo, se debilite, lo que puede llevar a la activación y a la emergencia de estos caracteres recesivos. Y que el ambiente, el clima general de una socedad puede tener una parte no indiferente: en una civilización donde está vigente el igualitarismo, donde se combaten las diferencias, donde se favorece la promiscuidad, donde el antiguo ideal de "ser uno mismo" ya no dice nada, en una sociedad atrofiada y materialista es evidente que aquel fenómeno de regresión, y con él la homosexualidad, se vea particularmente propiciado, de modo que no es para asombrarse del impresionante incremento del fenómeno de la homosexualidad y del "tercer sexo" en los últimos tiempos "democráticos", y hasta el de la verificación de cambios de sexo en una medida que parece no haber tenido igual en ninguna otra época.

Pero la referencia a las "formas sexuales intermedias", a un proceso incompleto de sexualización o a una regresión no explica toda la variedad de la homosexualidad. De hecho han existido varones homosexuales que no eran afeminados ni "formas intermedias", individuos decididamente viriles en el aspecto y en el comportamiento, hombres potentes que tenían o podían tener a su disposición las más bellas mujeres. Esta homosexualidad no es fácil de explicar y respecto a ella se tiene el derecho a hablar de desviación y de perversión, de un "vicio", eventualmente relacionado con una moda. No se comprende, efectivamente, qué puede impulsar sexualmente a un hombre verdaderamente hombre hacia un individuo del mismo sexo. En materia de experiencia, si una constitución adecuada para experimentar el clímax del orgasmo del amor heterosexual hace que éste sea casi inexistente, todavía sería peor el caso por lo que respecta a las uniones pederásticas. Pero en estas hay razones para suponer que se trata de poco más que de un régimen de "masturbación a duo", que para el "placer" se cultiva uno y otro reflejo condicionado al faltar los presupuestos no ya metafísicos, sino también físicos para una unión completa y destructiva.

Por otra parte, en la antigüedad clásica está atestiguada no tanto la pederastia exclusivista, enemiga de la mujer y del matrimonio, sino la bisexualidad, el uso tanto de la mujer como de los jovenzuelos (como contrapartida, son numerosos los casos de mujeres muy sexuales, por tanto muy femeninas, que al propio tiempo eran lesbianas, bisexuales), y parece ser que la motivación predominante fuese la de "querer experimentarlo todo". Pero tampoco este punto está completamente claro, porque, aparte el hecho de que en los efebos, en los jovencitos, sujetos preferidos de aquellos pederastas, había algo femenino, nos podríamos referir a las crudas palabras tomadas por Goethe de un autor griego: que "si estoy cansado de una muchacha como muchacha, ella puede servir todavía como muchacho" ("habe ich als Mddchen sie satt, dient es als Knabe noch").

En cuanto a la alegación del ideal de la plenitud hermafrodita en el pederasta que sensualmente hace ya de hombre ya de mujer, es obviamente ficticia si con ella se quiere llegar más allá del "querer experimentarlo todo" sobre el plano de las simples sensaciones: la plenitud androgínica puede ser sólo "suficiencia", ella no está necesitada de otro ser, y va buscada sobre el plano de una realización espiritual cuando se excluyen los oscurecimientos que la "magia de los dos" puede ofrecer en las uniones heterosexuales.

Tampoco la motivación alguna vez recogida en países como Turquía y el Japón de que el goce homosexual dé un sentido de potencia es convincente. El placer del dominio se puede alcanzar también con mujeres o con otros seres en situaciones exentas de conmixiones sexuales. Por lo demás, en el presente cuadro ello podría entrar en cuestión solamente en un contexto absolutamente pátológico, cuando se desenvolviese en un verdadero orgasmo.

Así, en el conjunto, cuando la homosexualidad no es "natural", o sea, explicable en términos de forma incompleta constitucional de sexualización, no puede tener más que el carácter de una desviación o de un vicio, de una perversión. Y si se adujesen algunos ejemplos de extrema intensidad erótica en relaciones entre homosexuales, la explicación de ello se debe buscar en la posibilidad de dislocación del eros. En efecto, basta hojear cualquier tratado de psicopatología sexual para ver en qué inconcebibles situaciones (desde el fetichismo hasta la sodomía animal y a la necrofilia) la potencialidad erótica del ser humano puede llegar a ser activada en ocasiones hasta extremos de frenesí orgiástico.

En el mismo cuadro anómalo, se podría hacer pues entrar el caso de la homosexualidad, aunque se trate de un caso bastante más frecuente: un eros dislocado para el cual un ser del mismo sexo sirve, como en tantos casos de psicopatía sexual, como simple causa ocasional o apoyo, al faltar del todo la dimensión profunda y el significado superior de la experiencia a causa de la ausencia de la premisa ontológica y metafísica necesaria para ello. Si, como veremos, en ciertos aspectos del sadismo y del masoquismo se pueden encontrar elementos susceptibles de entrar en la estructuración más profunda de la erótica heterosexual, convirtiéndose en perversiones sólo cuando se absolutizan, ningún reconocimiento análogo se puede hacer en lo que se refiere a la homosexualidad.

El mito del Andrógino

La forma propia bajo la cual el mundo tradicional ha expresado las significaciones últimas del ser ha sido el mito. El mito. tradicional tiene el valor de una clave. Sobre todo en el período precedente se ha intentado explicar el mito por la historia natu-ral, la biología y la psicología. Por el contrario, para nosotros el mito servirá para hacer comprender la relación particular que tiene todo este material con el tema que nos interesa aquí.

Más de un mito se presta a la profundización del problema metafísico del sexo. Entre ellos, elegiremos uno que, para los occidentales, se encuentra relativamente entre los menos lejanos, advirtiendo sin embargo que los mismos significados se encuentran igualmente contenidos en mitos pertenecientes a otras culturas. Como base, tomaremos pues cuanto se encuentra contenido en el Banquete de Platón. Aquí se encuentran propiamente, mezcladas al mito, dos teorías del amor que, respectivamente, son expuestas por Aristófanes y Diotima. Veremos cómo las dos teorías se complementan en cierto modo, iluminando las antino-mias y la problemática del eros.

La primera teoría concierne al mito del andrógino. Como para casi todos los mitos intercalados por Platón en su filosofía, también para éste se debe suponer un origen mistérico e iniciático. En efecto, el mismo tema circula subterráneamente en

una literatura bastante variada, desde los antiguos ambientes miteriosóficos y gnósticos hasta a autores del Medievo y de los primeros siglos de la misma era moderna. Temas correspondientes encuéntranse también fuera de nuestro continente.

Según Platón, existió una raza primordial, "cuya esencia está ahora extinguida", raza de seres que contenían en sí los dos principios, masculinó y femenino. Los componentes de tal raza andrógina "eran extraordinarios por su fuerza y su audacia, y alimentaban en su corazón orgullosos propósitos, hasta los de atacar a los propios dioses. También a ella le está atribuída la tradición referida por Homero a propósito de Oto y Efialte, es decir, la tentativa de escalar el cielo para atacar a los dioses. Es el mismo tema del ibris de los Titanes y los Gigantes; es el tema prometeico y el que se encuentran en tantos otros mitos; en cierto modo, en el mismo mito bíblico del Edén y de Adán, en cuanto en él figura la promesa de "llegar a ser semejante a los dioses" (Génesis, III, 5).

En Platón, los dioses no fulminan a los seres andróginos, como habían fulminado a los gigantes, pero paralizan su potencia dividiéndolos en dos. De ahí el nacimiento de seres de sexos distintos, portadores, como hombres y mujeres, de uno u otro sexo; seres en los cuales permanece sin embargo el recuerdo del estado anterior y en los que se enciende el impulso de reconstituir la unidad primordial. Para Platón, es en este impulso donde es preciso buscar el sentido último, metafísico y eterno del eros. "Desde estos tiempos tan antiguos, el amor impulsa a los seres humanos los unos hacia los otros; es congénito en la naturaleza humana, y tiende a restablecer la naturaleza primordial en la tentativa de unir en un solo ser a dos seres distintos y, por consiguiente, volver a sanar así a la naturaleza humana". Aparte la común participación de los amantes en el placer sexual, el alma de cada uno de los dos "tiende a algo diferente, que no sabe expresar, pero que siente y revela misteriosamente.

Casi como contra-prueba a posteriori, Platón hace que Efestos pregunte a los amantes: "¿No es quizá, esto que deseáis, una fusión perfecta del uno con la otra, de manera de no separarse jamás, ni de día ni de noche? Si tal es vuestro deseo, yo estoy dispuesto a fundiros y a soldaros juntos, con la fuerza del fuego, en un mismo individuo, de dos que erais, de manera que viváis unidos el uno al otro tanto como dure vuestra vida y, una vez muertos, allá, en el Hades, en vez de dos seáis uno sólo, unidos el uno a la otra en una suerte común.

Pues bien, considerad si es a esto a lo que aspi-ráis y si, alcanzado esto, os daríais por satisfechos." "A este respecto -dice Platón- bien sabemos que ni uno solo habría que lo rechazara o que mostrase su deseo de otra cosa, sino que cada uno de los dos pensaría que finalmente había oído expresar lo que desde largo tiempo era su deseo: unirse y fundirse con el amado para, de dos seres distintos, no formar más que una naturaleza. Ahora bien, es necesario buscar el móvil de esta aspiración en el hecho de que esa era precisamente nuestra naturaleza primitiva, de que formábamos una unidad todavía completa; precisamente el deseo ansioso de esta unidad es lo que lleva el nombre de amor". Casi como un símbolo, "el estrecharse (de las dos partes), la una a la otra, como con el deseo de compenetrar-se".

En este conjunto, los elementos accesorios, y figurativos y místicos, deben quedar separados del concepto esencial. Así, en primer lugar, no se debe naturalmente pensar en los seres primordiales que Platón, fabulando, nos describe hasta en sus rasgos somáticos, como a miembros de una raza prehistórica cualquiera, de la que se podrían encontrar restos o fósiles. Por el contrario, hemos de referirnos a un estado, a una condición espiritual de los orígenes, no tanto en un sentido histórico, como en el marco de una ontología, de una doctrina de los estados múltiples del ser. Haciendo abstracción de la mitología, podemos comprender un tal estado como el de un ser absoluto (no roto, no dual), de plenitud o pura unidad y, por esto mismo, como un estado de inmortalidad. Este último punto está confirmado ya por la doctrina puesta en boca de Diotima más adelante, en el Banquete, ya por la expuesta en el Fedro, donde, aunque respecto a lo que llegaría a ser llamado "amor platónico" y con la teoría de la belleza, resulta explícita la conexión entre el fin último del eros y la inmortalidad.

Como segundo elemento, en el mito platónico tenemos después una variante del tema tradicional general de la "caída". La diferenciación de los sexos corresponde a la condición de un ser roto y, por lo tanto, finito y mortal: a la condición dual de quien no tiene la vida en sí, sino en otro, estado éste que aquí no es considerado como original. Así, bajo este último aspecto, se podría establecer un paralelo con el mismo mito bíblico, en cuanto en éste la caída de Adán tiene por efecto su exclusión del Arbol de la Vida. También en la Biblia se habla de la androginia de los seres primordiales, hechos a imagen de Dios ("y los creó macho y hembra" Génesis, 1, 27), de aquí que al nombre de Eva, complemento del hombre, se le ha atribuído el significado de "la Vida", "la Viviente". Como veremos, en la interpreta-ción cabalística, la separación de la Mujer-Vida en el andrógino es puesta en relación con la caída y termina por equivaler a la exclusión de Adán del Arbol de la Vida, a fin de que éste "no venga a ser como uno de nosotros [un Dios]" y "no viva eterna-mente" (Génesis, III, 22).

En conjunto, el mito platónico se encuentra pues entre los que hacen alusión al paso de la unidad a la dualidad, del ser a la privación del ser y de la vida absoluta. Su carácter distintivo y su importancia se encuentran sin embargo en el hecho de su apli-cación, precisamente, a la dualidad de los sexos, para indicar el sentido secreto y el objeto último del eros. Coma término particular de una secuencia relativa a lo que verdaderamente se busca a través de una u otra finalidad aparente e ilusoria de la vida ordi-naria, ya en una Upanishad se lee: "No es por la mujer [en sí] por lo que la mujer es deseada por el hombre, sino más bien por el átmá [por el principio 'todo luz, todo inmortalidad']".

El marco es el mismo. En su profundidad, el eros incorpora un impulso a superar las consecuencias de la caída, a salir del mundo finalizante de la dualidad, para restablecer el estado primordial, para superar la condición de una existencialidad dual, rota y condicionada por el "otro". Este es su significado absoluto; este es el misterio que se oculta en lo que impulsa al hombre hacia la mujer, elementalmente, todavía antes que todos los condicionamientos ya dichos, presentados por el amor humano en sus infinitas varie-dades relativas a seres que no son ni siquiera hombres absolutos o mujeres absolutas, sino casi subproductos del uno o de la otra. Aquí está expresada

pues la clave de toda la metafísica del sexo: "A través de la diada, hacia la unidad". En el amor sexual está reconocida la forma más universal en que los hombres intentan oscuramente destruir momentáneamente la dualidad, superar existencialmente la frontera entre Yo y no Yo, entre Yo y Tú, haciendo la carne y el sexo de instrumentos para una aproxima-ción estática á la "unición". La etimología de la palabra "amor", dada por un "Fiel de Amor" medieval, por ser fantástica, no es menos significativa: "La partícula a significa "sin"; mor (mors) significa muerte; uniéndola se tiene "sin muerte", esto es, inmortalidad.

En el fondo, amando y deseando, el hombre busca pues la confirmación de sí, la participación en el ser absoluto, la destrucción de la stéresis, de la privación y de la angustia existencial a ella ligada. Examinados a una tal luz, veremos aclararse los aspectos múltiples del mismo amor profano y de la sexualidad. Al mismo tiempo, se entrevé ya la vía que conduce a los dominios del erotismo místico y del empleo sacral o mágico del sexo, propio de tantas antiguas tradiciones: porque ya de partida se nos ha revelado el fondo elemental, no físico, sino metafísico, del impulso erótico. Así la vía está abierta para el orden de las investigaciones que constituirán el objeto de los siguientes capítulos de este libro.

Entretanto, no hay que olvidar un punto particular. Como se ha visto, Platón formuló la doctrina del andrógino de manera de darle una coloración "prometeica". Si los seres míticos de los orígenes eran capaces de inspirar temor a los dioses y de luchar con ellos, hay lugar para pensar que, en principio, el término final de la tentativa de integración constituída por el eros, no sea tanto un estado cualquiera confusamente místico cuanto la condición de un "ser" que es también potencia. Esto tendrá su importancia cuando estudiemos las formas iniciáticas de la magia del sexo. Tal motivo está sin embargo desdramatizado.

En un contexto más vasto, se puede despojar al prometeismo de su carácter negativo de prevaricación. La misma tradición que ha dado forma al mito de Prometeo y de los Gigantes es también la que conoció el ideal de Hércules, cual corresponde a un equivalente de la finalidad perseguida por los Titanes y de aquí, en general, tiende a abrirse de nuevo, a pesar de todo, el acceso al Arbol de la Vida, cuando este héroe se asegura el disfrute de las manzanas de la inmortali-dad (el camino hacia las cuales, según una versión de la leyenda, le fue indicado por el propio Prometeo) y la posesión, en el Olimpo, de Hebe, la juventud eterna, no como un prevaricador, sino como un aliado de los Olímpicos.

Es con esta reserva como se puede hacer alusión al hecho de que el momento "prometeico" latente en el eros está efectivamente atestiguado por motivos provenientes de diversas tradicio-nes. Aquí nos limitaremos a recordar que, por ejemplo, .en el ciclo del Graal (ciclo rico de contenidos iniciáticos presentados bajo el aspecto de aventuras caballerescas), la tentación que la mujer constituye para el caballero elegido es a veces referida a Lucifer, hasta el punto de incorporar un sentido bastante diferente del sentido moralista de la pura seducción de la carne.

En segundo lugar, en Wolfram von Eschenbach, la caída de Amfortas viene puesta en relación con el hecho de haber elegido como divisa "Amor"; divisa, dice el poeta, que no se compagina con la humildad, lo que equivale a decir que en ella se oculta lo contrario de la humildad, la ibris de los seres "unos" de los orígenes. Por lo

demás, hay que hacer notar que en Wolfram se habla de un "abrirse el camino del Graal con las armas en la mano", es decir, de manera violenta, y que el héroe principal del poema, Parsifal, llega inclusive a una especie de rebelión contra Dios. Ahora bien, abrirse el camino del Graal equivale más o menos a abrirse de nuevo el camino del Arbol de la vida o de la inmortalidad, teniendo en cuenta que todo el encuadramien-to exfoliado, propio del Parsifal de Wagner, no corresponde en absoluto a los temas originales predominantes y no merece por tanto ser tenido en ninguna consideración.

En fin, es preciso hacer notar que los medios en los que ha sido practicada la magia sexual y el erotismo místico, han sido también los que de cos-tumbre practicaron abiertamente la doctrina de la "unidad", en términos de una negación de toda verdadera distancia onto-lógica entre el creador y la criatura, con una anomia manifiesta -es decir, con un desprecio, tanto de las leyes humanas como de las divinas- como consecuencia lógica: desde los Siddha y los Kaula hindúes de la "Vía de la mano izquierda", hasta los "Hermanos del Libre Espíritu" del Medievo cristiano, al sabbatismo franckiano y, todavía en nuestros días, hasta un Aleister Crow-ley. Pero, repetimos, estas referencias deben ser depuradas de su lado problemático "prometeico" y, por otra parte, conside-rando exclusivamente experiencias "dirigidas" del eros, en un dominio que no es el de cualquier forma que sea del amor ordinario entre hombres y mujeres.

Finalmente hay que añadir que en el mismo Platón la recuperación de la salud, el retorno al antiguo estado de "felicidad suprema", entendidos como el "bien supremo" al que el eros puede conducir, están asociados al rechazo de la impiedad, causa primera de la separación existencial del hombre de lo divino en general. Es sólo una diversa orientación, junto a algunas correspondencias morfológicas, lo que diferencia a Prometen de Hércules, y las indicadas experiencias del satanismo. Pero no es el caso de extenderse sobre estas ideas.



La *«Nouvelle Droite»* y el movimiento homosexual

Sebastian J. Lorenz

La *Nouvelle Droite* francesa (en adelante ND), fiel a su ideología "transversal", trató de marcar ciertas influencias en los movimientos sociales de contestación radicales, especialmente entre las organizaciones de liberación y reivindicación homosexual. A pesar de todo, el acercamiento de la ND a los medios homosexuales estuvo presidida de una gran ambigüedad, aunque sí logró influir en el órgano de expresión por excelencia de la derecha gay francesa, la *Gaie France Magazine*: frente a una sociedad occidental decadente, frente a la moralidad judeo-cristiana, los "gaie france" oponían cierto tipo de elitismo y el paganismo, remontándose a las prácticas homosexuales de los pueblos indoeuropeos griego y romano, que incluían, cómo no, las relaciones pederásticas con efebos como formas iniciáticas de la juventud para su incorporación a la comunidad social.

Entre los colaboradores de la revista gay aparecían varios miembros del GRECE (la agrupación de la ND), si bien bajo seudónimos. Según su director Michel Caignet, el objetivo de la publicación es "construir una teoría de la homosexualidad desde la derecha" mediante una organización "soldada por medio de las relaciones homosexuales" para "desempeñar un papel en la renovación cultural, política y artística en el seno de la civilización europea". ¿Quién no pensaría, leyendo esto, en Ernst Röhm, depurado y ejecutado por Hitler en la "noche de los cuchillos largos?

Guillaume Faye fue el principal teórico neoderechista preocupado por las reivindicaciones homosexuales, como lo demuestra en su libro *Sexe et ideólogie* (Le Laberynthe, París, 1983). Si en un principio Faye se convertiría en la referencia para la derecha radical homosexual, coincidiendo con las tesis de la revista "gaie france" –pues las dos asociaciones se inspiraban en las argumentaciones de Hans Blüher-, con el paso del tiempo Faye, simultáneamente a la radicalización de su "islamofobia", irá adoptando posiciones cada vez más homófobas.

Diego L. Sanromán *(La Nueva Derecha. Cuarenta años de agitación metapolítica)* aporta una serie de citas de Faye, extraídas de una entrevista (realizada por Thierry Eloidin en 1986 para la revista *Gaie France*). Según el cronista español de la ND, Faye

reconocía el carácter polimorfo de la sexualidad humana advirtiendo que "el cristianismo está en el origen de la teorización y sistematización del terrorismo antisexual y antigay. Con la subversión cristiana asistimos progresivamente a la prohibición de todas las formas de sexualidad no conyugales y, sobre todo, de la homosexualidad, que más que el adulterio, supone el lazo simbólico con la sexualidad pagana".

Y a la pregunta sobre si la banalización de la homosexualidad es un peligro para el equilbrio demográfico, Faye contestaba que "el modernismo es la única causa de la baja natalidad en Occidente". Asimismo, Faye señalaba la necesidad de alejarse del "tribalismo gay" que practicaban y pregonaban los movimientos homosexuales de izquierdas, proponiendo como alternativa una "tercera vía" fundamentada en la antigüedad pagana: "La antigüedad y especialmente la antigüedad indoeuropea es muy importante en el sentido de revelarnos una concepción de la homosexualidad que no es ni permisiva ni individualista, sino reglada a partir de un sabio equilibrio entre libertad y ascesis. Esta concepción cristaliza en la institución pederástica, la cual permite la expresión de una dimensión esencial de la naturaleza humana sin poner en cuestión deberes comunitarios tan importantes como el asegurar la descendencia ni atentar contra la idea que nos hacemos del hombre. Sobre todo, la homosexualidad tenía entonces una función social ligada a la educación y a la iniciación […] Deben también admitirse los lazos homoeróticos en relación con la función guerrera, pues la ligazón intermasculina es etológicamente más fuerte y en una sociedad sexualmente libre como aquélla es difícil que tal ligazón no generase una homosexualidad de tipo militar". Y para concluir: "Los modernos condenan la pederastia pero, a través de ella, lo que condenan es una concepción pagana y no igualitaria de la sexualidad y un sistema de valores que llevan a ello. ¿Condenar la pederastia en nombre de qué?". Recordamos a los lectores que el "islamófobo" reconvertido también en homófobo Faye ha participado en varias películas pornográficas.

Posteriormente, Guillaume Faye experimentará un giro radical en sus ideas sobre la homosexualidad. Ahora, la homosexualidad aparece como uno de los factores del proceso de desvirilización de las sociedades europeas decadentes y como una de las causas del descenso demográfico de las mismas: "Hay una conjunción objetiva entre la homofilia, el anti-natalismo, el etnomasoquismo y el feminismo de cuotas […]. La homosexualidad es una desviación que se mofa de la ley natural. En ese sentido, si bien puede ser tolerada en la esfera privada, no puede serlo en la esfera pública, ni adquirir un reconocimiento social".

Alain de Benoist, sin embargo, no ha desarrollado una completa "sociología de la sexualidad", aunque sí lo haya hecho sobre la "condición femenina" y sobre los efectos del proceso sistemático y premeditado de "desvirilización" y "feminización" de las sociedades europeas, pero, a diferencia de Faye, ha guardado un prudente silencio –ambigüedad o respeto calculado- a la hora de adoptar posiciones homófilas u homófobas que le pudieran desacreditar tanto entre la derecha radical como entre los partidarios de la nueva izquierda que colaboran y debaten con él en su revista *Krisis.*